

índice

Salomón	1
<i>1 Salomón es nombrado rey 1 • 2 el ofertorio y la oración de Salomón 2 • 3 la sentencia de Salomón 3 • 4 la fortuna y magnificencia de Salomón 5 • 5 la construcción del templo 6 • 6 la separación del reino 12</i>	
Elías	14
<i>7 Elías, el profeta 14 • 8 sobre el monte Karmel 17 • 9 Elías en el monte Horeb 19 • 10 Tobías 22 • 11 en casa de Ragüel y Sara 27</i>	
Isaías	32
<i>12 Isaías 32 • 13 la profecía 34</i>	
Jeremías	35
<i>14 el profeta Jeremías 35 • 15 Jeremías es arrojado a una cisterna 38 • 16 Jeremías salva el arca sagrada 40 • 17 los babilonios destruyen el templo 41</i>	
Daniel	43
<i>18 Daniel 43 • 19 el sueño de Nabucodonosor 45 • 20 los tres hombres dentro del horno encendido 48 • 21 la cena festiva de Baltasar 51 • 22 de Bel a Babel 53 • 23 Daniel en la fosa de los leones 55 • 24 las profecías de Daniel 57 • 25 Nehemías 59 • 26 una difícil reconstrucción 61</i>	
Jonás	65
<i>27 Jonás 65 • 28 Heliodoro 69</i>	
Job	72
<i>29 Job 72 • 30 las pruebas 73</i>	
Judas Macabeo	76
<i>31 Judas Macabeo 76 • 32 la alianza con Roma 82</i>	
Juan el Bautista	84
<i>33 Juan el Bautista 84 • 34 un encuentro trascendente y singular 85 • 35 Juan en el país esenio 88 • 36 junto al Mar Muerto 89 • 37 el orador en el desierto 89 • 38 el bautismo de Jesús 91 • 39 el fallecimiento del Bautista 92</i>	
epílogo	94

Jakob Streit

Construycamos el templo

El camino de Israel desde el Rey Salomón hasta Juan Bautista



(se incluyen los textos bíblicos)

03

el profanador de textos

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir ‘asesinados’)— con ‘sagrado’ respeto, pero resulta que muchas veces son inhallables... o hallables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en ‘profanador’: ‘deshonro,’ ‘prostituyo’ la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: difundir su conocimiento. (a mi tampoco me convencen estas ‘razones,’ son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leídos ‘fotocopiados’ en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)

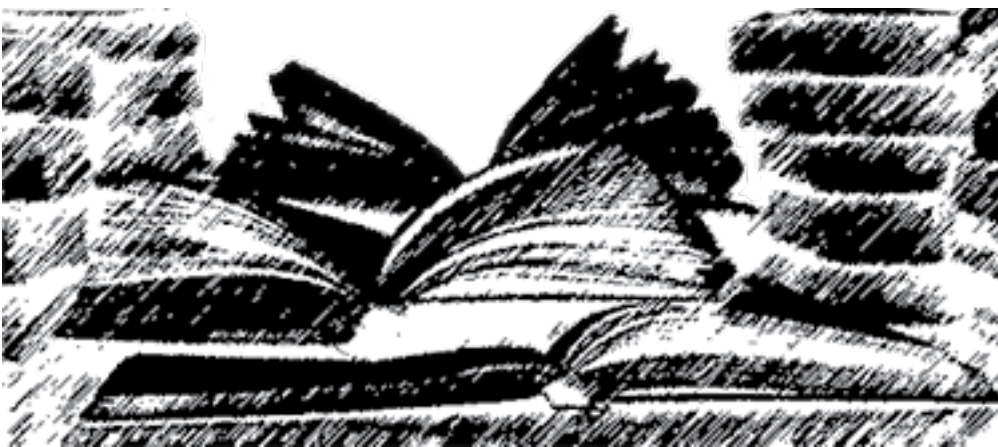
profanador, ra.

(Del lat. *profanātor*, -ris).
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

profanar.

(Del lat. *profanāre*).
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©
Todos los derechos reservados



con respecto a este libro

Título: ‘Construyamos el templo. El camino de Israel desde el rey Salomón hasta Juan Bautista’

Autor: Jakob Streit

Ilustraciones: Assja Turgenieff

Traducción: Ana María Rauh. (Tomado de una fotocopia manuscritas.)

Título original: ‘Lasstuns den Tempel Bauen. Der Weg Israels von König Salomo bis zu Johannes dem Täufer’

Editorial: Verlag Freies-Geistesleben

primera pedeeeficación:
junio 15, 2012

actualizaciones:
agregado de textos
biblicos
noviembre 11, 2014

para colaborar

Correcciones: para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a elprofanadordetextos@yahoo.com, poniendo en el ‘Asunto:’ el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.

Dactilografiado: hay mucho material traducido en forma manuscrita que ‘desea’ ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de datilografiado, por favor, enviar un email a elprofanadordetextos@yahoo.com, poniendo en el ‘Asunto: Típear.’ Gracias.

GA

Los **libros y conferencias de Rudolf Steiner** se catalogan según el ‘GA,’ ‘Gesamtausgabe’ [‘Edición Completa’]. En todas las citas se ha intentado referir al número de GA para evitar confusiones por las diferencias en las traducciones de los títulos. Se traduce el título al castellano para referencia, pero no significa que el libro esté traducido. La cita ‘[GAnn:cc:pp]’ significa ‘párrafo pp’ de la ‘conferencia cc’ del GA ‘nnn.’

BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf’ fueron publicados por Juan Berlín desde México. Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita ‘[BMO24c]’ significa ‘el tercer artículo (letra c)’ del ‘boletín 24.’ En el caso de suplementos, se usa directamente la letra ‘s’: [bm011s].

párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número ⁽⁰²⁾ o un número y una letra ^(02c) al inicio de los mismos. En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana. La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

el por qué de este proyecto

una nota de el profanador de textos

Los tres libros¹ de Jakob Streit sobre la narrativa de tercer grado, historia sagrada, el Antiguo Testamento, son quizás el material más usado, sobre el tema, en las escuelas Waldorf. Él utilizó como referencia la Biblia, así como otros libros.² Su selección y su narrativa son maravillosos.

Pero esto aleja al docente de la experiencia propia con las fuentes. ¿Cómo hacer para que el maestro pueda leer el relato original? Así es que concebimos incluir en paralelo los textos bíblicos.³ Se podrá conocer la historia original y apreciar el trabajo literario del autor.

Para descubrir el ‘sentido real’ detrás de los textos se sugiere leer, como mínimo: Steiner, Rudolf. ‘Génesis. Los secretos del relato bíblico de la creación.’ (Al menos, las conferencias 3, 7 y 8.)

Un agradecimiento especial a María José Hüppi. ♣

1 Streit, Jakob. ‘Y hubo luz...,’ ‘Id a la tierra prometida,’ y ‘Construyamos el templo.’

2 Ver ‘epílogo’ en cada volumen.

3 Ciertos relatos suelen estar narrados más de una vez. Se seleccionó, generalmente, el primero en aparecer.

Salomón

1 Salomón es nombrado rey

Al llegar el rey David a avanzada edad, antes de morir, envió el siguiente mensaje al profeta Nathan y al sacerdote Sadoq:

—Ungid como rey a mi hijo Salomón.

¡Anunciadlo al pueblo al son de las trompetas!

Conducidlo a mi palacio, montado sobre una mula.

¡Llevadlo al trono!

Y así sucedió.

Durante su reinado David había reunido grandes tesoros de oro, plata y piedras preciosas. Le dijo a Salomón:

—Te entrego este tesoro para la construcción del templo.

Es así que la gran fortuna de David llegó a manos de Salomón, para que pueda construir un templo digno de Jerusalén.

David falleció y el Señor colmó con sabiduría el espíritu de Salomón, para que practique justicia entre los hombres y para que construya el templo como santuario.

1 Salomón es nombrado rey

1 Reyes 2:1-12

2¹ Cuando se acercaron los días de la muerte de David, dio órdenes a su hijo Salomón:

² “Yo me voy por el camino de todos. Ten valor y sé hombre.

³ Guarda las observancias de Yahveh tu Dios, yendo por su camino, observando sus preceptos, sus órdenes, sus sentencias y sus instrucciones, según está escrito en la ley de Moisés, para que tengas éxito en cuanto hagas y emprendas.

⁴ Para que Yahveh cumpla la promesa que me hizo diciendo: ‘Si tus hijos guardan su camino para andar en mi presencia con fidelidad, con todo su corazón y toda su alma, ninguno de los tuyos será arrancado de sobre el trono de Israel.’

⁵ También sabes lo que me hizo Joab, hijo de Sarvia, lo que hizo a los dos jefes de los ejércitos de Israel: a Abner, hijo de Ner, y a Amasá, hijo de Yéter, que los mató y derramó en la paz sangre de guerra; ha puesto sangre inocente en el cinturón de mi cintura y en la sandalia de mis pies.

⁶ Harás según tu prudencia y no dejarás bajar en paz sus canas al seol.

⁷ Tratarás con benevolencia a los hijos de Barzillay de Galaad y estarán entre los que comen a tu mesa, porque también ellos se acercaron a mí cuando yo huía ante tu hermano Absalón.

⁸ Ahí tienes contigo a Semeí, hijo de Guerá, el benjaminita de Bajurim, que me lanzó atroces maldiciones el día que yo iba a Majanáyim; pero bajó a mi encuentro al Jordán y le juré por Yahveh: No te mataré a espada.

⁹ Pero tú no le dejarás impune, pues eres hombre avisado y sabes qué tienes que hacer para que sus canas bajen en sangre al seol.”

¹⁰ David se acostó con sus padres y le sepultaron en la Ciudad de David.

¹¹ David reinó sobre Israel cuarenta años; reinó en Hebrón siete años; reinó en Jerusalén 33 años.

¹² Salomón se sentó en el trono de David su padre y el reino se afianzó sólidamente en su mano.

2 el ofertorio y la oración de Salomón

Cierta vez, el rey Salomón se fue a Gabaón para preparar una ofrenda. Esa noche escuchó la voz de Dios:

—Salomón, te concedo una gracia. ¿Qué pides? Y Salomón pidió:

—Señor, dame un corazón sabio y comprensivo, que me permita gobernar al pueblo, y me permita discernir entre el bien y el mal.

La voz del Señor respondió:

—Recibirás un corazón comprensivo y sabio. Obtendrás honores y fortuna.

Al despertar, supo que había sido un sueño; pero dentro de este sueño estaba contenida verdad.

2 el ofertorio y la oración de Salomón

1 Reyes 3:1-15

3¹ Salomón fue yerno de Faraón, rey de Egipto; tomó la hija de Faraón y la llevó a la Ciudad de David, mientras terminaba de construir su casa, la casa de Yahveh y la muralla en torno a Jerusalén.

² Con todo, el pueblo ofrecía sacrificios en los altos, porque en aquellos días no había sido aún construida una casa para el Nombre de Yahveh.

³ Salomón amaba a Yahveh y andaba según los preceptos de David su padre, pero ofrecía sacrificios y quemaba incienso en los altos.

⁴ Fue el rey a Gabaón para ofrecer allí sacrificios, porque aquel es el alto principal. Salomón ofreció mil holocaustos en aquel altar.

⁵ En Gabaón Yahveh se apareció a Salomón en sueños por la noche. Dijo Dios: “Pídeme lo que quieras que te dé.”

⁶ Salomón dijo: “Tú has tenido gran amor a tu siervo David mi padre, porque él ha caminado en tu presencia con fidelidad, con justicia y rectitud de corazón contigo. Tú le has conservado este gran amor y le has concedido que hoy se siente en su trono un hijo suyo.

⁷ Ahora Yahveh mi Dios, tú has hecho rey a tu siervo en lugar de David mi padre, pero yo soy un niño pequeño que no sabe salir ni entrar.

⁸ Tu siervo está en medio del pueblo que has elegido, pueblo numeroso que no se puede contar ni numerar por su muchedumbre.

⁹ Concede, pues, a tu siervo, un corazón que entienda para juzgar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal, pues ¿quién será capaz de juzgar a este pueblo tuyo tan grande?”

¹⁰ Plugo a los ojos del Señor esta súplica de Salomón, ¹¹ y le dijo Dios: “Porque has pedido esto y, en vez de pedir para ti larga vida, riquezas, o la muerte de tus enemigos, has pedido discernimiento para saber juzgar, ¹² cumpro tu ruego y te doy un corazón sabio e inteligente como no lo hubo antes de ti ni lo habrá después.

¹³ También te concedo lo que no has pedido, riquezas y gloria, como no tuvo nadie entre los reyes.

¹⁴ Si andas por mis caminos, guardando mis preceptos y mis mandamientos, como anduvo David tu padre, yo prolongaré tus días.”

¹⁵ Se despertó Salomón y era un sueño. Entró en Jerusalén y se puso delante del arca de la alianza del Señor; ofreció holocaustos y sacrificios de comunión y dio un banquete a todos sus servidores.

3 la sentencia de Salomón

Al trono de Salomón se acercó un siervo diciendo: —Afuera están dos mujeres. Piden ser escuchadas.

Salomón respondió:

—¡Son bienvenidas! Hazlas entrar.

Las dos mujeres cayeron sobre sus rodillas frente al trono. Una de ellas llevaba un niño en brazos, la otra, una pañoleta vacía. El rey se dirigió a la mujer sin niño:

—Dime tu queja. ¿Qué deseas? Si tienes razón, ¡se te concederá!

La mujer respondió, y la voz surgió de su corazón conmovido:

—Esta mujer y yo vivimos en casas contiguas. Yo me acosté por la noche con mi hijo. Al despertar por la mañana, encontré su hijo muerto en mi habitación. ¡Mi hijo había desaparecido!

Con lengua aguda gritó la segunda mujer:

—¡No es verdad! ¡Mientes! ¡Estás engañando al rey! Tu hijo está muerto y el mío vive. ¡Oh, rey, imparte tu sentencia! ¡Brinda tu consentimiento a mis palabras!

De esta forma, ambas mujeres se disputaban el niño vivo.

Salomón le ordenó al siervo:

—Toma tu espada. ¡Divide al niño! Cada una de las mujeres recibirá una mitad.

La mujer de la izquierda dijo:

—¡Sí! ¡Sí, que se reparta! Una mitad para mí, la otra para tí. Entonces estaré satisfecha.

Y le extendió el niño al siervo.

En la verdadera madre, empero, se encendió el auténtico amor hacia su hijo. Exclamó:

—¡Ay, señor rey, no! ¡Que no sea dividido! ¡Amparad esta joven vida! Entregadle al niño, a pesar de que miente.

Salomón respondió:

—¡Detente, custodio! No ejecutes la orden. La mujer que dijo ‘Prefiero que le des al niño,’ ¡esa es la verdadera madre!

Cuando el custodio le colocó al niño en los brazos, sus lágrimas cayeron sobre la frente del niño. La buena madre, agradecida, lo levantó hacia Salomón y éste hizo la señal de la bendición.

La otra mujer se levantó de prisa y quiso huir. El custodio, empero, la retuvo tomándola del brazo. Se arrodilló entonces frente al trono de Salomón e imploró:

—¡Perdonadme, rey, ese acto con el cual he cometido un pecado! El dolor que experimenté por la muerte de mi propio hijo, me ha trastornado.

Al ver su arrepentimiento, y su sufrimiento, Salomón le dijo:

—¡Levántate! Vete, y no cometas otro pecado.

Muy pronto en todo Jerusalén se habló de las dos mujeres y del niño, quien no había sido dividido. En todo el país se habló de la sabiduría y de la justicia de Salomón.

3 la sentencia de Salomón

1 Reyes 3:16-28

¹⁶ Vinieron por entonces al rey dos prostitutas y se presentaron ante él.

¹⁷ Una de las mujeres dijo: “Óyeme, mi señor. Yo y esta mujer vivíamos en una misma casa, y yo he dado a luz, estando ella conmigo en la casa.

¹⁸ A los tres días de mi alumbramiento, también dio a luz esta mujer; estábamos juntas, no había ningún extraño con nosotras en la casa, fuera de nosotras dos.

¹⁹ El hijo de esa mujer murió una noche, porque ella se había acostado sobre él.

²⁰ Se levantó ella durante la noche y tomó a mi hijo de mi lado, mientras tu sierva dormía, y lo acostó en su regazo, y a su hijo muerto lo acostó en mi regazo.

²¹ Cuando me levanté por la mañana para dar de mamar a mi hijo, lo hallé muerto; pero fijándome en él por la mañana vi que no era mi hijo, el que yo había dado a luz.”

²² La otra mujer dijo: “No, todo lo contrario, mi hijo es el vivo y tu hijo es el muerto.” Pero la otra replicó: “No; tu hijo es el muerto y mi hijo es el vivo.” Y discutían delante del rey.

²³ Dijo el rey: “Esta dice: ‘Mi hijo es éste, el vivo, y tu hijo es el muerto.’ Pero la otra dice: ‘No, tu hijo es el muerto, y mi hijo es el vivo.’”

²⁴ Dijo el rey: “Traedme una espada.” Llevaron una espada ante el rey.

²⁵ Dijo el rey: “Partid en dos al niño vivo y dad una mitad a una y otra a la otra.”

²⁶ La mujer de quien era el niño vivo habló al rey, porque sus entrañas se conmovieron por su hijo, y dijo: “Por favor, mi señor, que le den el niño vivo y que no le maten.” Pero la otra dijo: “No será ni para mí ni para ti: que lo partan.”

²⁷ Respondió el rey: “Entregad a aquélla el niño vivo y no le matéis; ella es la madre.”

²⁸ Todo Israel oyó el juicio que hizo el rey y reverenciaron al rey, pues vieron que había en él una sabiduría divina para hacer justicia.

4 la fortuna y magnificencia de Salomón

Salomón construyó muchas ciudades. Su reino creció. Sus naves cruzaron los mares, trayendo a su país las mercancías de otros pueblos. El rey de Tiro le envió madera de cedro del Líbano y gente conocedora de muchos oficios. Estos le habían construido un hermoso palacio.

Ahora, empero, quería levantar un templo con la ayuda de los ingeniosos arquitectos y constructores como lugar de recogimiento en Jerusalén. Su padre, el rey David, antes de su muerte le había encomendado esa misión. El templo “...debería asemejarse a la tienda sagrada ubicada en lo alto del Gabaón. Desde la época de Moisés era el único lugar en el cual los sacerdotes celebraban sus oficios. Ahora el edificio había envejecido y debía ser reemplazado por el nuevo templo, ubicado en el centro de Jerusalén. Sería de doble tamaño, sólidamente construido de madera y piedra, semejante al templo revelado a Moisés por Dios, sobre el monte Sináí.”

En el lugar sacrosanto se guardaría nuevamente el Arca de la Santa Alianza, con las tablas de los mandamientos. Moisés las había traído del monte Sináí, como Tablas de la Ley.

4 la fortuna y magnificencia de Salomón

1 Reyes 5:1-32

5¹ Salomón dominaba todos los reinos, desde el Río hasta el país de los filisteos y hasta la frontera de Egipto. Pagaban tributo y servían a Salomón todos los días de su vida.

² Los víveres de Salomón eran treinta cargas de flor de harina y sesenta cargas de harina cada día, ³ diez bueyes cebados y veinte bueyes de pasto, cien cabezas de ganado menor, aparte los ciervos y gacelas, gamos y las aves cebadas.

⁴ Porque dominaba en toda la Transeufratina, desde Tafsaj hasta Gaza, sobre todos los reyes de más acá del Río; tuvo paz en torno a todas sus fronteras.

⁵ Judá e Israel vivieron en seguridad, cada uno bajo su parra y bajo su higuera, desde Dan hasta Berseba, todos los días de Salomón.

⁶ Tenía Salomón 4.000 establos de caballos para sus carros y 12.000 caballos.

⁷ Los gobernadores proveían un mes cada uno al rey Salomón y a todos los que se acercaban a la mesa de Salomón, de modo que nada les faltara.

⁸ Llevaban la cebada y la paja para los caballos y los animales de tiro al lugar donde él estaba, cada uno según su turno.

⁹ Dios concedió a Salomón sabiduría e inteligencia muy grandes y un corazón tan dilatado como la arena de la orilla del mar.

¹⁰ La sabiduría de Salomón era mayor que la sabiduría de todos los hijos de Oriente y que toda la sabiduría de Egipto.

¹¹ Fue más sabio que hombre alguno, más que Etán el ezrajita, que Hemán, Kalkol y Dardá, hijos de Majol; su nombre se extendió por todos los pueblos circunvecinos.

¹² Pronunció 3.000 parábolas y proverbios, y sus cánticos fueron 1.005.

¹³ Habló sobre las plantas, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que brota en el muro; habló de los cuadrúpedos, de las aves, de los reptiles y de los peces.

¹⁴ Venían de todos los pueblos para oír la sabiduría de Salomón, y de parte de todos los reyes de la tierra que tuvieron noticia de su sabiduría.

¹⁵ Jiram, rey de Tiro, envió sus servidores a Salomón, porque oyó que había sido ungido rey en lugar de su padre, y Jiram fue siempre amigo de David.

¹⁶ Salomón envió a decir a Jiram:

¹⁷ “Sabes bien que mi padre David no pudo edificar una Casa al Nombre de Yahveh su Dios a causa de las guerras en que sus enemigos le envolvieron hasta que Yahveh los puso bajo la planta de sus pies.

¹⁸ Al presente, Yahveh mi Dios me ha concedido paz por todos lados. No hay adversario ni maldad.

¹⁹ Ahora me he propuesto edificar una Casa al Nombre de Yahveh mi Dios según lo que Yahveh dijo a David mi padre: ‘El hijo tuyo que yo colocaré en tu lugar sobre tu trono edificará una Casa a mi Nombre.’

²⁰ Así pues, ordena que se corten para mí cedros del Líbano. Mis servidores estarán con tus servidores: te pagaré como salario de tus servidores todo lo que me digas, pues tú sabes que no hay nadie

entre nosotros que sepa talar los árboles como los sidonios.”

²¹ Cuando Jiram oyó las palabras de Salomón se alegró mucho y dijo: “Bendito sea hoy Yahveh, pues ha dado a David un hijo sabio para jefe de este pueblo numeroso.”

²² Jiram envió a decir a Salomón: “He oído lo que me enviaste a decir. Yo haré cuanto deseas en madera de cedro y de ciprés. ²³ Mis siervos los bajarán desde el Líbano hasta el mar, y yo los pondré en balsas y los llevaré al lugar a que me mandes; allí se soltarán y tú los cargarás, y por tu parte harás según mi deseo dando víveres a mi casa.”

²⁴ Jiram dio a Salomón toda la madera de cedro y ciprés que deseaba.

²⁵ Salomón dio a Jiram 20.000 cargas de trigo para la manutención de su casa y 20.000 medidas de oliva molida. Esto daba Salomón a Jiram cada año.

²⁶ Yahveh dio sabiduría a Salomón, como se lo había prometido, y hubo paz entre Jiram y Salomón pactando una alianza entrambos.

²⁷ Hizo el rey Salomón una leva en todo Israel; la leva fue de 30.000 hombres.

²⁸ Los envió al Líbano, 10.000 cada mes, por turnos; un mes estaban en el Líbano y dos meses en sus casas. Adoram estaba al frente de la leva.

²⁹ Tenía además Salomón 70.000 porteadores y 80.000 canteros en el monte ³⁰ aparte los capataces de los prefectos puestos por Salomón al frente de los trabajos, 3.300 que mandaban a la gente empleada en los trabajos.

³¹ El rey mandó arrancar grandes piedras, piedras selectas, para fundamentar la Casa con piedras de sillería.

³² Los obreros de Salomón, los obreros de Jiram y los guiblitos cortaron y dispusieron la madera y las piedras para construir la Casa.

5 la construcción del templo

Salomón llamó a miles de los más hábiles artesanos fenicios de la construcción; a ellos se sumaron un gran número de obreros de Israel.

A Jiram, el archimaestro, le encargó la conducción de la edificación del templo, quien aceptó el encargo. Jiram dominaba el arte de la fundición de los metales. De esta manera fundió dos majestuosas columnas —Jachín y Boas— destinadas a ser los guardianes delante del templo.

El templo propiamente dicho poseía un patio anterior y luego el santuario, al que sólo entraban los sacerdotes. Un portal de forma pentagonal conducía al lugar más resguardado, reservado para lo sacrosanto.

Al cabo de la consagración ya ni los sacerdotes tuvieron acceso a ese lugar, reservado únicamente a Dios y al Arca de la Santa Alianza. Todo el interior del templo estaba enchapado en oro.

Una vez finalizadas las tareas de la construcción hubo una gran fiesta para la inauguración. Se procedió al traslado del Arca y todos los utensilios, los que se colocaron frente al templo. Recién preparada la

madera del fuego del ofertorio sobre el altar delante del templo, era el momento en que los sacerdotes debían entrar los utensilios.

La trompeta resonó y el sumo sacerdote exclamó:

*Trasladad al lugar consagrado el arca
conteniendo los sagrados mandamientos.*

Doce sacerdotes llevaron el arca, colocada sobre angarillas, al sitio de lo sacrosanto.

La trompeta resonó nuevamente y el sumo sacerdote exclamó:

*Tomad los serafines dorados,
colocadlos junto al arca,
uno a la derecha, otro a la izquierda
y las puntas de sus alas
deberán tocarse.*

Una vez llevado a cabo, el sumo sacerdote cerró la puerta del sitio sacrosanto. Retornó a la larga galería del templo, llamada ‘lo sagrado.’ Antes de cada anuncio resonó la trompeta. Luego exclamó:

¡Traed los candelabros!

Sus brazos ostentan la ramificación del siete según el número de los planetas.

Diez sacerdotes —eran diez, según el número de mandamientos— llevaron los candelabros a la galería del templo. Luego, el sumo sacerdote elevó su voz exclamando:

*¡Ordenad los doce panes,
a modo de círculo celestial dentro del templo!*

Solemnemente, los sacerdotes colocaron los panes de exhibición sobre una mesa dorada, como muestra del ancho mundo de las estrellas.

La trompeta resonó nuevamente y el sumo sacerdote exclamó a su vez:

*¡Colocad el cortinado
en los colores de los cuatro elementos
delante del portal del lugar sacrosanto!*

Por último se entraron los recipientes para el incienso con el altar destinado para tal finalidad y pronto se expandió una singular fragancia por todo el templo.

Llevado a cabo todo esto, Salomón, conjuntamente con los sacerdotes, se encaminó hacia el elevado altar en el patio interior. Las trompetas hicieron escuchar un himno de alabanza. Los atrios del templo se encontraban colmados de fieles. Toda la actividad de la ciudad se plegó a ese silencio devoto.

Salomón cayó frente al altar elevando su plegaria a Dios, pidiendo su bendición. Y así lo hicieron los sacerdotes y el pueblo allí reunido. Una vez pronunciada el 'Amén,' cayó un rayo del cielo, internándose en la leña acumulada sobre el altar, encendiendo así el fuego del ofertorio. El rugir del trueno conmovió al pueblo. Todas las miradas se elevaron al cielo. Desde las alturas bajó una nube y se detuvo, encendida, sobre el templo. Un murmullo se hizo escuchar de la boca de los allí reunidos:

—La magnificencia del Señor colma al templo, y lo santifica.

Salomón anunció, elevando su voz:

—De ahora en más, son únicamente los sacerdotes los que pueden entrar al interior del templo. El fuego del altar empero, que fuera prendido por el

cielo, seguirá ardiendo día y noche, mientras dure la vida del templo. Y los sacerdotes nombrarán guardianes de este fuego, para que no se apague.

Finalizado el ofertorio, Salomón se aproximó a un gran recipiente con agua, soportado por doce toros de metal. Esta obra había sido fundida por el maestro Jiram. Se denominaba el 'mar de bronce.' Cada toro ostentaba una instalación de agua por su boca. Servía para que los sacerdotes pudiesen limpiarse antes de preparar el ofertorio.

Al cabo de este festejo, los israelitas se dijeron:

—Jerusalén y nuestro pueblo poseen ahora un corazón.

Y el fuego del altar ardía desde entonces delante del templo, día y noche, a través de los siglos.

5 la construcción del templo

1 Reyes 6:1-8:66

6¹ En el año 480 de la salida de los israelitas de la tierra de Egipto, el año cuarto del reinado de Salomón sobre Israel, en el mes de Ziv,¹ que es el segundo mes, emprendió la construcción de la Casa de Yahveh.

² La Casa que edificó el rey Salomón a Yahveh tenía sesenta codos de largo, veinte de ancho y veinticinco de alto.

³ El Ulam² delante del Hekal³ de la Casa tenía veinte codos de largo en el sentido del ancho de la Casa y diez codos de ancho en el sentido de largo de la Casa.

⁴ Hizo en la Casa ventanas con celosías.

⁵ Edificó junto al muro de la Casa una galería en torno al Hekal y al Debir,⁴ e hizo habitaciones laterales en derredor.

1 Mes de Iyyar o Ziv o Daisios, el segundo, corresponde a abril/mayo. [n. del pr.]

2 Ulam: vestíbulo. [n. del pr.]

3 Hekal: sala del culto. [n. del pr.]

4 Debir: recámara. [n. del pr.]

el profanador de textos

⁶La galería inferior tenía cinco codos de ancho, la intermedia seis codos de ancho y la tercera siete codos de ancho, porque fue rebajando alrededor de la Casa, por la parte exterior, para no empotrar en los muros de la Casa.

⁷(La Casa fue construida con piedras preparadas en la cantera; durante su construcción no se oyeron en la Casa martillazos ni sierras ni instrumentos de hierro.)

⁸La entrada del piso inferior estaba en el ala derecha de la Casa, y por una escalera de caracol se subía al piso intermedio y del intermedio al tercero.

⁹Edificó la Casa, la acabó y la techó con artesonado de cedro.

¹⁰Edificó la galería, adosada a toda la Casa, de cinco codos de alta y estaba unida a la Casa por vigas de cedro.

¹¹Fue dirigida a Salomón la palabra de Yahveh diciendo:

¹²“Por esta Casa que estás edificando, si caminas según mis preceptos, obras según mis sentencias y guardas todos mis mandamientos para andar conforme a ellos, yo cumpliré mi palabra contigo, la que dije a David tu padre, ¹³habitaré en medio de los hijos de Israel y no abandonaré a mi pueblo Israel.”

¹⁴Edificó Salomón la Casa y la terminó.

¹⁵Revistió los muros de la Casa en el interior con planchas de cedro desde el suelo de la Casa hasta las vigas del techo; revistió de madera el interior y recubrió el suelo de la Casa con planchas de ciprés.

¹⁶Construyó los veinte codos del fondo de la Casa con planchas de cedro desde el suelo hasta las vigas, formando así por la parte interior el Debir, el Santo de los Santos; ¹⁷cuarenta codos tenía la Casa, es decir, el Hekal, delante del Debir.

¹⁸El cedro del interior de la Casa estaba esculpido con figuras de calabazas y capullos abiertos; todo era cedro, no se veía la piedra.

¹⁹Había preparado un Debir al fondo de la Casa en el interior para colocar en él el arca de la alianza de Yahveh.

²⁰El Debir tenía veinte codos de largo, veinte codos de ancho y veinte codos de alto; lo revistió de oro fino; y alzó un altar de cedro ²¹delante del Debir y lo revistió de oro.

²²Revistió de oro también la Casa, absolutamente toda la Casa.

²³Hizo en el Debir dos querubines de madera de acebuche de diez codos de altura.

²⁴Un ala del querubín tenía cinco codos y la otra ala del querubín cinco codos: diez codos desde la punta de una de sus alas hasta la punta de la otra de sus alas.

²⁵El segundo querubín tenía diez codos, las mismas medidas y la misma forma para los dos querubines.

²⁶La altura de un querubín era de diez codos y lo mismo el segundo querubín.

²⁷Colocó los querubines en medio del recinto interior; y las alas de los querubines estaban desplegadas; el ala de uno tocaba un muro y el ala del segundo querubín tocaba el otro muro, y sus alas se tocaban en medio del recinto, ala con ala.

²⁸Revistió de oro los querubines.

²⁹Esculpíó todo en torno los muros de la Casa con grabados de escultura de querubines, palmeras, capullos abiertos, al interior y al exterior.

³⁰Recubrió de oro el piso de la Casa al interior y al exterior.

³¹Hizo la puerta del Debir con batientes de madera de acebuche, y el dintel y las jambas ocupaban

la quinta parte; ³²los dos batientes eran de madera de acebuche; esculpió sobre ellos esculturas de querubines, palmas y capullos abiertos, y los revistió de oro, poniendo láminas de oro sobre los querubines y las palmeras.

³³Hizo lo mismo en la puerta del Hekal: los montantes de madera de acebuche que ocupaban la cuarta parte; ³⁴dos batientes de madera de abeto: dos planchas de un batiente eran giratorias y también eran giratorias otras dos planchas del otro batiente.

³⁵Esculpíó querubines, palmeras, capullos abiertos y embutió oro sobre la escultura.

³⁶Edificó el patio interior; tres filas de piedras talladas y una fila de tablones de cedro.

³⁷El año cuarto, en el mes de Ziv, se pusieron los cimientos de la Casa de Yahveh, ³⁸y el año once, en el mes de Bul⁵ —que es el mes octavo— fue acabada la Casa en todas sus partes, según todo su proyecto. Salomón la levantó en siete años.

7¹Salomón edificó su casa, y en trece años la concluyó del todo.

²Edificó la Casa “Bosque del Líbano,” de cien codos de longitud, cincuenta codos de anchura y treinta codos de altura, sobre cuatro filas de columnas de cedro; había capiteles de cedro sobre las columnas.

³Había un artesonado de cedro sobre la parte superior de las planchas que estaban sobre las columnas.

⁴Había tres filas de ventanas con celosías, ⁴⁵en total, quince por cada fila, y una daba frente a la otra tres veces.

⁵ Mes de Marjesván o Bul o Apel-laios, el octavo, corresponde a octubre/noviembre. [n. del pr.]

el profanador de textos

⁵Todas las puertas y montantes eran cuadrangulares y una daba frente a la otra tres veces.

⁶Hizo el Pórtico de las columnas de cincuenta codos de longitud, treinta codos de anchura... con un pórtico por delante.

⁷Hizo el Vestíbulo del trono donde administraba justicia, que es el Vestíbulo del Juicio; estaba recubierto de cedro desde el suelo hasta las vigas.

⁸La casa en que vivía en el otro recinto, el opuesto al Vestíbulo, tenía la misma configuración; hizo también una casa como este Vestíbulo para la hija de Faraón que Salomón había tomado por mujer.

⁹Todo esto era de piedras selectas, talladas a medida, serradas con sierra por dentro y por fuera, desde los cimientos hasta las cornisas.

¹⁰El cimiento era de piedras excelentes, grandes piedras, unas de diez codos y otras de ocho; ¹¹en la parte superior había piedras excelentes, talladas a medida, y cedro.

¹²Al exterior, el patio grande tenía en derredor tres filas de piedras talladas y una fila de planchas de cedro, igual que el patio interior de la Casa de Yahveh y el vestíbulo de la Casa.

¹³El rey Salomón envió a buscar a Jiram de Tiro; ¹⁴era hijo de una viuda de la tribu de Neftalí; su padre era de Tiro; trabajaba en bronce y estaba lleno de ciencia, pericia y experiencia para realizar todo trabajo en bronce; fue donde el rey Salomón y ejecutó todos sus trabajos.

¹⁵Fundió las dos columnas de bronce; la altura de una columna era de dieciocho codos, un hilo de doce codos medía la circunferencia; y lo mismo la segunda columna.

¹⁶Hizo dos capiteles fundidos en bronce para colocarlos sobre la cima de las columnas, de cinco

codos de altura un capitel y de cinco codos de altura el capitel segundo.

¹⁷Hizo dos encajes y dos trenzados a modo de cadenas para los capiteles de la cima de las columnas, un trenzado para un capitel y otro trenzado para el capitel segundo.

¹⁸Hizo granadas: dos filas alrededor de cada trenzado,

¹⁹Los capiteles que estaban en la cima de las columnas tenían forma de azucenas, cuatrocientas en total, ²⁰colocadas sobre la prominencia que estaba detrás del trenzado; doscientas granadas alrededor del segundo capitel.

²¹Erigió las columnas ante el Ulam del Hekal; erigió la columna de la derecha y la llamó Yakín; erigió la columna de la izquierda y la llamó Boaz.

²²Y quedó acabado el trabajo de las columnas.

²³Hizo el Mar de metal fundido que tenía diez codos de borde a borde; era enteramente redondo, y de cinco codos de altura; un cordón de treinta codos medía su contorno.

²⁴Debajo del borde había calabazas todo en derredor; daban vuelta al Mar a largo de treinta codos; había dos filas de calabazas fundidas en una sola pieza.

²⁵Se apoyaba sobre doce bueyes, tres mirando al Norte, tres mirando al Oeste, tres mirando al Sur y tres mirando al Este; el Mar estaba sobre ellos, quedando sus partes traseras hacia el interior.

²⁶Su espesor era de un palmo y su borde era como el borde del cáliz de la flor de la azucena. Contenía 2.000 medidas.

²⁷Hizo también las diez basas de bronce de cuatro codos de largo cada basa, cuatro codos su anchura y tres su altura.

²⁸Las basas estaban hechas así: tenían paneles y los paneles estaban entre listones.

²⁹Sobre el panel que estaba entre los listones había leones, bueyes y querubines. Lo mismo sobre los listones. Por encima y por debajo de los leones y de los toros había volutas...

³⁰Cada basa tenía cuatro ruedas de bronce y ejes de bronce; sus cuatro pies tenían asas debajo de la jofaina, y los apliques estaban fundidos...

³¹Su boca, desde el interior de las asas hasta arriba, tenía un codo; la boca era redonda, teniendo un soporte de codo y medio; había también sobre la boca esculturas, pero los paneles eran cuadrados, no redondos.

³²Las cuatro ruedas estaban bajo los paneles, y los ejes de las ruedas estaban en la basa; la altura de cada rueda era de codo y medio.

³³La forma de las ruedas era como la forma de la rueda de un carro, y sus ejes, sus llantas, sus radios y sus cubos, todo era de fundición.

³⁴Había cuatro asas en los cuatro ángulos de cada basa; la basa formaba un cuerpo con su asa.

³⁵En la cima de la basa había un soporte de medio codo de altura completamente redondo; y en la cima de la basa, los ejes y el armazón formaban un cuerpo con ella.

³⁶Grabó sobre las tablas querubines, leones y palmeras... y volutas alrededor.

³⁷De esta forma hizo las diez basas: una misma fundición y un mismo tamaño para todas.

³⁸Hizo diez pilas de bronce de cuarenta medidas cada una; cada pila medía cuatro codos; había una pila sobre cada una de las diez basas.

³⁹Colocó las basas, cinco al lado derecho de la Casa y cinco al lado izquierdo de la Casa. El Mar lo colocó del lado derecho de la Casa hacia el sureste.

⁴⁰ Jiram hizo los ceniceros, las paletas y los acetres. Jiram terminó de hacer toda la obra que el rey Salomón le encargó que hiciera para la Casa de Yahveh: ⁴¹ dos columnas, las molduras de los capiteles que estaban sobre la cima de las dos columnas, los dos trenzados para recubrir las dos molduras de los capiteles que estaban en la cima de las columnas; ⁴² las cuatrocientas granadas para los dos trenzados; dos filas de granadas para cada trenzado; ⁴³ las diez basas y las diez pilas sobre las basas; ⁴⁴ el Mar y los doce bueyes debajo del Mar; ⁴⁵ los ceniceros, las paletas y los acetres. Todos estos objetos que hizo Jiram al rey Salomón para la Casa de Yahveh eran de bronce bruñido.

⁴⁶ El rey los hizo fundir en la vega del Jordán, en el mismo suelo, entre Sukkot y Sartán; ⁴⁷ en tan enorme cantidad que no se pudo calcular el peso del bronce.

⁴⁸ Puso Salomón todos los objetos que había hecho en la Casa de Yahveh; el altar de oro y la mesa de oro sobre la que se ponían los panes de la presencia; ⁴⁹ los candelabros de oro fino, cinco a la derecha y cinco a la izquierda delante del Debir; las flores, las lámparas y las despabiladeras de oro; ⁵⁰ las cucharas, los cuchillos, los acetres, las copas y los braseros de oro fino, los goznes de oro para las puertas de la cámara interior, el Santo de los Santos, y para las puertas de la Casa y el Hekal.

⁵¹ Así fue concluida toda la obra que hizo el rey Salomón para la Casa de Yahveh; Salomón hizo traer todo lo consagrado por David su padre, la plata, el oro y los objetos, y lo puso en los tesoros de la Casa de Yahveh.

8¹ Entonces congregó Salomón a los ancianos de Israel en Jerusalén para hacer subir el arca de la

alianza de Yahveh desde la ciudad de David, que es Sión.

² Se reunieron junto al rey Salomón todos los hombres de Israel, en el mes de Etanim,⁶ que es el mes séptimo, en la fiesta,³ y los sacerdotes llevaron el arca,⁴ y la Tienda del Encuentro, con todos los objetos sagrados que había en la Tienda.

⁵ El rey Salomón y todo Israel con él sacrificaron ante el arca ovejas y bueyes en número incalculable e innumerable.

⁶ Los sacerdotes llevaron el arca de la alianza de Yahveh a su sitio, al Debir de la Casa, en el Santo de los Santos, bajo las alas de los querubines,⁷ porque los querubines extendían las alas por encima del sitio del arca, cubriendo los querubines el arca y su varales por encima.

⁸ Los varales eran tan largos que se veían sus puntas desde el Santo, desde la parte anterior del Debir, pero no se veían desde fuera. Están allí hasta el día de hoy.

⁹ En el arca no había nada más que las dos tablas de piedra que Moisés hizo poner en ella, en el Horeb, las tablas de la alianza que pactó Yahveh con los israelitas cuando salieron de la tierra de Egipto.

¹⁰ Al salir los sacerdotes del Santo, la nube llenó la Casa de Yahveh.

¹¹ Y los sacerdotes no pudieron continuar en el servicio a causa de la nube, porque la gloria de Yahveh llenaba la Casa de Yahveh.

¹² Entonces Salomón dijo: “Yahveh quiere habitar en densa nube.

¹³ He querido erigirte una morada un lugar donde habites para siempre.”

⁶ El mes de Tisri o Etanim, el séptimo, corresponde a septiembre/octubre. [n. del pr.]

¹⁴ Se volvió el rey y bendijo a toda la asamblea de Israel mientras que toda la asamblea de Israel estaba en pie.

¹⁵ El dijo: “Bendito sea Yahveh, Dios de Israel, que habló por su boca a mi padre David y ha cumplido por su mano lo que dijo: ¹⁶ ‘Desde el día en que saqué de Egipto a mi pueblo Israel no he elegido ninguna ciudad entre todas las tribus de Israel para edificar una Casa en la que esté mi Nombre, pero he elegido a David para que esté al frente de mi pueblo Israel.’”

¹⁷ Mi padre David pensó en su corazón edificar una Casa al Nombre de Yahveh, Dios de Israel, ¹⁸ pero Yahveh dijo a David mi padre: “Cuanto a haber pensado en tu corazón edificar una Casa a mi Nombre, bien has hecho en tener tal voluntad, ¹⁹ pero no edificarás tú la Casa, sino que un hijo tuyo, salido de tus entrañas, ése será quien edifique la Casa a mi Nombre.”

²⁰ Yahveh ha cumplido la promesa que dijo; he sucedido a mi padre David, me he sentado sobre el trono de Israel, como Yahveh había dicho, y he construido la Casa al Nombre de Yahveh, Dios de Israel, ²¹ y he señalado en ella un lugar al arca en que está la alianza que Yahveh pactó con nuestros padres cuando los sacó de la tierra de Egipto.”

²² Salomón se puso ante el altar de Yahveh en presencia de toda la asamblea de Israel; extendió sus manos al cielo ²³ y dijo: “Yahveh, Dios de Israel, no hay Dios como tú en lo alto de los cielos ni abajo sobre la tierra, tú que guardas la alianza y el amor a tus siervos que andan en tu presencia con todo su corazón, ²⁴ tú que has mantenido a mi padre David la promesa que le hiciste, pues por tu boca lo prometiste y por tu mano lo has cumplido este día.

²⁵ Ahora, pues, Yahveh, Dios de Israel, mantén a tu siervo David mi padre la promesa que le hiciste diciéndole: ‘Nunca será quitado de mi presencia uno de los tuyos que se sienta en el trono de Israel, con tal que tus hijos guarden su camino andando en mi presencia como has andado tú delante de mí.’

²⁶ Ahora, Dios de Israel, que se cumpla la palabra que dijiste a tu siervo David, mi padre.

²⁷ ¿Es que verdaderamente habitará Dios con los hombres sobre la tierra? Si los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerte, ¿cuánto menos esta Casa que yo te he construido!

²⁸ Atiende a la plegaria de tu siervo y a su petición, Yahveh Dios mío, y escucha el clamor y la plegaria que tu siervo hace hoy en tu presencia, ²⁹ que tus ojos estén abiertos día y noche sobre esta Casa, sobre este lugar del que dijiste: ‘En él estará mi Nombre’; escucha la oración que tu servidor te dirige en este lugar.

³⁰ “Oye, pues, la plegaria de tu siervo y de tu pueblo Israel cuando oren en este lugar. Escucha tú desde el lugar de tu morada, desde el cielo, escucha y perdona.

³¹ “Cuando un hombre peque contra su prójimo y éste pronuncie una imprecación sobre él haciéndole jurar delante de tu altar en esta Casa, ³² escucha tú desde los cielos y obra; juzga a tus siervos, declarando culpable al malo, para hacer recaer su conducta sobre su cabeza y declarando inocente al justo para darle según su justicia.

³³ “Cuando tu pueblo Israel sea batido por su enemigo por haber pecado contra ti, si se vuelven a ti y alaban tu Nombre, orando y suplicando ante ti en esta Casa, ³⁴ escucha tú desde los cielos y perdona el pecado de tu pueblo Israel y vuélvelos a la tierra que diste a sus padres.

³⁵ “Cuando los cielos estén cerrados y no haya lluvia porque pecaron contra ti, si oran en este lugar y alaban tu Nombre y se convierten de su pecado porque les humillaste, ³⁶ escucha tú desde los cielos y perdona el pecado de tu siervo y de tu pueblo Israel, pues les enseñarás el camino bueno por el que deberán andar, y envía lluvia sobre tu tierra, la que diste a tu pueblo en herencia.

³⁷ “Cuando haya hambre en el país, cuando haya peste, tizón, añublo, langosta o pulgón, cuando su enemigo le asedie en una de sus puertas, en todo azote y toda enfermedad, ³⁸ si un hombre cualquiera, experimentando remordimiento en su corazón, eleva cualquier plegaria o cualquier súplica y extiende las manos hacia esta Casa, ³⁹ escucha tú desde los cielos, lugar de tu morada, perdona y da a cada uno según sus caminos, pues tú conoces su corazón y sólo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres, ⁴⁰ para que te teman todos los días que vivan sobre la faz de la tierra que has dado a nuestros padres.

⁴¹ “También al extranjero que no es de tu pueblo Israel, al que viene de un país lejano a causa de tu Nombre, ⁴² porque oír hablar de tu gran Nombre, de tu mano fuerte y de tu tenso brazo, y vendrá a orar a esta Casa, ⁴³ escucha tú desde los cielos, lugar de tu morada, y haz según cuanto te pida el extranjero, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu Nombre y te teman como tu pueblo Israel, y sepan que tu Nombre es invocado en esta Casa que yo he construido.

⁴⁴ “Si tu pueblo va a la guerra contra su enemigo por el camino por el que tú le envías, y suplican a Yahveh vueltos hacia la ciudad que has elegido y hacia la Casa que yo he construido para tu Nombre, ⁴⁵ escucha tú desde los cielos su oración y su plegaria y hazles justicia.

⁴⁶ Cuando pequen contra ti, pues no hay hombre que no peque, y tú irritado contra ellos los entregues al enemigo, y sus conquistadores los lleven al país enemigo, lejano o próximo, ⁴⁷ si se convierten en su corazón en la tierra a que hayan sido llevados, si se arrepienten y te suplican en la tierra de sus deportadores diciendo: ‘Hemos pecado, hemos sido perversos, somos culpables,’ ⁴⁸ si se vuelven a ti con todo su corazón y con toda su alma en el país de los enemigos que los deportaron, y te suplican vueltos hacia la tierra que tú diste a sus padres y hacia la ciudad que has elegido y hacia la Casa que he edificado a tu Nombre, ⁴⁹ escucha tú desde los cielos, lugar de tu morada, ⁵⁰ y perdona a tu pueblo, que ha pecado contra ti, todas las rebeliones con que te han traicionado, y concédeles que hallen compasión entre sus deportadores para que éstos les tengan piedad, ⁵¹ porque son tu pueblo y tu heredad, los que sacaste de Egipto, de en medio del crisol del hierro.

⁵² “Que tus ojos estén abiertos a las súplicas de tu siervo y a la súplica de tu pueblo Israel, para escuchar todos sus clamores hacia ti.

⁵³ Porque tú los separaste para ti como herencia tuya de entre todos los pueblos de la tierra, como dijiste por boca de Moisés tu siervo cuando sacaste a nuestros padres de Egipto, Señor Yahveh.”

⁵⁴ Cuando Salomón acabó de dirigir a Yahveh toda esta plegaria y esta súplica, se levantó de delante del altar de Yahveh, del lugar donde se había arrodillado con las manos extendidas hacia el cielo,

⁵⁵ y se puso de pie para bendecir a toda la asamblea de Israel, diciendo en alta voz:

⁵⁶ “Bendito sea Yahveh que ha dado reposo a su pueblo Israel, según todas sus promesas; no ha fallado ninguna de las palabras de bien que dijo por boca de Moisés su siervo.

⁵⁷ Que Yahveh, nuestro Dios, esté con nosotros como estuvo con nuestros padres, que no nos abandone ni nos rechace.

⁵⁸ Que incline nuestros corazones hacia él para que andemos según todos sus caminos y guardemos todos los mandamientos, los decretos y las sentencias que ordenó a nuestros padres.

⁵⁹ Que estas palabras con que he suplicado ante Yahveh permanezcan día y noche junto a Yahveh, nuestro Dios, para que dé lo justo a su siervo y justicia a su pueblo Israel, según las necesidades de cada día, ⁶⁰ para que todos los pueblos de la tierra sepan que Yahveh es Dios y no hay otro, ⁶¹ y vuestros corazones estarán enteramente con Yahveh, nuestro Dios, para caminar según sus decretos y para guardar sus mandamientos como hoy.”

⁶² El rey, y todo Israel con él, ofrecieron sacrificios ante Yahveh. ⁶³ Salomón sacrificó, como sacrificios de comunión que ofreció en sacrificio a Yahveh, 22.000 bueyes y 120.000 ovejas; así inauguraron la Casa de Yahveh el rey y todos los hijos de Israel.

⁶⁴ Aquel día consagró el rey el interior del patio que está delante de la Casa de Yahveh, pues ofreció allí el holocausto, la oblación y las grasas de los sacrificios de comunión, porque el altar de bronce que estaba ante Yahveh era demasiado pequeño para contener el holocausto, la oblación y las grasas de los sacrificios de comunión.

⁶⁵ En aquella ocasión celebró Salomón la fiesta con todos los israelitas en magna asamblea desde la entrada de Jamat hasta el torrente de Egipto, ante Yahveh nuestro Dios, durante siete días.

⁶⁶ El día octavo despidió al pueblo. Bendijeron al rey y se fueron a sus tiendas, gozosos y con el corazón alegre por todo el bien que Yahveh había hecho a su siervo David y a su pueblo Israel.

6 la separación del reino

Por doquier, donde un hecho bueno y noble actúa para bendición de los hombres, se mueve Satanás para meter el mal. Así le sucedió a Salomón. Con el paso de los años y, al debilitarse su espíritu, el malhechor se aproximó a él, una y otra vez, durante la noche. El rey hizo levantar sobre tres colinas imágenes de ídolos forasteros sobre altares, para que los visitantes llegados de otros países pudieran celebrar allí sus cultos. Y Salomón participó a menudo de tales ofertorios. De este modo se apartó del buen camino y la luz del templo palideció.

Después de la muerte de Salomón se generó una pelea en el reino. Roboam, el hijo de Salomón, ostentaba un porte orgulloso. Le seguían fieles únicamente dos tribus, Judá y Benjamín, con la capital en Jerusalén.

Las restantes diez tribus formaron el imperio del norte. Eligieron como rey a Jeroboam, quien otrora fuera el siervo más eficiente de Salomón. Este reino se llamó Israel. Para que su pueblo tuviese su propio santuario, y ya no tuviese necesidad de peregrinar a Jerusalén para hacer sus ofrendas, el rey hizo levantar dos santuarios con becerros de oro. Y su pueblo oraba junto a los altares de esos ídolos egipcios.

Una y otra vez hubo confrontaciones bélicas entre estos pueblos hermanos y hubo grandes penurias en Palestina. Durante el gobierno del rey Ahab, especialmente corrupto, Dios llamó a la vida al profeta Elías. Era él quien debía emprender, como auténtico devoto, la lucha contra la corrupción existente en el pueblo, y en la casa real.

6 la separación del reino

1 Reyes 12:1-33

12¹ Roboam se fue a Siquem, porque todo Israel había ido a Siquem para proclamarle rey.

² Lo supo Jeroboam, hijo de Nebat, que estaba todavía en Egipto, adonde había ido huyendo del rey Salomón y se volvió Jeroboam de Egipto.

³ Enviaron a llamarle y llegó Jeroboam con toda la asamblea de Israel y hablaron a Roboam diciendo:

⁴ “Tu padre ha hecho pesado nuestro yugo; ahora tú aligera la dura servidumbre de tu padre y el pesado yugo que puso sobre nosotros, y te serviremos.”

⁵ El les dijo: “Id, y dentro de tres días volved a mí,” y el pueblo se fue.

⁶ El rey Roboam pidió consejo a los ancianos que habían servido a su padre Salomón en vida de éste, diciendo: “¿Qué me aconsejáis que responda a este pueblo?”

⁷ Ellos le respondieron: “Si tú te haces hoy servidor de este pueblo y les sirves y les das buenas palabras, ellos serán siervos tuyos para siempre.”

⁸ Pero él abandonó el consejo que los ancianos le aconsejaron y pidió consejo a los jóvenes que se habían criado con él y estaban a su servicio.

⁹ Les dijo: “¿Qué me aconsejáis que responda a este pueblo que me ha hablado diciendo: aligera el yugo que tu padre puso sobre nosotros?”

¹⁰ Los jóvenes que se habían criado con él respondieron diciendo: “Esto debes responder a este pueblo que te ha dicho: “Tu padre hizo pesado nuestro yugo; ahora tú aligera nuestro yugo,” esto debes responder: Mi dedo meñique es más grueso que los lomos de mi padre.

*¹¹ Un yugo pesado cargó mi padre,
mas yo haré más pesado vuestro yugo;
mi padre os azotaba con azotes
pero yo os azotaré con escorpiones.”*

¹² Vino Jeroboam con todo el pueblo a Roboam al tercer día, según lo había dicho el rey: “Volved a mí al tercer día.”

¹³ El rey respondió al pueblo con dureza, abandonando el consejo que los ancianos le aconsejaron,

¹⁴ y hablándoles según el consejo de los jóvenes diciendo:

*“Mi padre hizo pesado vuestro yugo,
yo lo haré más pesado todavía.
Mi padre os ha azotado con azotes,
mas yo os azotaré con escorpiones.”*

¹⁵ No escuchó el rey al pueblo, pues se trataba de una intervención de Yahveh para cumplimiento de la palabra que Yahveh había anunciado a Jeroboam, hijo de Nebat, por medio de Ajías de Silo.

¹⁶ Viendo todo Israel que el rey no le oía, replicó el pueblo al rey diciendo:

“¿Qué parte tenemos nosotros con David?”

*¿No tenemos herencia en el hijo de Jesé!
¿A tus tiendas, Israel!
¿Mira ahora por tu casa, David!”*

Israel se fue a sus tiendas.

¹⁷ Roboam reinó sobre los israelitas que habitaban en las ciudades de Judá.

¹⁸ El rey Roboam envió a Adoram, jefe de la leva, pero todo Israel le mató a pedradas; el rey Roboam se apresuró a subir a su carro para huir a Jerusalén.

¹⁹ Israel está en desobediencia contra la casa de David hasta el día de hoy.

²⁰ Cuando todo Israel supo que Jeroboam había vuelto, enviaron a llamarle a la asamblea y le hicieron rey sobre todo Israel; no hubo quien siguiera a la casa de David, aparte sólo la tribu de Judá.

²¹ En llegando a Jerusalén reunió Roboam a toda la casa de Judá y a la tribu de Benjamín, 180.000 hombres guerreros escogidos, para combatir contra la casa de Israel y devolver el reino a Roboam, hijo de Salomón.

²² Pero fue dirigida la palabra de Dios a Semaías, hombre de Dios, diciendo:

²³ “Habla a Roboam, hijo de Salomón, rey de Judá, y a toda la casa de Judá, a Benjamín y al resto del pueblo y diles:

²⁴ Así habla Yahveh: No subáis a combatir con vuestros hermanos los israelitas. Que cada uno se vuelva a su casa porque esto es cosa mía.” Ellos escucharon la palabra de Yahveh, y se volvieron para ir conforme a la palabra de Yahveh.

²⁵ Jeroboam fortificó Siquem, en la montaña de Efraím, y habitó en ella. Salió de ella y fortificó Penuel.

²⁶ Jeroboam se dijo en su corazón: “En esta situación el reino acabará por volver a la casa de David.

²⁷ Si este pueblo continúa subiendo para ofrecer sacrificios en la Casa de Yahveh en Jerusalén, el corazón de este pueblo se volverá a su señor, a Roboam, rey de Judá, y me matarán.”

²⁸ Tomó consejo el rey, hizo dos becerros de oro, y dijo al pueblo: “Basta ya de subir a Jerusalén. Este es tu dios, Israel, el que te hizo subir de la tierra de Egipto.”

²⁹ Colocó uno en Betel, ³⁰ y el pueblo fue con el otro hasta Dan.

³¹ Hizo Casas en los altos y estableció sacerdotes del común del pueblo que no eran de los hijos de Leví.

³² Hizo Jeroboam una fiesta en el mes octavo, el día quince del mes, parecida a la fiesta de Judá, y subió al altar. Así hizo en Betel, ofreciendo sacrificios a los becerros que había hecho y estableciendo en Betel sacerdotes para los altos que había instituido.

³³ Subió al altar que había hecho en Betel el día quince del octavo mes, el mes que se había discurrecido por su cuenta para instituir una fiesta para los israelitas, y subió al altar para quemar incienso.

Elías

7 Elías, el profeta

Ajab, rey de Israel, se casó con Jezabel, una princesa del lejano reino de los sidonios. Era una mujer orgullosa. Se decía que era hechicera. Jezabel trajo consigo sobre un carruaje su propia imagen divina, y los sacerdotes al servicio de este dios, Baal.

Ajab tuvo que construir un templo en la ciudad real, Samaría, para la adoración de ese dios. Se constituyó en contra templo del santuario salomónico de Jerusalén. El pueblo de Israel dejó entonces de venerar al dios de Abraham, Isaac y Jacob.

Una terrible sequía azotó entonces al país. No cayó lluvia ni rocío nocturno. Murieron las hierbas, las plantas y los árboles. Luego murieron los animales, puesto que los campos se tornaron desérticos. En esa época de privación extrema, murieron también los primeros humanos.

Vivía por entonces, en las cercanías de la ciudad de Samaría, un campesino llamado Naboth. A través de él actuaba el elevado espíritu de un enviado divino, llamado Elías. Dios le dijo:

—Vete a los hombres, en tal y tal lugar, y háblales para que renuncien a la idolatría. Permanecerás aún en el anonimato.

Es así que Elías apareció en chozas, en aldeas, sobre senderos solitarios. Previno a los hombres servir

el profanador de textos

al verdadero dios. Sus palabras eran tan persuasivas que tuvieron el poder de conmover a los hombres en lo más profundo de su corazón. Y dieron crédito a sus palabras.

Cuando intentaban, empero, detener al profeta desconocido, o albergarlo durante la noche, éste había desaparecido. Y pronto apareció en otros lugares, conmoviendo las almas humanas. Por doquier se hablaba del profeta oculto, pero nadie sabía empero quien era.

La noticia llegó también a oídos del rey Ajab y de Jezabel. El rey sospechó que se trataba de una sublevarción. Jezabel reflexionó:

—¿De qué manera podemos sacar del medio a ese profeta?

El rey envió espías para localizar al desconocido. No fue posible hallarlo. Elías recibió las indicaciones de Dios:

—Irás a ver al rey Ajab, y le dirás: “El pueblo tendrá que confiar nuevamente en el Dios de Abraham. No caerá lluvia sobre la tierra hasta que así suceda.”

Es así que cierto día, de pronto, el profeta se encontraba frente al portal del palacio. Y le dijo al guardián:

—Anuncia al rey la llegada del profeta, que quiere hablar con él.

El rey se sobresaltó al escuchar ese mensaje, pero hizo comparecer al profeta frente al trono. Con impetuosa palabra le anunció al rey:

—No volverá a caer lluvia sobre la tierra hasta que tu y tu pueblo retornen al auténtico dios.

Pronunciadas estas palabras abandonó el palacio y nunca más fue visto.

Y Dios dijo a Naboth-Elías:

—Refúgiate en la soledad del arroyo Kerit. Fortifica tu alma, para que puedas presentarte frente al rey y frente al pueblo.

Así lo hizo Elías. Permaneció dentro del silencio de una gruta, entregado a profunda oración, de la cual emanó la luz fortificante del mundo divino. El arroyo llevaba muy poca agua, suficiente para que Elías bebiera, y todos los días se acercaban dos cuervos trayéndole un poco de alimento, de modo que podía mantenerse con vida, oculto en la gruta.

Pero llegó el momento en el cual el arroyo se secó. La voz divina le ordenó entonces ir a Sarepta. Llegado al portal de la ciudad se encontró con una viuda, que estaba juntando leña. Se sentó Elías en las proximidades, sobre una piedra. La mujer levantó la vista y se dió cuenta que el forastero se estaba muriendo de sed. El forastero preguntó:

—¿Puedes darme un poco de agua y pan? Desfallezco.

Ella respondió:

—No tengo pan. Únicamente un poquito de harina y aceite. Dentro de poco tendré que perecer, junto con mi hijo.

Fue en busca de una jarra con agua y le dió de beber. El forastero le dijo:

—Prepara un pan de tu harina y aceite. Verás que nunca te faltarán harina ni aceite.

Ella obedeció la indicación del forastero. Sus palabras se cumplieron. El harina y el aceite nunca se terminaron. Podían alimentarse todos, el forastero, la madre y su hijo. Elías permaneció en aquella casa, donde su lecho estuvo en el altillo.

Por entonces enfermó el hijo y ya no daba señales de vida. Elías lo tomó en sus brazos y lo llevó al altillo, colocándolo sobre su lecho. Tres veces se inclinó sobre el cuerpo del niño, implorando:

—¡Oh, Señor, mi Dios, has que el alma de este niño retorne a su cuerpo!

Y he allí que la vida retornó. Elías lo llevó en brazos junto a la madre diciendo:

—¡Mujer, tu hijo vive!

Y ella respondió, con veneración:

—¡Ahora sé que eres el auténtico profeta!

7 Elías, el profeta

1 Reyes 16:29-17:24

²⁹ Ajab, hijo de Omrí, comenzó a reinar en Israel el año 38 de Asá, rey de Judá. Ajab, hijo de Omrí, reinó sobre Israel en Samaría veintidós años.

³⁰ Ajab, hijo de Omrí, hizo el mal a los ojos de Yahveh más que todos los que fueron antes que él.

³¹ Lo de menos fue haber seguido los pecados de Jeroboam, hijo de Nebat, sino que, además, tomó por mujer a Jezabel, hija de Ittobaal, rey de los sidonios, y se fue a servir a Baal postrándose ante él.

³² Alzó un altar a Baal en el santuario de Baal que edificó en Samaría.

³³ Hizo Ajab el cipo y aumentó la indignación de Yahveh, Dios de Israel, más que todos los reyes de Israel que le precedieron.

³⁴ En su tiempo Jiel de Betel reedificó Jericó. Al precio de Abirón, su primogénito, puso los fundamentos, y al precio de su hijo menor Segub, puso las puertas, según la palabra que dijo Yahveh por boca de Josué, hijo de Nun.

17¹ Elías tesbita, de Tisbé de Galaad, dijo a Ajab: “Vive Yahveh, Dios de Israel, a quien sirvo. No habrá estos años rocío ni lluvia más que cuando mi boca lo diga.”

² Fue dirigida la palabra de Yahveh a Elías diciendo: ³ “Sal de aquí, dirígete hacia oriente y escóndete en el torrente de Kerit que está al este del Jordán.

⁴ Beberás del torrente y encargaré a los cuervos que te sustenten allí.”

⁵ Hizo según la palabra de Yahveh, y se fue a vivir en el torrente de Kerit que está al este del Jordán.

⁶ Los cuervos le llevaban pan por la mañana y carne por la tarde, y bebía del torrente.

⁷ Al cabo de los días se secó el torrente, porque no había lluvia en el país.

⁸ Le fue dirigida la palabra de Yahveh a Elías diciendo: ⁹ “Levántate y vete a Sarepta de Sidón y quédate allí, pues he ordenado a una mujer viuda de allí que te dé de comer.”

¹⁰ Se levantó y se fue a Sarepta. Cuando entraba por la puerta de la ciudad había allí una mujer viuda que recogía leña. La llamó Elías y dijo: “Tráeme, por favor, un poco de agua para mí en tu jarro para que pueda beber.”

¹¹ Cuando ella iba a traérsela, le gritó: “Tráeme, por favor, un bocado de pan en tu mano.”

¹² Ella dijo: “Vive Yahveh tu Dios, no tengo nada de pan cocido: sólo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la orza. Estoy recogiendo dos palos, entraré y lo prepararé para mí y para mi hijo, lo comeremos y moriremos.”

¹³ Pero Elías le dijo: “No temas. Entra y haz como has dicho, pero primero haz una torta pequeña para mí y tráemela, y luego la harás para ti y para tu hijo.

¹⁴ Porque así habla Yahveh, Dios de Israel:

*‘No se acabará la harina en la tinaja,
no se agotará el aceite en la orza
hasta el día en que Yahveh conceda
la lluvia sobre la haz de la tierra.’*

¹⁵ Ella se fue e hizo según la palabra de Elías, y comieron ella, él y su hijo.

¹⁶ No se acabó la harina en la tinaja ni se agotó el aceite en la orza, según la palabra que Yahveh había dicho por boca de Elías.

¹⁷ Después de estas cosas, el hijo de la dueña de la casa cayó enfermo, y la enfermedad fue tan recia que se quedó sin aliento.

¹⁸ Entonces ella dijo a Elías: “¿Qué hay entre tú y yo, hombre de Dios? ¿Es que has venido a mí para recordar mis faltas y hacer morir a mi hijo?”

¹⁹ Elías respondió: “Dame tu hijo.” El lo tomó de su regazo y subió a la habitación de arriba donde él vivía, y lo acostó en su lecho; ²⁰ después clamó a Yahveh diciendo: “Yahveh, Dios mío, ¿es que también vas a hacer mal a la viuda en cuya casa me hospedo, haciendo morir a su hijo?”

²¹ Se tendió tres veces sobre el niño, invocó a Yahveh y dijo: “Yahveh, Dios mío, que vuelva, por favor, el alma de este niño dentro de él.”

²² Yahveh escuchó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a el y revivió.

²³ Tomó Elías al niño, lo bajó de la habitación de arriba de la casa y se lo dio a su madre. Dijo Elías: “Mira, tu hijo vive.”

²⁴ La mujer dijo a Elías: “Ahora sí que he conocido bien que eres un hombre de Dios, y que es verdad en tu boca la palabra de Yahveh.”

8 sobre el monte Karmel

Cuando la penuria había llegado a sus dimensiones máximas, la voz divina le ordenó a Elías:

—Preséntate ante rey Ajab. Mediante un ofertorio sobre el monte Karmel harás que caiga lluvia en todo el país.

Elías se presentó al rey y éste exclamó:

—¿Te atreves a presentarte ante mí, tú que has llevado a la perdición a Israel?

Elías empero opuso:

—No fui yo quien ha llevado a la perdición a Israel, sino tú mismo, y tu estirpe. Has menospreciado al Dios de tus antepasados, induciendo a tu pueblo a la idolatría de Baal. ¡Escúchame, oh rey! Reúne a todo tu pueblo y también a tus sacerdotes adoradores de Baal sobre el monte Karmel. Los sacerdotes de Baal preparan una pira para un fuego de ofertorio, sin colocar fuego alguno. Yo haré lo mismo. Los sacerdotes de Baal pedirán a su dios que les envíe fuego. Y yo imploraré al dios de nuestros antepasados. El dios que envíe el fuego del cielo para encender la pira, ese es el verdadero dios.

Ajab envió sus mensajeros por todo Israel, ordenando que el pueblo todo y los sacerdotes se reúnan sobre el monte Karmel. El día convenido se prepararon dos piras y se dispusieron dos toros a ser sacri-

ficados. Los sacerdotes de Baal levantaron un gran altar. Llegaron ataviados con vestimentas de muchos colores y adornos sobre sus cabezas.

Elías, vestido con sencillez, hizo apilar doce piedras, una por cada estirpe del pueblo de Israel.

Elías elevó su voz, dirigiéndose al pueblo reunido:

—¡Soy el único profeta del Señor! Y hay cuatrocientos cincuenta profetas del Baal. Que imploren a su dios Baal a que encienda el fuego del ofertorio. Luego, yo aclamaré el nombre del Señor. Aquel dios que da su respuesta con fuego es el verdadero dios.

De inmediato los sacerdotes de Baal comenzaron una desenfrenada danza alrededor de su altar, exclamando al unísono:

—¡Escúchanos, Baal! ¡Envía fuego! ¡Escúchanos. Baal! ¡Manda fuego!

Se dice, empero, que los sacerdotes de Baal habían escondido debajo de su pira a uno de los suyos con una fuente que contenía cenizas y brasas. Debía soplarlas y encender el fuego a escondidas, mientras los demás aclamaban a Baal. Debajo de las leñas se había escondido una víbora venenosa que mordió la pierna del hombre oculto. Y antes de que comenzaran las aclamaciones a Baal yacía muerto debajo de los leños.

Los sacerdotes empeñados en la danza lanzaron gritos cada vez más fuertes. Su desenfreno llegó a extremos tales que comenzaron a provocarse ellos mismos heridas en su propia carne, de modo que la sangre corría por su cuerpo, salpicando la tierra.

Pero no hubo fuego alguno.

Elías elevó su majestuosa voz diciendo al pueblo:

—¡Venid a mi lado!

Ordenó sacrificar el toro del ofertorio según las antiguas usanzas, colocarlo sobre la pira para rociarlo luego con agua bendecida. Luego imploró a Dios:

—¡Oh, Señor! ¡Escúchame! Has que tu pueblo te reconozca como el Dios verdadero.

El fuego de un rayo cayó del cielo y prendió los leños del ofertorio. El pueblo entero estalló en un grito de estupor y alegría:

—¡El Señor es nuestro Dios! ¡Jehová, el Señor, es nuestro Dios!

De esta forma se había cumplido lo anunciado, y los sacerdotes de Baal habían sido vencidos.

Elías subió a la cima del monte Karmel. Se inclinó hacia el suelo colocando su rostro ante sus rodillas. Y su mirada llegó hasta el lejano mar. Allí se fue formando una nubecita, que creció y creció, hasta conformarse en gran nube. Se levantó el viento y una gran lluvia mojó la tierra. Comenzaron a correr nuevamente los arroyos y los ríos. Los pozos se llenaron de agua y al cabo de algunos días el verde de las hierbas cubrió el suelo.

8 sobre el monte Karmel

1 Reyes 18:1-46

18¹ Pasado mucho tiempo, fue dirigida la palabra de Yahveh a Elías, al tercer año, diciendo: “Vete a presentarte a Ajab, pues voy a hacer llover sobre la superficie de la tierra.”

² Fue Elías a presentarse a Ajab. El hambre se había apoderado de Samaría.

³ Ajab llamó a Abdías, que estaba al frente de la casa —Abdías era muy temeroso de Yahveh.

⁴ Cuando Jezabel exterminó a los profetas de Yahveh, Abdías había tomado cien profetas y los había ocultado, de cincuenta en cincuenta, en una cueva, dándoles de comer pan y agua.

⁵ Dijo Ajab a Abdías: “Ven, vamos a recorrer el país por todas sus fuentes y todos sus torrentes; acaso encontremos hierba para mantener los caballos y mulos y no tengamos que suprimir el ganado.”

⁶ Se repartieron el país para recorrerlo: “Ajab se fue solo por un camino y Abdías se fue solo por otro.”

⁷ Estando Abdías en camino, le salió Elías al encuentro. Le reconoció y cayó sobre su rostro y dijo: “¿Eres tú Elías, mi señor?”

⁸ El respondió: “Yo soy. Vete a decir a tu señor: Ahí está Elías.”

⁹ Respondió: “¿En qué he pecado, pues entregas a tu siervo en manos de Ajab para hacerme morir?”

¹⁰ ¡Vive Yahveh tu Dios! No hay nación o reino donde no haya mandado a buscarte mi señor, y cuando decían: ‘No está aquí,’ hacía jurar a la nación o al reino que no te había encontrado. ¹¹ Y ahora tú dices: ‘Vete a decir a tu señor: Ahí está Elías.’ ¹² Y sucederá que, cuando me aleje de ti, el espíritu de Yahveh te llevará no sé dónde, llegaré a avisar a Ajab, pero no te hallará y me matará. Sin embargo, tu siervo teme a Yahveh desde su juventud. ¹³ ¿Nadie ha hecho saber a mi señor lo que hice cuando Jezabel mató a los profetas de Yahveh, que oculté a cien de los profetas de Yahveh, de cincuenta en cincuenta, en una cueva, y les alimenté con pan y agua? ¹⁴ Y ahora tú me dices: ‘Vete a decir a tu señor: Ahí está Elías.’ ¡Me matará!”

¹⁵ Respondió Elías: “¡Vive Yahveh Sebaot a quien sirvo! Hoy me presentaré a él.”

¹⁶ Abdías fue al encuentro de Ajab y le avisó, y Ajab partió al encuentro de Elías.

¹⁷ Cuando Ajab vio a Elías le dijo: “¿Eres tú, azote de Israel?”

¹⁸ El respondió: “No soy yo el azote de Israel, sino tú y la casa de tu padre, por haber abandonado a Yahveh y haber seguido a los Baales.”

¹⁹ Pero ahora, envía a reunir junto a mí a todo Israel en el monte Carmelo, y a los 450 profetas de Baal que comen a la mesa de Jezabel.”

²⁰ Ajab envió a todos los israelitas y reunió a los profetas en el monte Carmelo.

²¹ Elías se acercó a todo el pueblo y dijo: “¿Hasta cuándo vais a estar cojeando con los dos pies? Si Yahveh es Dios, seguidle; si Baal, seguid a éste.” Pero el pueblo no le respondió nada.

²² Dijo Elías al pueblo: “He quedado yo solo como profeta de Yahveh, mientras que los profetas de Baal son 450. ²³ Que se nos den dos novillos; que elijan un novillo para ellos, que los despedacen y lo pongan sobre la leña, pero que no pongan fuego. Yo prepararé el otro novillo y lo pondré sobre la leña, pero no pondré fuego. ²⁴ Invocaréis el nombre de vuestro dios; yo invocaré el nombre de Yahveh. Y el dios que responda por el fuego, ése es Dios.” Todo el pueblo respondió: “¡Está bien!”

²⁵ Elías dijo a los profetas de Baal: “Elegíos un novillo y comenzad vosotros primero, pues sois más numerosos. Invocad el nombre de vuestro dios, pero no pongáis fuego.”

²⁶ Tomaron el novillo que les dieron, lo prepararon e invocaron el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: “¡Baal, respóndenos!” Pero no hubo voz ni respuesta. Danzaban cojeando junto al altar que habían hecho.

²⁷ Llegado el mediodía, Elías se burlaba de ellos y decía: “¡Gritad más alto, porque es un dios; tendrá algún negocio, le habrá ocurrido algo, estará en camino; tal vez esté dormido y se despertará!”

²⁸ Gritaron más alto, sajándose, según su costumbre, con cuchillos y lancetas hasta chorrear la sangre sobre ellos.

²⁹ Cuando pasó el mediodía, se pusieron en trance hasta la hora de hacer la ofrenda, pero no hubo voz, ni quien escuchara ni quien respondiera.

³⁰ Entonces Elías dijo a todo el pueblo: “Acercaos a mí.” Todo el pueblo se acercó a él. Reparó el altar de Yahveh que había sido demolido.

³¹ Tomó Elías doce piedras según el número de las tribus de los hijos de Jacob, al que fue dirigida la palabra de Yahveh diciendo: “Israel será tu nombre.”

³² Erigió con las piedras un altar al nombre de Yahveh, e hizo alrededor del altar una zanja que contenía como unas dos arrobas de sembrado.

³³ Dispuso leña, despedazó el novillo y lo puso sobre la leña.

³⁴ Después dijo: “Llenad de agua cuatro tinajas y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña.” Lo hicieron así. Dijo: “Repetid” y repitieron. Dijo: “Hacedlo por tercera vez.” Y por tercera vez lo hicieron.

³⁵ El agua corrió alrededor del altar, y hasta la zanja se llenó de agua.

³⁶ A la hora en que se presenta la ofrenda, se acercó el profeta Elías y dijo: “Yahveh, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, que se sepa hoy que tú eres Dios en Israel y que yo soy tu servidor y que por orden tuya he ejecutado toda estas cosas.

³⁷ Respóndeme, Yahveh, respóndeme, y que todo este pueblo sepa que tú, Yahveh, eres Dios que conviertes sus corazones.”

³⁸ Cayó el fuego de Yahveh que devoró el holocausto y la leña, y lamió el agua de las zanjas.

³⁹ Todo el pueblo lo vio y cayeron sobre su rostro y dijeron: “¡Yahveh es Dios, Yahveh es Dios!”

⁴⁰ Elías les dijo: “Echad mano a los profetas de Baal, que no escape ninguno de ellos”; les echaron mano y Elías les hizo bajar al torrente de Quisón, y los degolló allí.”

⁴¹ Dijo Elías a Ajab: “Sube, come y bebe, porque ya se oye el rumor de la lluvia.”

⁴² Subió Ajab a comer y beber, mientras que Elías subía a la cima del Carmelo, y se encorvó hacia la tierra poniendo su rostro entre las rodillas.

⁴³ Dijo a su criado: “Sube y mira hacia el mar.” Subió, miró y dijo: “No hay nada.” El dijo: “Vuelve.” Y esto siete veces.

⁴⁴ A la séptima vez dijo: “Hay una nube como la palma de un hombre, que sube del mar.” Entonces dijo: “Sube a decir a Ajab: ‘Unce el carro y baja, no te detenga la lluvia.’”

⁴⁵ Poco a poco se fue oscureciendo el cielo por las nubes y el viento y se produjo gran lluvia. Ajab montó en su carro y se fue a Yizreel.

⁴⁶ La mano de Yahveh vino sobre Elías que, ciñéndose la cintura, corrió delante de Ajab hasta la entrada de Yizreel.

9 Elías en el monte Horeb

El rey Ajab relató todo lo sucedido en el monte Karmel a su esposa Jezabel. Ésta estaba poseída por el servicio a Baal y trató entonces de dar muerte a Elías.

Elías se enteró de esta macabra noticia. Huyó al desierto y dejó a su servidor en Berseba de Judá. Antes de acostarse a dormir debajo de una retama, rezó:

—¡Señor, toma mi vida, basta ya!

En aquella noche, sin embargo, el ángel del Señor lo tocó y le dijo:

—Levántate y come. Tienes un largo camino.

Halló alimento y caminó día tras día hasta llegar al monte Horeb, junto al Sinaí, donde se refugió en una gruta. Allí recibió revelaciones divinas de modo tal que su alma se asemejó cada vez más a un ángel. Permaneció en esa soledad durante cuarenta días, tal como otrora lo había hecho Moisés.

En su camino de retorno, Elías se encontró con un campesino que estaba arando las tierra con sus bueyes. Elías se acercó a él y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

El labrador le respondió:

el profanador de textos

—Eliseo.

Elías supo entonces que este sería su discípulo, y su sucesor. Lo cubrió con su manto como señal que lo tomaba bajo su amparo. El campesino dijo:

—Te seguiré. Permíteme tan sólo darle el beso de despedida a mi padre y mi madre. E iré contigo.

Y fue así que Eliseo se convirtió en el alumno de Elías. Eliseo no se apartó de Elías en todo el tiempo que aún le quedó de vida.

El gran profeta conocía el momento en que dejaría la tierra. Llegó al río Jordán con Eliseo y algunos de sus discípulos. Elías enrolló su manto y con el mismo golpeó el agua. El río se abrió hacia ambos lados, formando un camino. Pero únicamente Eliseo debía acompañar al profeta. Llegados a la orilla opuesta dijo Elías:

—Pídeme lo que quieres que haga por tí antes de que sea llevado de tu lado.

Eliseo dijo:

—Ruego que tu espíritu me acompañe en todos los momentos difíciles.

Mientras así estaban hablando, se pronto se aproximó un carruaje tirado por fogosos corceles alados. Elías subió y así se elevó hacia las alturas celestiales. Había dejado caer su manto a los pies de Eliseo. Éste lo levantó y se aproximó a la orilla del Jordán. Tomó el manto y golpeó el agua; ésta se abrió y lo dejó pasar.

Eliseo tuvo certeza entonces: La fuerza y la firmeza del profeta me acompañarán. Los discípulos del profeta estaban aguardando en la orilla opuesta. Al ver a Eliseo atravesando el río se inclinaron reverentes diciendo:

—¡El espíritu de Elías yace sobre Eliseo!

Eliseo llevó a cabo muchos milagros. Purificó el agua contaminada. Curó a los enfermos y leprosos.

Multiplicó el alimento e hizo resucitar a un niño muerto. Para el pueblo se constituyó en un portador de paz. Por su mediación pudieron evitarse hasta confrontaciones bélicas.

Eliseo hizo ungir como rey al eficiente comandante Jehu, alzándose en contra rey de Ajab y Jezabel.

Jehu aniquiló la adoración de Baal y destruyó su templo. Se constituyó en ajusticiador del Ajab, Jezabel y su estirpe, finalizando su gobierno que tanta desgracia había acarreado sobre el país y su pueblo.

9 Elías en el monte Horeb

1 Reyes 19:1-21; 2 Reyes 2:1-25

19¹ Ajab refirió a Jezabel cuanto había hecho Elías y cómo había pasado a cuchillo a todos los profetas.

² Envió Jezabel un mensajero a Elías diciendo: “Que los dioses me hagan esto y me añaden esto otro si mañana a estas horas no he puesto tu alma igual que el alma de uno de ellos.”

³ El tuvo miedo, se levantó y se fue para salvar su vida. Llegó a Berseba de Judá y dejó allí a su criado.

⁴ El caminó por el desierto una jornada de camino, y fue a sentarse bajo una retama. Se deseó la muerte y dijo: “¡Basta ya, Yahveh! ¡Toma mi vida, porque no soy mejor que mis padres!”

⁵ Se acostó y se durmió bajo una retama, pero un ángel le tocó y le dijo: “Levántate y come.”

⁶ Miró y vio a su cabecera una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió y bebió y se volvió a acostar.

⁷ Volvió segunda vez el ángel de Yahveh, le tocó y le dijo: “Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti.”

⁸ Se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb.

⁹ Allí entró en la cueva, y pasó en ella la noche. Le fue dirigida la palabra de Yahveh, que le dijo: “¿Qué haces aquí Elías?”

¹⁰ El dijo: “Ardo en celo por Yahveh, Dios Sebaot, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela.”

¹¹ Le dijo: “Sal y ponte en el monte ante Yahveh.” Y he aquí que Yahveh pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahveh; pero no estaba Yahveh en el huracán. Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba Yahveh en el temblor.

¹² Después del temblor, fuego, pero no estaba Yahveh en el fuego. Después del fuego, el susurro de una brisa suave.

¹³ Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva. Le fue dirigida una voz que le dijo: “¿Qué haces aquí, Elías?”

¹⁴ El respondió: “Ardo en celo por Yahveh, Dios Sebaot, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela.”

¹⁵ Yahveh le dijo: “Anda, vuelve por tu camino hacia el desierto de Damasco. Vete y unge a Jazael como rey de Aram. ¹⁶ Ungirás a Jehú, hijo de Nimsí, como rey de Israel, y a Eliseo, hijo de Safat, de Abel Mejolá, le ungarás como profeta en tu lugar. ¹⁷ Al que escape a la espada de Jazael le hará morir Jehú, y al que escape a la espada de Jehú, le hará morir Eliseo. ¹⁸ Pero me reservaré 7.000 en Israel: todas

las rodillas que no se doblaron ante Baal, y todas las bocas que no le besaron.”

¹⁹ Partió de allí y encontró a Eliseo, hijo de Safat, que estaba arando. Había delante de él doce yuntas y él estaba con la duodécima. Pasó Elías y le echó su manto encima.

²⁰ El abandonó los bueyes, corrió tras de Elías y le dijo: “Déjame ir a besar a mi padre y a mi madre y te seguiré.” Le respondió: “Anda, vuélvete, pues ¿qué te he hecho?”

²¹ Volvió atrás Eliseo, tomó el par de bueyes y los sacrificó, asó su carne con el yugo de los bueyes y dio a sus gentes, que comieron. Después se levantó, se fue tras de Elías y entró a su servicio.

Segundo Libro de los Reyes

2¹ Esto pasó cuando Yahveh arrebató a Elías en el torbellino al cielo. Elías y Eliseo partieron de Guilgal.

² Dijo Elías a Eliseo: “Quédate aquí, porque Yahveh me envía a Betel.” Eliseo dijo: “Vive Yahveh y vive tu alma, que no te dejaré.” Y bajaron a Betel.

³ Salió la comunidad de los profetas que había en Betel al encuentro de Eliseo y le dijeron: “¿No sabes que Yahveh arrebatará hoy a tu señor por encima de tu cabeza?” Respondió: “También yo lo sé. ¡Callad!”

⁴ Elías dijo a Eliseo: “Quédate aquí, porque Yahveh me envía a Jericó.” Pero él respondió: “Vive Yahveh y vive tu alma, que no te dejaré,” y siguieron hacia Jericó.

⁵ Se acercó a Eliseo la comunidad de los profetas que había en Jericó y le dijeron: “¿No sabes que Yahveh arrebatará hoy a tu señor por encima de tu cabeza?” Respondió: “También yo lo sé. ¡Callad!”

⁶ Le dijo Elías: “Quédate aquí, porque Yahveh me envía al Jordán.” Respondió: “Vive Yahveh y vive tu alma que no te dejaré,” y fueron los dos.

⁷ Cincuenta hombres de la comunidad de los profetas vinieron y se quedaron enfrente, a cierta distancia; ellos dos se detuvieron junto al Jordán.

⁸ Tomó Elías su manto, lo enrolló y golpeó las aguas, que se dividieron de un lado y de otro, y pasaron ambos a pie enjuto.

⁹ Cuando hubieron pasado, dijo Elías a Eliseo: “Pídeme lo que quieras que haga por ti antes de ser arrebatado de tu lado.” Dijo Eliseo: “Que tenga dos partes de tu espíritu.”

¹⁰ Le dijo: “Pides una cosa difícil; si alcanzas a verme cuando sea llevado de tu lado, lo tendrás; si no, no lo tendrás.”

¹¹ Iban caminando mientras hablaban, cuando un carro de fuego con caballos de fuego se interpuso entre ellos; y Elías subió al cielo en el torbellino.

¹² Eliseo le veía y clamaba: “¡Padre mío, padre mío! Carro y caballos de Israel! ¡Auriga suyo!” Y no le vio más. Asió sus vestidos y los desgarró en dos.

¹³ Tomó el manto que se le había caído a Elías y se volvió, parándose en la orilla del Jordán.

¹⁴ Tomó el manto de Elías y golpeó las aguas diciendo: “¿Dónde está Yahveh, el Dios de Elías?” Golpeó las aguas, que se dividieron de un lado y de otro, y pasó Eliseo.

¹⁵ Habiéndole visto la comunidad de los profetas que estaban enfrente, dijeron: “El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo.” Fueron a su encuentro, se posttraron ante él en tierra,

¹⁶ y le dijeron: “Hay entre tus siervos cincuenta hombres valerosos; que vayan a buscar a tu señor, no sea que el espíritu de Yahveh se lo haya llevado y le

haya arrojado en alguna montaña o algún valle.” El dijo: “No mandéis a nadie.”

¹⁷ Como le insistieran hasta la saciedad dijo: “Mandad.” Mandaron cincuenta hombres que le buscaron durante tres días, pero no le encontraron.

¹⁸ Se volvieron donde él, que se había quedado en Jericó, y les dijo: “¿No os dije que no fuerais?”

¹⁹ Los hombres de la ciudad dijeron a Eliseo: “El emplazamiento de la ciudad es bueno, como mi señor puede ver, pero las aguas son malas y la tierra es estéril.”

²⁰ Él dijo: “Traedme una olla nueva y poned sal en ella.” Y se la trajeron.

²¹ Fue al manantial de las aguas, arrojó en él la sal y dijo: “Así dice Yahveh: Yo he saneado estas aguas; ya no habrá en ellas muerte ni esterilidad.”

²² Y las aguas quedaron saneadas hasta el día de hoy, según la palabra que dijo Eliseo.

²³ De allí subió a Betel. Iba subiendo por el camino, cuando unos niños pequeños salieron de la ciudad y se burlaban de él diciendo: “¡Sube, calvo; sube, calvo!”

²⁴ El se volvió, los vio y los maldijo en nombre de Yahveh. Salieron dos osos del bosque y destrozaron a 42 de ellos.

²⁵ De allí se fue al monte Carmelo, de donde se volvió a Samaría.

10 Tobías

Uno de los pocos hombres del pueblo judío que se habían mantenido alejados de la idolatría había sido Tobit. También él había sido deportado al país asirio, conjuntamente con los israelitas prisioneros. A causa de su inteligencia había ganado el respeto en el servicio real. Poseía una casa y bienes terrenales. Muchos de sus hermanos israelitas eran esclavos y vivían sumidos en la miseria.

Tobit y su mujer Ana tuvieron un solo hijo, quien se llamaba Tobías. A menudo, su padre llevó al pequeño en sus viajes de negocios. A veces llegaban a lugares donde los israelitas tenían que llevar a cabo tareas duras y pesadas, viviendo en gran pobreza.

Tobit consoló a la gente, le daba consejos en ocasión de enfermedades y les enseñaba las oraciones de Israel.

Tobías tenía una canasta, o una bolsa, que contenía algún obsequio para los pobres y los hambrientos. De ese modo, Tobit amenguaba mucha penuria y dentro del niño crecía la misericordia.

Por ese entonces falleció el rey Salamanasar. Su hijo Senaquerib ejerció una presión aún mucho mayor sobre los israelitas. Y hasta sucedió que algunos fueron muertos por causas insig-

nificantes. Al enterarse el nuevo rey que Tobit prestaba su apoyo a los israelitas se enfureció. Le quitó su casa y sus bienes. Y Tobit tuvo que huir con Ana y su hijo.

Al cabo de cuarenta y cinco días ese cruel rey Senaquerib fue ajusticiado por sus propios hijos. Tobit pudo entonces regresar a su casa y se le devolvieron todos sus bienes.

Cierta día, cuando Tobit estaba reposando junto al muro de su casa, una golondrina arrojó sus excrementos del nido y cayó dentro de los ojos de Tobit, causándole la ceguera. Viendo su vida ensombrecida de tal modo, pensó: “Dios pronto llevará consigo mi alma.” Hizo llamar a su hijo diciéndole:

—Aquí, en el cuarto, cruza una viga de madera bajo el cielorraso. Aproximadamente en su centro hay una hendidura y allí encontrarás un pergamino. ¡Búscalo!

Tobías encontró el amarillento pergamino y lo colocó en las manos de su padre. Éste continuó diciendo:

—Cuando aún eras un niño le he prestado diez libras de plata a Gabael en la ciudad de Ragués, en el país de Media. Este pergamino lleva el testimonio manuscrito de Gabael, que es un hombre honesto. ¡Irás a verlo! Y él te devolverá la plata prestada, a cambio del pergamino. Búscate un acompañante; la bendición de Dios esté contigo.

Una vez hechos los preparativos del viaje, el joven Tobías abrazó a su padre y a su madre, despidiéndose. Apenas hubo abandonado su hogar se encontró con un bello joven, quien se aproximó a él con paso extrañamente liviano. Tobías no sabía que era un ángel que había tomado figura humana.

Tobías estaba en compañía de un perrito, que alegremente se aproximó al desconocido. Tobías se dirigió al joven diciendo:

—Estoy buscando un compañero de viaje.
¿Quieres venir conmigo? No podría encontrar com-
pañero mejor. ¿Me acompañas al país de Media?

El joven respondió con voz sonora:

—Iré contigo hasta ese lugar. Puedes llamarme
por el nombre de Azarías.

Al estrecharle la mano, a Tobías le pareció como
si lo penetrase la calidez de un fuego prodigioso. Al
cabo del primer día de viaje llegaron al río Tigris.
Tobías quiso lavar sus cansados pies en el agua. Se
acercó entonces un pez que hizo ademán de mor-
derlo en los dedos. Tobías dió un grito. El joven
exclamó:

—¡Agarra al pez de las aletas! ¡Sácalo del agua!

Así lo hizo Tobías. Lo trozó y lo asó para la cena.
El joven le dijo:

—No tires la vesícula del pez, llévala contigo y
guárdala cuidadosamente.

Preguntó Tobías:

—Dime, ¿qué haré con esa vesícula?

El joven respondió:

—Es medicina para ojos enfermos. Llévala para
tu padre.

10 Tobías

Tobías 1:1-6:10

1 ¹ Historia de Tobit, hijo de Tobiel, hijo de
Ananiel, hijo de Aduel, hijo de Gabael, del linaje
de Asiel, de la tribu de Neftalí, ² que en tiempo de
Salmanasar, rey de Asiria, fue deportado de Tibé,
que queda al sur de Cadés de Neftalí, en la Galilea
superior, por encima de Jasor, detrás del camino del
oeste y al norte de Sefat.

³ Yo, Tobit, he andado por caminos de verdad y
en justicia todos los días de mi vida y he repartido
muchas limosnas entre mis hermanos y compatrio-
tas, deportados conmigo a Nínive, al país de los
asirios.

⁴ Siendo yo joven todavía y estando en mi país,
en la tierra de Israel, toda la tribu de mi padre
Neftalí se apartó de la casa de David y de Jerusalén,
la ciudad elegida entre todas las tribus de Israel para
ofrecer allí sacrificios y en la que había sido edificado
y consagrado, para todas las generaciones venideras,
el Templo de la Morada del Altísimo.

⁵ Todos mis hermanos y la casa de mi padre
Neftalí ofrecían sacrificios al becerro que Jeroboam,
rey de Israel, había hecho en Dan, en los montes de
Galilea.

⁶ Muchas veces era yo el único que iba a
Jerusalén, con ocasión de las fiestas, tal como está
prescrito para todo Israel por decreto perpetuo; en
cobrando las primicias y las crías primeras y diezmos
de mis bienes y el primer esquila de mis ovejas,
acudía presuroso a Jerusalén ⁷ y se lo entregaba a los
sacerdotes, hijos de Aarón, para el altar. Daba a los
levitas, que hacían el servicio en Jerusalén, el diez-
mo del vino, del grano, del olivo, de los granados,
de los higos y demás frutales; tomaba en metálico
el segundo diezmo, de los seis años, y lo gastaba en
Jerusalén.

⁸ Entregaba el tercer diezmo a los huérfanos,
a las viudas y a los prosélitos que vivían con los
israelitas; se lo llevaba y entregaba cada tres años,
celebrando una comida con ellos conforme a lo que
se prescribe en la Ley de Moisés y conforme a los
preceptos que me dio Débora, madre de nuestro
padre Ananiel, pues mi padre había muerto deján-
dome huérfano.

⁹ En llegando a edad adulta, me casé con Ana,
mujer de nuestra parentela; y ella dio a luz a Tobías.

¹⁰ Cuando la deportación de Asiria, yo también
fui deportado y me trasladé a Nínive. Todos mis her-
manos y los de mi linaje comían los manjares de los
gentiles, ¹¹ más yo me guardé bien de comerlos.

¹² Como yo me acordaba de Dios con toda mi
alma, ¹³ me concedió el Altísimo gracia y favor ante
Salmanasar, y llegué a ser procurador suyo.

¹⁴ Me trasladé a Media y administré allí sus
negocios hasta su muerte; y deposité en Ragués de
Media, en casa de Gabael, hermano de Gabrí, unos
sacos de plata por valor de diez talentos.

¹⁵ Muerto Salmanasar, le sucedió en el trono
su hijo Senaquerib; en su reinado, los caminos de
Media se hicieron inseguros y no pude volver allí.

¹⁶ En los días de Salmanasar hice yo muchas limosnas a mis hermanos de raza; ¹⁷ di mi pan a los hambrientos y vestido a los desnudos; y si veía el cadáver de alguno de los de mi raza arrojado extra-muros de Nínive, le daba sepultura.

¹⁸ Enterré igualmente a los que mató Senaquerib (cuando vino huyendo de Judea después del escarmiento que hizo contra él el Rey del Cielo, a causa de sus blasfemias. Senaquerib, en su cólera, mandó matar a muchos israelitas); y yo sustraje sus cuerpos y los enterré. Senaquerib los buscó sin encontrarlos.

¹⁹ Un ninivita fue a denunciarme al rey de que yo los había enterrado en secreto. Cuando supe que el rey tenía informes acerca de mí, y que me buscaba para matarme, tuve miedo y escapé.

²⁰ Me fueron arrebatados todos mis bienes; nada quedó sin confiscar para el tesoro real, salvo mi mujer Ana y mi hijo Tobías.

²¹ Aún no habían transcurrido cuarenta días, cuando Senaquerib fue asesinado por sus dos hijos, que huyeron luego hacia los montes Ararat. Le sucedió su hijo Asarjaddón. Asarjaddón puso a Ajikar, hijo de mi hermano Anael, al frente de las finanzas de su reino, de modo que dirigía toda la administración.

²² Ajikar intercedió por mí y pude regresar a Nínive. Ajikar, de hecho, había sido copero mayor, custodio del sello, administrador y encargado de las finanzas bajo Senaquerib, rey de Asiria; y Asarjaddón le confirmó en los cargos. Era sobrino mío y de mi propia parentela.

2¹ En el reinado de Asarjaddón pude regresar a mi casa y me fue devuelta mi mujer Ana y mi hijo Tobías. En nuestra solemnidad de Pentecostés, que es la santa solemnidad de las Semanas, me habían

preparado una excelente comida y me dispuse a comer.

² Cuando me presentaron la mesa, con numerosos manjares, dije a mi hijo Tobías: “Hijo, ve a buscar entre nuestros hermanos deportados en Nínive a algún indigente que se acuerde del Señor y tráelo para que coma con nosotros. Te esperaré hasta que vuelvas, hijo mío.”

³ Fuese, pues, Tobías a buscar a alguno de nuestros hermanos pobres, y cuando regresó me dijo: “Padre.” Le respondí: “¿Qué hay, hijo?” Contestó: “Padre, han asesinado a uno de los nuestros; le han estrangulado y le han arrojado en la plaza del mercado y aún está allí.”

⁴ Me levanté al punto y sin probar la comida, alcé el cadáver de la plaza y lo dejé en una habitación, en espera de que se pusiera el sol, para enterrarlo.

⁵ Volví a entrar, me lavé y comí con aflicción ⁶ acordándome de las palabras que el profeta Amós dijo contra Betel:

“Vuestras solemnidades se convertirán en duelo y todas vuestras canciones en lamento.”

⁷ Y lloré. Cuando el sol se puso, cavé una fosa y sepulté el cadáver.

⁸ Mis vecinos se burlaban y decían: “Todavía no ha aprendido. (Pues, en efecto, ya habían querido matarme por un hecho semejante.) Apenas si pudo escapar y ya vuelve a sepultar a los muertos.”

⁹ Aquella misma noche, después de bañarme, salí al patio y me recosté contra la tapia, con el rostro cubierto a causa del calor.

¹⁰ Ignoraba yo que arriba, en el muro, hubiera gorriones; me cayó excremento caliente sobre los ojos y me salieron manchas blancas. Fui a los médicos,

para que me curasen; pero cuantos más remedios me aplicaban, menos veía a causa de las manchas, hasta que me quedé completamente ciego. Cuatro años estuve sin ver. Todos mis hermanos estaban afligidos; Ajikar, por su parte, proveyó a mi sustento durante dos años, hasta que se trasladó a Elimaida.

¹¹ En aquellas circunstancias, mi mujer Ana, tuvo que trabajar a sueldo en labores femeninas; hilaba lana y hacía tejidos ¹² que entregaba a sus señores, cobrando un sueldo; el siete del mes de Dystros⁷ acabó un tejido y se lo entregó a los dueños, que le dieron todo su jornal y le añadieron un cabrito para una comida.

¹³ Cuando entró ella en casa, el cabrito empezó a balar; yo, entonces, llamé a mi mujer y le dije: “¿De dónde ha salido ese cabrito? ¿Es que ha sido robado? Devuélvelo a sus dueños, porque no podemos comer cosa robada.”

¹⁴ Ella me dijo: “Es un regalo que me han añadido a mi sueldo.” Pero yo no la creí; ordené que lo devolviera a los dueños y me irrité contra ella por este asunto. Entonces ella me replicó: “¿Dónde están tus limosnas y tus buenas obras? ¡Ahora se ve todo bien claro!”

3¹ Anegada entonces mi alma de tristeza, suspirando y llorando, comencé a orar con gemidos:

*² “Tú eres justo, Señor,
y justas son todas tus obras.
Misericordia y verdad
son todos tus caminos.
Tú eres el Juez del Universo.*

⁷ El mes de Sabat o Dystros, el décimo primero, corresponde a enero/febrero. [n. del pr.]

el profanador de textos

³ Y ahora, Señor,
acuérdate de mí y mírame.

No me condenes por mis pecados,
mis inadvertencias y las de mis padres.
Hemos pecado en tu presencia,

⁴ no hemos escuchado tus mandatos
y nos has entregado al saqueo,
a la burla, al comentario
y al oprobio de todas las gentes
entre las que nos has dispersado.

⁵ Pero cierto es, Señor, que todas tus sentencias
a la verdad responden
cuando me tratas según mis pecados
y los de mis padres;
porque no hemos cumplido tus mandatos,
y no hemos caminado en la verdad
delante de ti.

⁶ Haz conmigo ahora según lo que te plazca
y ordena que reciban mi vida
para que yo me disuelva sobre la faz de la tierra,
porque más me vale morir que vivir.
Tengo que aguantar injustos reproches
y me anega la tristeza.
Manda, Señor, que sea liberado
de esta aflicción
y déjame partir al lugar eterno,
y no apartes, Señor, tu rostro de mí,
pues prefiero morir
a pasar tanta aflicción durante la vida
y tener que seguir oyendo injurias.”

⁷ Sucedió aquel mismo día, que también Sarra, hija de Ragüel, el de Ecbátana de Media, fue injuriada por una de las esclavas de su padre, ⁸ porque había sido dada en matrimonio a siete hombres, pero el malvado demonio Asmodeo los había matado antes de que se

unieran a ella como casados. La esclava le decía: “¡Eres tú la que matas a tus maridos! Ya has tenido siete, pero ni de uno siquiera has disfrutado. ⁹ ¿Nos castigas porque se te mueren los maridos? ¡Vete con ellos y que nunca veamos hijo ni hija tuyos!”

¹⁰ Entonces Sarra, con el alma llena de tristeza, se echó a llorar y subió al aposento de su padre con intención de ahorcarse. Pero, reflexionando, pensó: “Acaso esto sirva para que injurien a mi padre y le digan: “Tenías una hija única, amada y se ha ahorcado porque se sentía desgraciada.” No puedo consentir que mi padre, en su ancianidad, baje con tristeza a la mansión de los muertos. Es mejor que, en vez de ahorcarme, suplique al Señor que me envíe la muerte para no tener que oír injurias durante mi vida.”

¹¹ Y en aquel momento, extendiendo las manos hacia la ventana, oró así:

“Bendito seas tú, Dios de misericordias,
y bendito sea tu Nombre por los siglos,
y que todas tus obras te bendigan por siempre.

¹² Vuelvo ahora mi rostro
y alzo mi ojos hacia ti.

¹³ Manda que yo sea librada de la tierra,
para no escuchar ultrajes.

¹⁴ Tú sabes, Señor, que yo estoy pura
de todo contacto de varón;

¹⁵ que no he mancillado mi nombre
ni el nombre de mi padre

en la tierra de mi cautividad.
Soy la única hija de mi padre;

no tiene otros hijos que le hereden,
no tiene junto a sí ningún hermano

ni pariente a quien me deba por mujer.
Ya perdí siete maridos:

¿para qué quiero la vida?

*Si no te place, Señor, darme la muerte,
¡mírame con compasión!*

y no tenga yo que escuchar injurias.

¹⁶ Fue oída en aquel instante, en la Gloria de Dios, la plegaria de ambos ¹⁷ y fue enviado Rafael a curar a los dos: a Tobit, para que se le quitaran las manchas blancas de los ojos y pudiera con sus mismos ojos ver la luz de Dios; y a Sarra la de Ragüel, para entregarla por mujer a Tobías, hijo de Tobit, y librarla de Asmodeo, el demonio malvado; porque Tobías tenía más derechos sobre ella que todos cuantos la pretendían. En aquel mismo momento se volvía Tobit del patio a la casa, y Sarra, la de Ragüel, descendía del aposento.

4¹ Aquel día, se acordó Tobit del dinero que había dejado en depósito a Gabael, en Ragués de Media, ² y se dijo para sí: “Yo, ya estoy deseando morirme. Así que voy a llamar a mi hijo Tobías y le voy a hablar de este dinero antes de morirme.”

³ Llamó, pues, Tobit a su hijo, que se presentó ante él. Tobit le dijo: “Cuando yo muera, me darás una digna sepultura; honra a tu madre y no le des un disgusto en todos los días de su vida; haz lo que le agrade y no le causes tristeza por ningún motivo.

⁴ Acuérdate, hijo, de que ella pasó muchos trabajos por ti cuando te llevaba en su seno. Y cuando ella muera, sepúltala junto a mí, en el mismo sepulcro.

⁵ “Acuérdate, hijo, del Señor todos los días y no quieras pecar ni transgredir sus mandamientos; practica la justicia todos los días de tu vida y no andes por caminos de injusticia, ⁶ pues si te portas según verdad, tendrás éxito en todas tus cosas, ⁷ como todos los que practican la justicia. “Haz limosna con tus bienes; y al hacerlo, que tu ojo no tenga renci-

lla. No vuelvas la cara ante ningún pobre y Dios no apartará de ti su cara.

⁸ Regula tu limosna según la abundancia de tus bienes. Si tienes poco, da conforme a ese poco, pero nunca temas dar limosna, ⁹ porque así te atesoras una buena reserva para el día de la necesidad.

¹⁰ Porque la limosna libra de la muerte e impide caer en las tinieblas.

¹¹ Don valioso es la limosna para cuantos la practican en presencia del Altísimo.

¹² “Guárdate, hijo, de toda impureza y, sobre todo, toma mujer del linaje de tus padres; no tomes mujer extraña que no pertenezca a la tribu de tu padre, porque somos descendientes de profetas. Recuerda, hijo, que desde siempre nuestros padres Noé, Abraham, Isaac y Jacob tomaron mujeres de entre sus hermanos y fueron bendecidos en sus hijos, de modo que su estirpe poseerá la tierra en herencia.

¹³ Así pues, hijo, ama a tus hermanos; no tengas con tus hermanos, ni con los hijos y las hijas de tu pueblo, corazón soberbio, en orden a tomar para ti mujer de entre ellos; pues la soberbia acarrea la ruina y prolija inquietud; y la ociosidad, bajeza y extrema penuria; porque la ociosidad es madre de la indigencia.

¹⁴ “No retengas el salario de los que trabajan para ti; dáselo al momento. Si sirves a Dios serás recompensado. Pon cuidado, hijo, en todas tus acciones y muéstrate educado en toda tu conducta.

¹⁵ No hagas a nadie lo que no quieras que te hagan. No bebas vino hasta emborracharte y no hagas de la embriaguez tu compañera de camino.

¹⁶ “Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. Haz limosna de todo cuanto te sobra; y no tenga rencilla tu ojo cuando hagas limosna.

¹⁷ Esparce tu pan sobre la tumba de los justos, pero no lo des a los pecadores.

¹⁸ “Busca el consejo de los prudentes y no desprecies ningún aviso saludable.

¹⁹ Bendice al Señor Dios en toda circunstancia, pídele que sean rectos todos tus caminos y que lleguen a buen fin todas tus sendas y proyectos. Pues no todas las gentes tienen consejo; es el Señor quien da todos los bienes y, cuando quiere, eleva o abata hasta lo profundo del Hades. Así, pues, hijo, recuerda estos mandamientos y no permitas que se borren de tu corazón.

²⁰ “También quiero decirte que dejé en depósito a Gabael, hijo de Gabrí, en Ragués de Media, diez talentos de plata.

²¹ No debes preocuparte, hijo, porque seamos pobres. Muchos bienes posees si temes a Dios, huyes de todo pecado y haces lo que es bueno ante el Señor tu Dios.”

5¹ Entonces Tobías respondió a su padre Tobit: “Haré cuanto me has mandado, padre.

² Pero ¿cómo podré recuperar el depósito? Ni él me conoce a mí ni yo a él. ¿Qué señal debo darle para que me reconozca, me crea y me devuelva el dinero? Por otra parte, desconozco la ruta que conduce a Media.”

³ Tobit, entonces, respondió a su hijo Tobías: “El me dio un recibo y yo a él otro; lo partí en dos, tomé una parte y dejé la otra con el dinero. ¡Ya va para veinte años que deposité esta suma! Ahora, hijo, busca un hombre de confianza que vaya contigo, y le tomaremos a sueldo hasta tu vuelta, y vete a recuperar esta plata.”

⁴ Salió Tobías a buscar un hombre que conociera la ruta y fuera con él a Media. En saliendo, encontró

a Rafael, el ángel, parado ante él; pero no sabía que era un ángel de Dios.

⁵ Díjole, pues: “¿De dónde eres, joven?” Le respondió: “De los israelitas, tus hermanos y ando en busca de trabajo.” Díjole Tobías: “¿Conoces la ruta de Media?”

⁶ Respondió: “Sí; he estado allá muchas veces y conozco al detalle todos los caminos. He ido a Media con frecuencia y he sido huésped de Gabael, nuestro hermano, el que vive en Ragués de Media. Hay dos jornadas de camino entre Ecbátana y Ragués, pues Ragués está en la montaña y Ecbátana en el llano.”

⁷ Tobías le dijo: “Espérame, joven, que voy a decírselo a mi padre, porque necesito que vengas conmigo; y yo te pagaré tu sueldo.”

⁸ El le dijo: “Te espero, pero no tardes.”

⁹ Fuese Tobías a informar a su padre y le dijo: “Ya he encontrado un hombre, que es israelita, hermano nuestro.” Le contestó Tobit: “Llámale, para que yo sepa a qué familia y tribu pertenece, y si es digno de confianza para que te acompañe, hijo.” Salió Tobías, le llamó y le dijo: “Joven, mi padre te llama.”

¹⁰ Entró el ángel y Tobit se adelantó a saludarle; el ángel contestó: “Que disfrutes de mucha alegría.” Replicó Tobit: “¿Qué alegría puedo disfrutar ya? Estoy ciego y no puedo ver la luz del cielo; yazgo en tinieblas como los muertos, que no contemplan la luz; vivo como un muerto; oigo la voz de los hombres, pero no los veo.” Le dijo el ángel: “Ten confianza, que Dios te curará dentro de poco. Ten confianza.” Tobit le dijo: “Mi hijo Tobías quiere ir a Media. ¿Puedes ir con él y servirle de guía? Yo te daría tu salario, hermano.” El respondió: “Puedo ir con él, pues conozco al detalle todos los caminos y he viajado a Media con frecuencia; he recorrido

todos sus llanos y sus montes y tengo conocimiento de todas sus rutas.”

¹¹ Tobit le dijo: “¿Querías decirme, hermano, a qué familia y tribu perteneces?”

¹² Le respondió el ángel: “¿Qué puede importar mi tribu?” Tobit insistió: “Me gustaría, hermano, saber con seguridad tu tribu y nombre.”

¹³ Respondió el ángel: “Yo soy Azarías, hijo del gran Ananías, uno de tus hermanos.”

¹⁴ Le dijo Tobit: “Seas venido sano y salvo, hermano; y no lleses a mal, hermano, mi deseo de conocer con certeza tu nombre y familia. Resulta ahora que eres de mi parentela y que perteneces a un linaje bueno y honrado. He conocido a Ananías y a Natán, los dos hijos del gran Semeías; ellos iban conmigo a Jerusalén y conmigo adoraban allí, sin desviarse del buen camino. Tus hermanos son hombres de bien; de buen linaje procedes. ¡El gozo sea contigo!”

¹⁵ Y añadió: “Te daré como sueldo una dracma por día, y en lo demás tendrás el mismo trato que mi hijo.” ¹⁶ Vete con mi hijo y después te añadiré un sobresueldo.” ¹⁷ Le dijo el ángel: “Partiré con él y no abrigues temor; sanos partimos y sanos regresaremos a ti, porque la ruta es segura.” Le respondió Tobit: “Bendito seas, hermano.” Y llamando a su hijo le anunció: “Hijo, prepara las cosas para el camino y emprende la marcha con tu hermano; que el Dios que está en los cielos os proteja allí y os devuelva a mí sanos; y su ángel os acompañe con su protección, hijo.” Tobías se dispuso a emprender la marcha y besó a su padre y a su madre. Tobit le dijo: “¿Que tengáis buen viaje!”

¹⁸ Pero su madre lloraba y dijo a Tobit: “¿Por qué has hecho que se vaya mi hijo? ¿No era él el bastón de nuestra mano, que siempre va y viene con nosotros?” ¹⁹ Que no sea el dinero lo primero de todo!

Que no se convierta en el precio de nuestro hijo! ²⁰ ¡Con lo que el Señor nos daba para vivir teníamos bastante!”

²¹ El le dijo: “No pienses tal cosa; sano ha partido nuestro hijo y sano volverá a nosotros; con tus propios ojos lo verás el día que regrese sano junto a ti.” ²² No pienses tal cosa ni te atormentes por ellos, hermana; porque un ángel bueno le acompañará, le dará un viaje fácil y le devolverá sano.”

6¹ Y ella dejó de llorar. ² Partió el muchacho en compañía del ángel, y el perro les seguía. Yendo de camino, aconteció que una noche acamparon junto al río Tigris.

³ Bajó el muchacho al río a lavarse los pies, cuando saltó del agua un gran pez que quería devorar el pie del muchacho. Este gritó ⁴ pero el ángel le dijo: “¡Agarra el pez y tenlo bien sujeto!” El muchacho se apoderó del pez y lo arrastró a tierra.

⁵ El ángel añadió: “Abre el pez, sácale la hiel, el corazón y el hígado y guárdalos, y tira los intestinos; porque su hiel, su corazón y su hígado son remedios útiles.”

⁶ El joven abrió el pez y tomó la hiel, el corazón y el hígado. Asó parte del pez y lo comió, salando el resto. Luego continuaron su camino, los dos juntos, hasta cerca de Media.

⁷ Preguntó entonces el muchacho al ángel: “Hermano Azarías, ¿qué remedios hay en el corazón, el hígado y la hiel del pez?”

⁸ Le respondió: “Si se quema el corazón o el hígado del pez ante un hombre o una mujer atormentados por un demonio o un espíritu malo, el humo ahuyenta todo mal y le hace desaparecer para siempre.

⁹ Cuanto a la hiel, untando con ella los ojos de un hombre atacado por manchas blancas, y soplando sobre las manchas, queda curado.”

11 en casa de Ragüel y Sara

Al llegar a la primera ciudad de Media dijo Azarías:

—Se encuentra aquí un hombre llamado Ragüel y es pariente tuyo. Tiene una sola hija, llamada Sara. Si pides la mano de Sara a su padre, te la dará como esposa. Y serás feliz.

Tobías se sorprendió de los conocimientos de Azarías y asintió en visitar a los parientes. Al llegar, Tobías se dió a conocer. Ragüel virtió lágrimas de alegría, diciendo:

—Eres el hijo de mi hermano. Eres el hijo de un hombre de bien.

Como Sara le pareció muy adorable, decidió permanecer en el lugar hasta la fecha de la boda.

Se dirigió al joven Azarías diciéndole:

—¿Puedo pedirte viajes a la ciudad de Rages con este pergamino? Allí, visitarás al honorable Gabael, entregándole el pergamino. Lo invitarás a que venga a participar de nuestra boda.

Azarías titubeó un instante. Elevó su mirada, tal como si quisiera leer en las nubes. Luego, sin embargo, sonrió asintiendo con un movimiento de cabeza. Al cabo de pocos días retornó con Gabael, quien asistiría a la boda. Gabael le dijo a Tobías:

—En ocasión de una gran necesidad tu padre me ha ayudado, prestándome plata. Ahora he adquirido

dinero y bienes. Aquí te entrego la plata prestada para que la devuelvas a tu padre.

Algo extraño había sucedido con Azarías. A menudo desaparecía por varios días. Cuando, empero, iba a emprender un viaje, de pronto, había regresado. Al cabo de muchos días, Tobías dijo:

—Sé que mis padres están muy preocupados por mi larga ausencia; tal vez teman que haya muerto. Querida Sara, despedámonos de tus padres para regresar a mi patria.

Ragüel les entregó obsequios y cabalgaduras y Azarías los acompañó. Cuando al cabo de la larga travesía por fin llegaron a las proximidades de la finca de los padres de Tobías, el perrito salió corriendo para anunciar la llegada de su amo. Y luego llegó él mismo, el joven Tobías trayendo no sólo la plata, sino su joven y adorable esposa.

En el momento del encuentro Azarías se mantuvo un poco alejado, dejando que todos pudiesen expresar su alegría. Luego, sin embargo, se acercó a Tobías diciéndole en voz baja:

—Unta los ojos de tu padre con la hiel del pescado, y volverá a ver.

Tobit se acostó y Tobías untó sus ojos. Y después de permanecer acostado por un rato, se desprendió una membrana blanca y, poco a poco, la clara luz retornó a sus ojos.

El padre vió a Sara con Tobías, vió a Azarías y le dió gracias al cielo por ese milagro y todos los beneficios recibidos.

En ese momento, se acercó Azarías y comenzó a hablar:

—En ocasiones, los destinos humanos pueden ser guiados por los ángeles. Os diré ahora toda la verdad acerca de mi procedencia: ¡Soy Rafael, el ángel sanador!

Asombro y sobresalto se apoderó de las personas antes tan dichosas. Temerosos, inclinaron sus rostros al suelo. Y se escuchó nuevamente la voz de Azarías:

—¡Dad las gracias a Dios, el Señor! ¡Haced saber sus milagros!

Cuando al cabo de un tiempo se atrevieron a levantar su rostro, Azarías-Rafael había desaparecido. Tan sólo se vió un resplandor, que se disolvía como una nube, en el lugar donde había estado. El anciano padre entonó un canto de alabanza, y la alegría y la gratitud no tuvo límite.

11 en casa de Ragüel y Sara

Tobías 7:1-12:21

7¹ Cuando entraron en Ecbátana dijo Tobías: “Hermano Azarías, guíame en derecha a casa de Ragüel, nuestro hermano.” Le condujo, pues a casa de Ragüel y le encontraron sentado a la puerta del patio. Le saludaron ellos primero y él les contestó: “Mucha dicha os deseo, hermanos, y en buena salud vengáis.” Los llevó a su casa ² y dijo a su mujer Edna: “¡Cómo se parece este muchacho a mi hermano Tobit!”

³ Edna les preguntó: “¿De dónde sois, hermanos?” Respondieron: “Somos de los hijos de Neftalí, de los deportados de Nínive.”

⁴ Les dijo: “¿Conocéis a Tobit, nuestro hermano?” Ellos contestaron: “Sí, le conocemos.” - “¿Está bien?”

⁵ “Vive y está bien.” Y Tobías añadió: “Es mi padre.”

⁶ Ragüel se puso en pie de un salto, le besó, lloró y le dijo: “¡Bendito seas, hijo! Tienes un padre honrado y bueno. ¡Qué gran desgracia, haberse quedado ciego un hombre tan justo y tan limosnero!” Y echándose al cuello de su hermano Tobías, rompió a llorar.

el profanador de textos

⁷ También lloró su mujer Edna y su hija Sarra.

⁸ Mató luego un carnero del rebaño y los acogió con toda cordialidad.

⁹ Después de lavarse y bañarse, se pusieron a comer. Tobías dijo entonces a Rafael: “Hermano Azarías, di a Ragüel que me dé por mujer a mi hermana Sarra.”

¹⁰ Al oír Ragüel estas palabras dijo al joven: “Come, bebe y disfruta esta noche, porque ningún hombre hay, fuera de ti, que tenga derecho a tomar a mi hija Sarra, de modo que ni yo mismo estoy facultado para darla a otro, si no es a ti, que eres mi pariente más próximo. Pero voy a hablarte con franqueza, muchacho.

¹¹ Ya la he dado a siete maridos, de nuestros hermanos, y todos murieron la misma noche que entraron donde ella. Así que, muchacho, ahora come y bebe y el Señor os dará su gracia y su paz.” Pero Tobías replicó: “No comeré ni beberé hasta que no hayas tomado una decisión acerca de lo que te he pedido.” Ragüel le dijo: “¡Está bien! A ti se te debe dar, según la sentencia del libro de Moisés, y el Cielo decreta que te sea dada. Recibe a tu hermana. A partir de ahora, tú eres su hermano y ella es tu hermana. Tuya es desde hoy por siempre. Que el Señor del Cielo os guíe a buen fin esta noche, hijo, y os dé su gracia y su paz.”

¹² Llamó Ragüel a su hija Sarra, y cuando ella se presentó, la tomó de la mano y se la entregó a Tobías, diciendo: “Recíbela, pues se te da por mujer, según la ley y la sentencia escrita en el libro de Moisés. Tómala y llévala con bien a la casa de tu padre. Y que el Dios del Cielo os guíe en paz por el buen camino.”

¹³ Llamó luego a la madre, mandó traer una hoja de papiro y escribió el contrato matrimonial, con lo

cual se la entregó por mujer, conforme a la sentencia de la ley de Moisés.

¹⁴ Y acabado esto, empezaron a comer y beber.

¹⁵ Ragüel llamó a su mujer Edna y le dijo: “Hermana, prepara la otra habitación y lleva allí a Sarra.”

¹⁶ Ella fue y preparó un lecho en la habitación, tal como se lo había ordenado, y llevó allí a Sarra. Lloró ella y luego, secándose las lágrimas, le dijo: “Ten confianza, hija: que el Señor del Cielo te dé alegría en vez de esta tristeza. Ten confianza, hija.” Y salió.

8¹ Cuando acabaron de comer y beber, decidieron acostarse, y tomando al joven le llevaron al aposento.

² Recordó Tobías las palabras de Rafael y, tomando el hígado y el corazón del pez de la bolsa donde los tenía, los puso sobre las brasas de los perfumes.

³ El olor del pez expulsó al demonio que escapó por los aires hacia la región de Egipto. Fuese Rafael a su alcance, le ató de pies y manos y en un instante le encadenó.

⁴ Los padres salieron y cerraron la puerta de la habitación. Entonces Tobías se levantó del lecho y le dijo: “Levántate, hermana, y oremos y pidamos a nuestro Señor que se apiade de nosotros y nos salve.”

⁵ Ella se levantó y empezaron a suplicar y a pedir el poder quedar a salvo. Comenzó él diciendo:

*“¡Bendito seas tú, Dios de nuestros padres,
y bendito sea tu Nombre
por todos los siglos de los siglos!
Bendígante los cielos,
y tu creación entera,
por los siglos todos.*

⁶ *Tú creaste a Adán, y para él creaste*

*a Eva, su mujer, para sostén y ayuda,
y para que de ambos proviniera la raza de los
hombres.*

*Tú mismo dijiste:
‘No es bueno que el hombre se halle solo;
hagámosle una ayuda semejante a él.’*

⁷ *Yo no tomo a esta mi hermana
con deseo impuro,
mas con recta intención.
Ten piedad de mí y de ella
y podamos llegar juntos
a nuestra ancianidad.”*

⁸ Y dijeron a coro: “Amén, amén.”

⁹ Y se acostaron para pasar la noche. Se levantó Ragüel y, llamando a los criados que tenía en casa, fueron a cavar una tumba, ¹⁰ porque se decía: “No sea que haya muerto y nos sirva de mofa y escarnio.”

¹¹ Cuando tuvieron cavada la tumba, volvió Ragüel a casa, llamó a su mujer ¹² y le dijo: “Manda a una criada que entre a ver si vive; y si ha muerto, le enterraremos sin que nadie se entere.”

¹³ Mandaron a la criada, encendieron la lámpara y abrieron la puerta; y entrando ella vio que estaban acostados juntos y dormidos.

¹⁴ Salió la criada y les anunció: “Vive, nada malo ha ocurrido.”

¹⁵ Ragüel bendijo al Dios del Cielo, diciendo:

*“¡Bendito seas, oh Dios,
con toda pura bendición
y seas bendecido
por los siglos todos!*

¹⁶ *Seas bendecido
por haberme alegrado
y no haber ocurrido el mal que temía,*

el profanador de textos

sino que has hecho con nosotros según tu gran piedad.

¹⁷ Seas bendecido por tener compasión de dos hijos únicos.

Ten, Señor, piedad de ellos y dales tu salvación, y haz que su vida transcurra en alegría y piedad.”

¹⁸ Después ordenó a sus criados que rellenasen la fosa antes que amaneciera.

¹⁹ Mandó a su mujer cocer una gran hornada; y él fue al establo, tomó dos bueyes y cuatro carneros y ordenó que los aderezaran. Y comenzaron los preparativos.

²⁰ Hizo llamar a Tobías y le dijo: “Durante catorce días no te moverás de aquí; te quedarás conmigo comiendo y bebiendo y llenarás de gozo el corazón de mi hija por sus tristezas pasadas.

²¹ Luego, tomarás la mitad de todo cuanto aquí poseo y te volverás con felicidad a casa de tu padre. Cuando mi mujer y yo hayamos muerto, también será para vosotros la otra mitad. Ten confianza, hijo; yo soy tu padre y Edna tu madre; junto a ti estaremos y junto a tu hermana desde ahora en adelante. Ten confianza, hijo.”

9 Entonces Tobías llamó a Rafael y le dijo:

² “Hermano Azarías, toma contigo cuatro criados y dos camellos y vete a Ragués. ³ Dirígete a Gabael, dale el recibo y hazte cargo del dinero; invítale también a que se venga contigo a la boda. ⁴ Tú sabes que mi padre lleva cuenta de los días, y uno solo que demore, le doy un gran disgusto; ⁵ ya ves que Ragüel me ha conjurado, y que no puedo desatender su deseo.” Rafael se puso en camino para

Ragués de Media con los cuatro criados y los dos camellos y fueron a pernoctar en casa de Gabael. Le presentó el recibo y le dio la noticia de que Tobías, hijo de Tobit, se había casado y le invitaba a la boda. Gabael se levantó, le entregó todos los sacos de dinero, con los sellos intactos, y los cargaron sobre los camellos.

⁶ Levantándose de madrugada, partieron juntos para la boda y llegados a casa de Ragüel encontraron a Tobías puesto a la mesa. Y como se levantara a toda prisa para saludarle, Gabael rompió a llorar y le bendijo diciendo: “¡Hombre bueno y honrado, hijo de un hombre honrado y bueno, justo y limosnero! Que el Señor te conceda las bendiciones del cielo a ti, a tu mujer, al padre y a la madre de tu mujer. ¡Bendito sea Dios, que me ha permitido ver un vivo retrato de mi primo Tobit!”

10 ¹ Tobit, mientras tanto, llevaba cuenta, uno por uno, de los días de ida y vuelta. Cuando se cumplió el plazo sin que el hijo hubiera regresado, ² pensó: “¿Habrá algo que le retenga allí? ¿Acaso haya muerto Gabael y no haya nadie que le entregue el dinero!”

³ Y empezó a ponerse triste.

⁴ Ana, su mujer, decía: “Mi hijo ha muerto y ya no se cuenta entre los vivos.” Y rompió a llorar y a lamentarse por su hijo, diciendo:

⁵ “¡Ay de mí, hijo mío! ¡Que te dejé marchar a ti, luz de mis ojos!”

⁶ Tobit le dijo: “Calla, hermana, no pienses eso. El está bien. Habrán tenido algún contratiempo allí, pero su compañero es hombre de fiar y uno de los nuestros; no te inquietes por él, que debe estar cerca.”

⁷ Ella le replicó: “Déjame, no intentes engañarme. Mi hijo ha muerto.” Y todos los días se iba a mirar el

camino por donde su hijo había marchado. No creía a nadie. Y cuando se ponía el sol, entraba en casa y pasaba las noches gimiendo y llorando, sin poder dormir.

⁸ Cuando se pasaron los catorce días con que Ragüel había determinado celebrar la boda de su hija, se dirigió a él Tobías y le dijo: “Déjame regresar, porque estoy seguro que mi padre y mi madre están pensando que ya no van a volver a verme. Así que te ruego, padre, que me permitas regresar al lado de mi padre. Ya te dije en qué situación le he dejado.”

⁹ Ragüel respondió a Tobías: “Quédate, hijo; quédate conmigo y yo enviaré mensajeros a tu padre Tobit para que le den noticias tuyas.” Pero Tobías replicó: “No. Te ruego que me permitas volver al lado de mi padre.”

¹⁰ Entonces Ragüel se levantó y entregó a Tobías su mujer Sarra y la mitad de todos sus bienes, criados, criadas, bueyes y carneros, asnos y camellos, vestidos, plata y utensilios, ¹¹ y les dejó partir gozosos. Al despedirse de Tobías le dijo: “¡Salud, hijo, y buen viaje! El Señor del Cielo os guíe a vosotros y a tu mujer Sarra por buen camino y que pueda yo ver vuestros hijos antes de morir.”

¹² A su hija Sarra le dijo: “Vas al lado de tu suegro, pues desde ahora ellos son padres tuyos igual que los que te han engendrado. Vete en paz, hija. Que tenga buenas noticias de ti, mientras yo viva.” Y saludándoles, se despidió de ellos.

¹³ Edna dijo a Tobías: “Hijo y hermano queridísimo: Que el Señor te devuelva y que yo viva hasta ver tus hijos y de mi hija Sarra antes de morir. En presencia del Señor te entrego a mi hija en custodia; no le causes tristeza en todos los días de tu vida. Vete en paz, hijo. A partir de ahora, yo soy tu madre y Sarra es tu hermana. ¡Ojalá pudiéramos vivir juntos

el profanador de textos

todos los días de nuestra vida.” Y besando a los dos, los dejó partir llenos de gozo.

¹⁴Tobías salió de casa de Ragüel contento y gozoso, y bendiciendo al Señor del Cielo y de la tierra, rey de todas las cosas, porque había llevado a buen término su viaje. Bendijo a Ragüel y a su mujer Edna y les dijo: “Que pueda yo honraros todos los días de mi vida.”

11 ¹ Cuando llegaron cerca de Kaserín, que está frente a Nínive, ² dijo Rafael: “Tú sabes bien en qué situación dejamos a tu padre; ³ vamos a adelantarnos nosotros a tu mujer para preparar la casa, mientras llegan los demás.”

⁴ Prosiguieron, pues, los dos juntos; el ángel le dijo: “Toma contigo la hiel.” El perro seguía detrás de ellos.

⁵ Estaba Ana sentada, con la mirada fija en el camino de su hijo.

⁶ Tuvo la corazonada de que él venía y dijo al padre: “Mira, ya viene tu hijo y el hombre que le acompañaba.”

⁷ Rafael iba diciendo a Tobías, mientras se acercaban al padre: “Tengo por seguro que se abrirán los ojos de tu padre. ⁸ Úntale los ojos con la hiel del pez, y el remedio hará que las manchas blancas se contraigan y se le caerán como escamas de los ojos. Y así tu padre podrá mirar y ver la luz.”

⁹ Corrió Ana y se echó al cuello de su hijo, diciendo: “¡Ya te he visto, hijo! ¡Ya puedo morir!” Y rompió a llorar.

¹⁰ Tobit se levantó y trompicando salió a la puerta del patio.

¹¹ Corrió hacia él Tobías, llevando en la mano la hiel del pez; le sopló en los ojos y abrazándole estrechamente le dijo: “¡Ten confianza, padre!” Y le

aplicó el remedio y esperó; ¹² y luego, con ambas manos le quitó las escamas de la comisura de los ojos.

¹³ Entonces él se arrojó a su cuello, lloró y le dijo: “¡Ahora te veo, hijo, luz de mis ojos!”

¹⁴ Y añadió:

¡Bendito sea Dios!

¡Bendito su gran Nombre!

¡Bendito todos sus santos ángeles!

¡Bendito su gran Nombre

por todos los siglos!

¹⁵ Porque me había azotado,

pero me tiene piedad

y ahora veo a mi hijo Tobías.”

Tobías entró en casa lleno de gozo y bendiciendo a Dios con toda su voz; luego contó a su padre el éxito de su viaje, cómo traía el dinero y cómo se había casado con Sarra, la hija de Ragüel, y que venía ella con él y estaba ya a las puertas de Nínive.

¹⁶ Tobit salió al encuentro de su nuera hasta las puertas de Nínive, bendiciendo a Dios, lleno de gozo. Cuando los de Nínive le vieron caminar, avanzando con su antigua firmeza, sin necesidad de lazarillo, se maravillaron. Tobit proclamó delante de ellos que Dios se había compadecido de él y le había abierto los ojos.

¹⁷ Se acercó Tobit a Sarra, la mujer de su hijo, y la bendijo diciendo: “¡Bienvenida seas, hija! Y bendito sea tu Dios, hija, que te ha traído hasta nosotros. Bendito sea tu padre, y bendito Tobías, mi hijo, y bendita tú misma, hija. Bienvenida seas, entra en tu casa con gozo y bendición.”

¹⁸ Todos los judíos de Nínive celebraron fiesta aquel día.

¹⁹ También Ajikar y Nabad, primos de Tobit, vinieron a congratularle.

12 ¹ Acabados los días de la boda, llamó Tobit a su hijo Tobías y le dijo: “Hijo, ya es tiempo de pagar el salario al hombre que te acompañó. Y le añadirás un sobresueldo.”

² Respondió Tobías: “Padre, ¿qué salario puedo darle? Aun entregándole la mitad de la hacienda que traje conmigo, no salgo perdiendo.

³ Me ha guiado incólume, ha cuidado de mi mujer, me ha traído el dinero y te ha curado a ti. ¿Qué salario voy a darle?”

⁴ Díjole Tobit: “Hijo, bien merece que tome la mitad de cuanto trajeo.”

⁵ Le llamó, pues, Tobías y le dijo: “Toma como salario la mitad de todo cuanto trajiste y vete en paz.”

⁶ Entonces Rafael llevó aparte a los dos y les dijo: “Benedicid a Dios y proclamad ante todos los vivientes los bienes que os ha concedido, para bendecir y cantar su Nombre. Manifestad a todos los hombres las acciones de Dios, dignas de honra, y no seáis remisos en confesarle.

⁷ Bueno es mantener oculto el secreto del rey y también es bueno proclamar y publicar las obras gloriosas de Dios. Practicad el bien y no tropezaréis con el mal.

⁸ “Buena es la oración con ayuno; y mejor es la limosna con justicia que la riqueza con iniquidad. Mejor es hacer limosna que atesorar oro.

⁹ La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado. Los limosneros tendrán larga vida.

¹⁰ Los pecadores e inicuos son enemigos de su propia vida.

¹¹ “Os voy a decir toda la verdad, sin ocultaros nada. Ya os he manifestado que es bueno mantener oculto el secreto del rey y que también es bueno publicar las obras gloriosas de Dios.

¹² Cuando tú y Sarra hacíais oración, era yo el que presentaba y leía ante la Gloria del Señor el memorial de vuestras peticiones. Y lo mismo hacía cuando enterrabas a los muertos.

¹³ Cuando te levantabas de la mesa sin tardanza, dejando la comida, para esconder un cadáver, era yo enviado para someterte a prueba.

¹⁴ También ahora me ha enviado Dios para curarte a ti y a tú nuera Sarra.

¹⁵ Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están siempre presentes y tienen entrada a la Gloria del Señor.”

¹⁶ Se turbaron ambos y cayeron sobre sus rostros, llenos de terror.

¹⁷ El les dijo: “No temáis. La paz sea con vosotros. Bendecid a Dios por siempre.

¹⁸ Si he estado con vosotros no ha sido por pura benevolencia mía hacia vosotros, sino por voluntad de Dios. A él debéis bendecir todos los días, a él debéis cantar.

¹⁹ Os ha parecido que yo comía, pero sólo era apariencia.

²⁰ Y ahora bendecid al Señor sobre la tierra y confesad a Dios. Mirad, yo subo al que me ha enviado. Poned por escrito todo cuanto os ha sucedido.” Y se elevó.

²¹ Ellos se levantaron pero ya no le vieron más. Alabaron a Dios y entonaron himnos, dándole gracias por aquella gran maravilla de haberseles aparecido un ángel de Dios.

Isaías

12 Isaías

En la época en la cual los israelitas deportados tuvieron que vivir en el reino asirio, en Jerusalén reinaba el buen rey Ezequías. Isaías, el profeta divino, era su maestro y amigo. Sabía Ezequías que en el norte el pueblo israelita se había debilitado a causa de haber servido tantos dioses forasteros y haber despreciado la fe de sus antepasados. Y era el motivo por el cual el rey asirio Salumanasser había podido derrotar a Israel, llevándose a miles prisioneros.

El profeta Isaías convenció al rey Ezequías, que debía liberar de la idolatría a todo el país de Judea. Ordenó, por lo tanto, destruir los altares de los dioses foráneos, sobre los montes, en los bosques, y junto a los árboles.

Isaías, con gran fervor, predicaba al pueblo la verdadera fe de sus antepasados. No fue fácil, puesto que muchos habían adoptado, gustosamente, las usanzas paganas. Isaías les dijo:

—Si el pueblo de Judea toma el buen camino, nada debemos temer de los asirios.

El rey asirio Salamanasar había muerto y su sucesor era su hijo Senaquerib. Sus ojos ávidos contemplaban Jerusalén, mientras pensaba: “Podría conquistar esa magnífica ciudad, conjuntamente con todo el país, tal como mi padre conquistó el imperio

el profanador de textos

del norte, Israel. En el templo y en el palacio real de Israel hay tesoros de plata y oro. Iré en su búsqueda, y conquistaré a Judea.”

Senaquerib envió una amenaza al rey Ezequías exigiendo la entrega de un tesoro de oro y plata. Ezequías, un hombre amante de la paz, le entregó voluntariamente mucho oro y mucha plata, para mantener la paz. Dentro de Senaquerib, sin embargo, carcomía un dragón feroz. ¡Quería más! Quería todo el país del rey Ezequías, conjuntamente con la ciudad de Jerusalén.

Ezequías envió mensajeros al profeta Isaías para pedir su consejo. Isaías era conocedor del problema. Se había dirigido a Dios, permaneciendo en profunda oración. Es así que dijo a los enviados del rey:

—Decir a vuestro rey que no tema a los asirios. Dios estará con nosotros, y con Jerusalén.

A su regreso, los mensajeros le contaron al rey Ezequías lo que habían escuchado de labios del profeta.

Senaquerib partió hacia Jerusalén con un gran ejército.

Sumido en profunda oración, Ezequías aguardaba la llegada del enemigo. Se cerraron todos los portales de la ciudad. Fuertes eran los altos muros. Con su gigantesco ejército los asirios sitiaron la ciudad de Jerusalén, para doblegarla a causa del hambre y la sed de sus habitantes. Sin embargo, en medio de una noche se escuchó un extraño rugir de trueno. Con espanto, los guerreros asirios observaron un gigantesco fuego luminoso por encima de la ciudad sitiada, cuyas chispas disparadas caían lejos, más allá, hasta el campamento de los asirios. Espantados, fueron muchos los que huyeron, primero los jinetes con sus corceles desbocados. Otros caían desvanecidos, permaneciendo allí, como muertos. Senaquerib y sus

comandantes huyeron. El intento bélico de los asirios finalizó en pánico. Al poco tiempo, Senaquerib fue muerto en su propio país.

Isaías e Ezequías hablaron al pueblo salvado aquella mañana, después de la huida de los asirios, diciendo:

—¡Dad las gracias al Señor, quien os ha salvado mediante un milagro de su potestad!

12 Isaías

2 cro 32:1-23

3² ¹ Después de todas estas pruebas de fidelidad, vino Senaquerib, rey de Asiria, invadió Judá, puso sitio a las ciudades fortificadas y mandó forzar las murallas.

² Cuando vio Ezequías que Senaquerib venía con intención de atacar a Jerusalén, ³ tomó consejo con sus jefes y sus valientes en orden a cegar las fuentes de agua que había fuera de la ciudad; y ellos le apoyaron.

⁴ Se juntó mucha gente, y cegaron todas las fuentes y el arroyo que corría por medio de la región, diciendo: “Cuando vengan los reyes de Asiria, ¿por qué han de hallar tanta agua?”

⁵ Y cobrando ánimo, reparó toda la muralla que estaba derribada, alzando torres sobre la misma, levantó otra muralla exterior, fortificó el Millón en la Ciudad de David, y fabricó una gran cantidad de armas arrojadas y escudos.

⁶ Puso jefes de combate sobre el pueblo, los reunió a su lado en la plaza de la puerta de la ciudad, y hablándoles al corazón, dijo:

⁷ “Sed fuertes y tened ánimo; no temáis, ni desmayéis ante el rey de Asiria, ni ante toda la muche-

dumbre que viene con él, porque es más el que está con nosotros que el que está con él.

⁸ Con él está un brazo de carne, pero con nosotros está Yahveh nuestro Dios para ayudarnos y para combatir nuestros combates.” Y el pueblo quedó confortado con las palabras de Ezequías, rey de Judá.

⁹ Después de esto, Senaquerib, rey de Asiria, que estaba sitiando Lakís, con todas sus fuerzas, envió sus siervos a Jerusalén, a Ezequías, rey de Judá, y a todos los de Judá que estaban en Jerusalén para decirles:

¹⁰ “Así dice Senaquerib, rey de Asiria: ¿En qué ponéis vuestra confianza, para que permanezcáis cercados en Jerusalén?

¹¹ ¿No os engaña Ezequías para entregaros a la muerte por hambre y sed, cuando dice: “Yahveh nuestro Dios nos librará de la mano del rey de Asiria”?

¹² ¿No es este el mismo Ezequías que ha quitado sus altos y sus altares y ha dicho a Judá y Jerusalén: “Ante un solo altar os postraréis y sobre él habréis de quemar incienso”?

¹³ ¿Acaso no sabéis lo que yo y mis padres hemos hecho con todos los pueblos de los países? ¿Por ventura los dioses de las naciones de estos países han sido capaces de librar sus territorios de mi mano?

¹⁴ ¿Quién de entre todos los dioses de aquellas naciones que mis padres dieron al anatema pudo librar a su pueblo de mi mano? ¿Es que vuestro Dios podrá libraros de mi mano?

¹⁵ Ahora, pues, que no os engañe Ezequías ni os embauque de esa manera. No le creáis; ningún dios de ninguna nación ni de ningún reino ha podido salvar a su pueblo de mi mano, ni de la mano de mis padres, ¡cuánto menos podrá vuestro Dios libraros a vosotros de mi mano!”

¹⁶ Sus siervos dijeron todavía más cosas contra Yahveh Dios y contra Ezequías su siervo.

¹⁷ Escribió además cartas para insultar a Yahveh, Dios de Israel, hablando contra él de este modo: “Así como los dioses de las naciones de otros países no han salvado a sus pueblos de mi mano, así tampoco el Dios de Ezequías salvará a su pueblo de mi mano.”

¹⁸ Los enviados gritaban en voz alta, en lengua judía, al pueblo de Jerusalén, que estaba sobre el muro, para atemorizarlos y asustarlos, y poder conquistar la ciudad, ¹⁹ y hablando del Dios de Jerusalén como de los dioses de los pueblos de la tierra, que son obra de manos de hombre.

²⁰ En esta situación, el rey Ezequías y el profeta Isaías, hijo de Amós, oraron y clamaron al cielo.

²¹ Y Yahveh envió un ángel que exterminó a todos los guerreros esforzados de su ejército, a los príncipes y a los jefes que había en el campamento del rey de Asiria; el cual volvió a su tierra cubierta la cara de vergüenza, y al entrar en la casa de su dios, allí mismo, los hijos de sus propias entrañas le hicieron caer a espada.

²² Así salvó Yahveh a Ezequías y a los habitantes de Jerusalén de la mano de Senaquerib, rey de Asiria, y de la mano de todos sus enemigos, y les dio paz por todos lados.

²³ Muchos trajeron entonces ofrendas a Yahveh, a Jerusalén, y presentes a Ezequías, rey de Judá; el cual de allí en adelante adquirió gran prestigio a los ojos de todas las naciones.

13 la profecía

Cierta vez Isaías se hallaba en la soledad. El silencio de la noche lo rodeaba. Al sumergirse en su oración, la oscuridad de la noche se apartó de él, y dentro de una espléndida luz vio la imagen de Dios en medio de su hueste celestial. Un ángel serafín se aproximó a él y tocó sus labios con fuego celestial. Adquirió así la palabra pura y vigorosa. Isaías escuchó la palabra de Dios. Le preguntó: —¿A quién debo enviar?

Isaías exclamó: —¡Estoy pronto, envíame!

De este modo, a Isaías le sobrevino la palabra divina. En su espíritu tuvo la visión de épocas venideras. Vió la destrucción total del templo, y vió el aproximarse del Mesías. De ello le habló a los hombres. Estas son las palabras de Isaías:

Y he aquí que la Virgen dará a luz a un hijo, y su nombre será Emanuel. Un vástago nacerá de la raíz Isaías-David y el espíritu del Señor velará sobre Él. Dios mismo llega, para redimirnos. Por entonces, se abrirán los ojos de los ciegos, y los sordos oirán. Vencerá al tirano. Imperarán la justicia y la lealtad. La paz se expandirá. El lobo descansará junto a los corderos.

De este modo, Isaías le dió certeza al pueblo que de él, otrora, nacería el Redentor.

1 ¹ Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará.

² Reposará sobre él el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahveh.

³ Y le inspirará en el temor de Yahveh. No juzgará por las apariencias, ni sentenciará de oídas.

⁴ Juzgará con justicia a los débiles, y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra. Herirá al hombre cruel con la vara de su boca, con el soplo de sus labios matará al malvado.

⁵ Justicia será el ceñidor de su cintura, verdad el cinturón de sus flancos.

⁶ Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá.

⁷ La vaca y la osa pacerán, juntas acostarán sus crías, el león, como los bueyes, comerá paja.

⁸ Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid, y en la hura de la víbora el recién destetado meterá la mano.

Jeremías

En la época del gobierno del rey Yoyaquim de Judá, éste mantuvo una relación amistosa con el faraón egipcio. Yoyaquim buscaba tan sólo aumentar la suntuosidad de sus palacios, asemejándola a aquella de los egipcios. En muchos montes y valles había cundido nuevamente la idolatría.

A ello se opuso el profeta Jeremías diciendo:

—¡Pueblo engeguedido! ¡Qué sentido tiene servir a imágenes de ídolos foráneos! El Señor del Universo es contigo, si sirves al auténtico Dios. Las imágenes de los ídolos se preparan con el hacha, usando la madero de los bosques. Se la engalana con plata y con oro, se las fija con clavos y martillo, para que no se muevan. Se asemejan al espantapájaros en el campo, no pueden hablar. Se las debe transportar, puesto que no pueden andar. ¡El Señor, empero, es un Dios pleno de vida! Frente a su ira, la tierra se pone a temblar. La tierra ha sido creada por Él, con sabiduría.

En el valle Ben Hinnom hubo un lugar de idolatría especialmente grave. Allí estaban situados los altares del Tófet. Sobre estos altares eran sacrificados hasta niños pequeños. Sangre humana tenían las piedras de los altares. Cierta vez, y cuando justamente

se estaba llevando a cabo un ofertorio de esta naturaleza, se acercó Jeremías con alguno de sus amigos. Llevaron consigo un gran recipiente hecho de barro, según les había indicado el profeta. Una vez llegados junto a los altares del Tófet, Jeremías se ubicó en un sitio más elevado. Delante de él, sus amigos levantaron el recipiente.

Curiosa, la gente se aproxima para preguntar:

—¿Qué está pasando aquí?

Jeremías respondió:

—Escuchad la palabra del Señor, vosotros los habitantes de Jerusalén. La desgracia sobrevendrá a causa de que habéis manchado este lugar con sangre de niños inocentes, que luego quemáis a modo de ofertorio. Del mismo modo como esta vasija ahora se despedazará en mil piezas, así quedará Jerusalén al cabo de su destrucción.

Tomó Jeremías la vasija de barro y la arrojó contra el altar de Tófet, donde se destrozó.

La multitud fue presa de una inmensa excitación. Pero nadie se atrevió a atacar al profeta.

Luego de este hecho, Jeremías se fue a la ciudad de Jerusalén. Se hizo presente en el atrio del templo y reiteró la profecía del ocaso de Jerusalén. Un custodio superior del templo, que escuchó las palabras, estalló en ira. Hizo apresar a Jeremías.

Jeremías fue atado a un poste junto a uno de los portales de la ciudad como burla de la gente.

Una vez liberado, al día siguiente, se recluyó en la soledad. Baruc, su amigo, anotó en un libro la profecía divina que Jeremías le dictó.

Baruc se presentó al pueblo de Jerusalén leyéndole en voz alta las profecías contenidas en el pergamino. Un siervo del rey le quitó el libro para llevárselo al rey Yoyaquim. Éste estaba sentado delante de un brasero, puesto que era época invernal. El canciller

tuvo que leerle las palabras de Jeremías. El rey tuvo oídos sordos para esas advertencias. Destrozó el pergamino, arrojando los pedazos a las brasas.

Al cabo de poco tiempo el rey Yoyaquim desapareció por una muerte violenta. Tampoco su sucesor, el rey Sedecías, tuvo oídos para el mensaje de Jeremías.

14 el profeta Jeremías

Jeremías 7:30-31; 19:1-15; 20:1-3; 36:4-26

7³⁰ Los hijos de Judá han hecho lo que me parece malo —oráculo de Yahveh—: han puesto sus Monstruos abominables en la Casa que llaman por mi Nombre profanándola, ³¹ y han construido los altos de Tófet —que está en el valle de Ben Hinnom— para quemar a sus hijos e hijas en el fuego, cosa que nos les mandé ni me pasó por las mientes.

19¹ Entonces Yahveh dijo a Jeremías: Ve y compra un jarro de cerámica; tomas contigo a algunos ancianos del pueblo y algunos sacerdotes, ² sales al valle de Ben Hinnom, a la entrada de la puerta de las Tejoletas, y pregonas allí las palabras que voy a decirte.

³ Dirás: Oíd la palabra de Yahveh, reyes de Judá y habitantes de Jerusalén. Así dice Yahveh Sebaot, el Dios de Israel: “He aquí que yo traigo sobre este lugar una desgracia, que a todo el que la oyere le zumbarán los oídos.

⁴ Porque me han dejado, han hecho extraño este lugar y han incensado en él a otros dioses que ni ellos ni sus padres conocían. Los reyes de Judá han

llenado este lugar de sangre de inocentes, ⁵ y han construido los altos de Baal para quemar a sus hijos en el fuego, en holocausto a Baal, —lo que no les mandé ni les dije ni me pasó por las mientes.

⁶ Por tanto, he aquí que vienen días —oráculo de Yahveh— en que no se hablará más de Tófet ni del valle de Ben Hinnom, sino del “Valle de la Matanza.”

⁷ Vaciaré la prudencia de Judá y Jerusalén a causa de este lugar: les haré caer a espada ante sus enemigos por mano de los que busquen su muerte; daré sus cadáveres por comida a las aves del cielo y a las bestias de la tierra, ⁸ y convertiré esta ciudad en desolación y en rechiffa: todo el que pase a su vera se quedará atónito y silbará en vista de sus heridas.

⁹ Les haré comer la carne de sus hijos y la carne de sus hijas, y comerán cada uno la carne de su prójimo, en el aprieto y la estrechez con que les estrecharán sus enemigos y los que busquen su muerte.”

¹⁰ Luego rompes el jarro a la vista de los hombres que vayan contigo ¹¹ y les dices: Así dice Yahveh Sebaot: “Asimismo quebrantaré yo a este pueblo y a esta ciudad, como quien rompe un cacharro de alfarería, que ya no tiene arreglo. “Y se harán enterramientos en Tófet, hasta que falte sitio para enterrar.

¹² Así haré con este lugar —oráculo de Yahveh— y con sus habitantes, hasta dejar a esta ciudad lo mismo que Tófet, ¹³ y que sean las casas de Jerusalén y las de los reyes de Judá como el lugar de Tófet: una inmundicia; todas las casas en cuyas azoteas incensaron a toda la tropa celeste y libaron libación a otros dioses.”

¹⁴ Partió Jeremías de Tófet a donde le había enviado Yahveh a profetizar y, parándose en el atrio de la Casa de Yahveh, dijo a todo el pueblo:

¹⁵ *“Así dice Yahveh Sebaot, el Dios de Israel: He aquí que yo traigo a esta ciudad y a todos sus alrededores toda la calamidad que he pronunciado contra ella, porque ha atiesado su cerviz, desoyendo mis palabras.”*

20¹ El sacerdote Pasjur, hijo de Immer, que era inspector jefe de la Casa de Yahveh, oyó a Jeremías profetizar dichas palabras.

² Pasjur hizo dar una paliza al profeta Jeremías y le hizo meter en el calabozo de la Puerta Alta de Benjamín — la que está en la Casa de Yahveh —.

³ Al día siguiente sacó Pasjur a Jeremías del calabozo. Díjole Jeremías: No es Pasjur el nombre que te ha puesto Yahveh, sino “Terror en torno.”

36⁴ Llamó, pues, Jeremías a Baruc, hijo de Nerías, y apuntó Baruc al dictado de Jeremías todas las palabras que Yahvé le había hablado, en un rollo de escribir.

⁵ Dio Jeremías a Baruc estas instrucciones: “Yo estoy detenido y no puedo ir al templo de Yahvé.

⁶ Así que ve tú y lee en voz alta las palabras de Yahvé que yo te he dictado y que has apuntado en el rollo. Léelas en público, en el templo de Yahvé, aprovechando un día de ayuno. Y las lees también ante todos los de Judá que vienen de sus ciudades. ⁷ A ver si presentan sus súplicas a Yahvé y abandona cada cual su mal camino, porque grande es la ira y la cólera con las que ha hablado Yahvé a este pueblo.”

⁸ Baruc, hijo de Nerías, hizo todo lo que le había mandado el profeta Jeremías: leyó en el templo de Yahvé las palabras de Yahvé que estaban escritas en el libro.

⁹ Precisamente en el año quinto de Yoyaquim, hijo de Josías, rey de Judá, el mes noveno, se procla-

maba ayuno general delante de Yahvé, tanto para el pueblo de Jerusalén como para toda la gente venida de las ciudades de Judá a Jerusalén.

¹⁰ Baruc, pues, leyó en el libro las palabras de Jeremías en el templo de Yahvé, en la estancia de Guemarías, hijo de Safán el escriba, en el patio alto, a la entrada de la Puerta Nueva del templo de Yahvé. Las leyó ante toda la gente.

¹¹ Cuando Miqueas, hijo de Guemarías, hijo de Safán, oyó todas las palabras de Yahvé escritas en el libro, ¹² bajó al palacio real, al cuarto del escriba, y se encontró allí con todos los dignatarios: el escribano Elisamá, Delaías, hijo de Semaías, Elnatán, hijo de Acbor, Guemarías, hijo de Safán, Sedecías, hijo de Jananías, y todos los demás.

¹³ Entonces les transmitió Miqueas todas las palabras del libro que había oído leer a Baruc delante de toda la gente.

¹⁴ Entonces los dignatarios enviaron a donde Baruc a Yehudí, hijo de Natanías, hijo de Selemías, hijo de Cusí, para que le dijese: “Toma el rollo que has leído en voz alta ante la gente y tráelo personalmente.” Baruc, hijo de Nerías, tomó el rollo y se dirigió adonde estaban ellos.

¹⁵ Le dijeron: “Ven, siéntate y ten a bien leérnoslo a nosotros.” Y Baruc se lo leyó.

¹⁶ En cuanto oyeron todas aquellas palabras, se asustaron y se dijeron unos a otros: “Anunciamos sin falta al rey todas estas palabras.” ¹⁷ Y a Baruc le pidieron: “Explícanos cómo has escrito todas estas palabras.”

¹⁸ Les dijo Baruc: “Al dictado. Él me recitaba todas estas palabras y yo las iba escribiendo en el libro con tinta.”

¹⁹ Dijeron los jefes a Baruc: “Vete, escondeos tú y Jeremías, y que nadie sepa dónde estáis.”

²⁰ Fueron adonde el rey, a la corte (el rollo lo consignaron en la estancia de Elisamá el escriba), y transmitieron personalmente al monarca todas aquellas palabras.

²¹ Entonces mandó el rey a Yehudí que trajera el rollo. Yehudí lo tomó de la estancia de Elisamá el escriba y lo leyó en voz alta ante el rey y todos los dignatarios que estaban en torno al monarca.

²² El rey estaba instalado en el salón de invierno —era en el mes noveno—, con un brasero delante encendido.

²³ Cada vez que Yehudí leía tres o cuatro hojas, él las rasgaba con el cortaplumas del escriba y las echaba al fuego del brasero, hasta terminar con todo el rollo en el fuego del brasero.

²⁴ Ni el rey ni ninguno de sus dignatarios se asustaban ni rasgaban sus vestidos mientras escuchaban la lectura.

²⁵ Y por más que Elnatán, Delaías y Guemarías suplicaron al rey que no quemara el rollo, no les hizo caso. ²⁶ Luego el rey ordenó a Yerajmeel, hijo del rey, a Serayas, hijo de Azriel, y a Selemías, hijo de Abdel, que arrestaran al escriba Baruc y al profeta Jeremías. Pero Yahvé los había ocultado.

15 Jeremías es arrojado a una cisterna

Cierto día, Jeremías volvió a hablarle al pueblo del eminente peligro del ocaso de Jerusalén. Profetizó:

—Quien permanece en esta ciudad morirá por la espada, el hambre, o alguna enfermedad. Quien se rinde a los caldeos salvará su vida. La ciudad caerá en poder de los babilonios.

Algunos nobles le dijeron entonces al rey Sedecías:

—A ese Jeremías se lo debería ultimar. Paraliza las manos y el coraje de los guerreros.

Sedecías les contestó:

—Lo entrego a vuestras manos.

Puesto los nobles ejercían un gran poder, tomaron a Jeremías y, sujeto a una soga, lo bajaron a la cisterna existente en el patio de los guardias del palacio. Allí se moriría. No había agua allí, solamente lodo húmedo.

Un encumbrado servidor del rey se había enterado de lo sucedido con Jeremías. Como había podido convencerse de su entereza, se presentó al rey y le dijo:

—Mal han actuado los nobles. Jeremías yace dentro del lodo de la cisterna. Morirá de inanición. Considera, oh rey, que se trata de un profeta.

Sedecías ordenó entonces:

—Lleva contigo tres hombres. Sube al profeta, antes que muera. Tráelo aquí, pasando por la puerta secreta. Quiero hablar con él.

El servidor real buscó ayudantes. Éstos bajaron sogas a la cisterna, pidiendo a Jeremías que se sujetara con las mismas. Así lo hizo y de este modo retornó a la luz del día.

Después de que Jeremías se hubiese lavado y vestido con ropas limpias, el servidor lo llevó junto al rey, utilizando el camino secreto. No debían enterarse de ello los nobles.

Sedecías le preguntó a Jeremías:

—¿Qué sucederá con Jerusalén? No me ocultes nada, quiero saber toda la verdad.

Jeremías respondió:

—Si te digo toda la verdad, me condenarás a muerte. Y de mis consejos harías caso omiso.

El rey realizó entonces un sagrado juramento:

—Ningún daño te sucederá, y no volveré a entregarte a manos de aquellos que quieren ultimarte.

Jeremías comenzó diciendo:

—Me ha sido revelado: Si voluntariamente te entregas al rey de Babilonia, tu vida será respetada y esta ciudad no será quemada. Si, empero, no te entregas, Jerusalén será destruida y tú morirás.

Grande fue el sobresalto de Sedecías. Dijo:

—Nadie debe enterarse de nuestra conversación. Si los nobles llegase a enterarse y te preguntan: ¿qué hablaste con el rey?, díles: Yo le pedí poder permanecer en el patio del palacio.

Jeremías estaba de acuerdo. Permaneció, sin embargo, durante poco tiempo en ese patio, puesto que la vez del Señor le ordenó sacar del templo el arca con los mandamientos antes de la llegada de los caldeos.

15 Jeremías es arrojado a una cisterna

Jeremías 38:1-28

38¹ Oyeron Sefatías, hijo de Mattán, Guedalías, hijo de Pasjur, hijo de Malkiyás, las palabras que Jeremías hablaba a todo el pueblo:

²“Así dice Yahveh: Quien se quede en esta ciudad, morirá de espada, de hambre y de peste, mas el que se entregue a los caldeos vivirá, y eso saldrá ganando.

³Así dice Yahveh: Sin remisión será entregada esta ciudad en mano de las tropas del rey de Babilonia, que la tomará.”

⁴Y dijeron aquellos jefes al rey: “Ea, hágase morir a ese hombre, porque con eso desmoraliza a los guerreros que quedan en esta ciudad y a toda la plebe, diciéndoles tales cosas. Porque este hombre no procura en absoluto el bien del pueblo, sino su daño.”

⁵Dijo el rey Sedecías: “Ahí le tenéis en vuestras manos, pues nada podría el rey contra vosotros.”

⁶Ellos se apoderaron de Jeremías, y lo echaron a la cisterna de Malkiyás, hijo del rey, que había en el patio de la guardia, descolgando a Jeremías con sogas. En el pozo no había agua, sino fango, y Jeremías se hundió en el fango.

⁷Pero Ebed Mélek el cusita —un eunuco de la casa del rey— oyó que habían metido a Jeremías

en la cisterna. El rey estaba sentado en la puerta de Benjamín.

⁸Salió Ebed Mélek de la casa del rey, y habló al rey en estos términos:

⁹“Oh mi señor el rey, está mal hecho todo cuanto esos hombres han hecho con el profeta Jeremías, arrojándole a la cisterna. Total lo mismo se iba a morir de hambre, pues no quedan ya víveres en la ciudad.”

¹⁰Entonces ordenó el rey a Ebed Mélek el cusita: “Toma tú mismo de aquí treinta hombres, y subes al profeta Jeremías del pozo antes de que muera.”

¹¹Ebed Mélek tomó consigo a los hombres y entrando en la casa del rey, al vestuario del tesoro, tomó allí deshechos de paños y telas, y con sogas los descolgó por la cisterna hasta Jeremías.

¹²Dijo Ebed Mélek el cusita a Jeremías: “Hala, ponte los deshechos de paños y telas entre los sobacos y las sogas.” Así lo hizo Jeremías, ¹³y halando a Jeremías con las sogas le subieron de la cisterna. Y Jeremías se quedó en el patio de la guardia.

¹⁴Entonces el rey Sedecías mandó traer al profeta Jeremías a la entrada tercera que había en la Casa de Yahveh, y dijo el rey a Jeremías: “Yo te pregunto una cosa: no me ocultes nada.”

¹⁵Dijo Jeremías a Sedecías: “Si te soy sincero, seguro que me matarás; y aunque te aconseje, no me escucharás.”

¹⁶El rey Sedecías juró a Jeremías en secreto: “Por vida de Yahveh, y por la vida que nos ha dado, que no te haré morir ni te entregaré en manos de estos hombres que andan buscando tu muerte.”

¹⁷Dijo Jeremías a Sedecías: “Así dice Yahveh, el Dios Sebaot, el Dios de Israel: Si sales a entregarte a los jefes del rey de Babilonia, vivirás tú mismo y esta ciudad no será incendiada: tanto tú como los tuyos viviréis.

¹⁸Pero si no te entregas a los jefes del rey de Babilonia, esta ciudad será puesta en manos de los caldeos e incendiada, y tú no escaparás de sus manos.”

¹⁹Dijo el rey Sedecías a Jeremías: “Me preocupan los judíos que se han pasado a los caldeos, no vaya a ser que me entreguen en sus manos, y éstos hagan mofa de mí.”

²⁰Pero replicó Jeremías: “No te entregarán. ¡Ea!, oye la voz de Yahveh en esto que te digo, que te resultará bien y quedarás con vida.

²¹Mas si rehúsas a salir, esto es lo que me ha mostrado Yahveh.

²²Mira que todas las mujeres que han permanecido en la casa del rey de Judá serán sacadas adonde los jefes del rey de Babilonia, e irán diciendo: Te empujaron y pudieron contigo aquellos con quienes te saludabas. Se hundieron en el lodo tus pies, se hicieron atrás.

²³Y a todas tus mujeres y tus hijos irán sacando adonde los caldeos, y tú no escaparás de ellos, sino que en manos del rey de Babilonia serás puesto, y esta ciudad será incendiada.”

²⁴Entonces dijo Sedecías a Jeremías: “Que nadie sepa nada de esto, y no morirás.

²⁵Aunque se enteren los jefes de que he estado hablando contigo, y viniendo a ti te digan: “Decláranos qué has dicho al rey sin ocultárnoslo, y así no te mataremos, como también lo que el rey te ha hablado,” ²⁶tú les dirás: “He pedido al rey la gracia de que no se me devuelva a casa de Jonatán a morirme allí.””

²⁷En efecto, vinieron todos los jefes a Jeremías, le interrogaron, y él les respondió conforme a lo que queda dicho que le había mandado el rey: y ellos

quedaron satisfechos, porque nada se sabía de lo hablado.

²⁸ Así quedó Jeremías en el patio de la guardia, hasta el día en que fue tomada Jerusalén. Ahora bien, cuando fue tomada Jerusalén...

16 Jeremías salva el arca sagrada

Al partir el rey babilonio Nabucodonosor para conquistar a Jerusalén y destruir el templo, Jeremías recibió la misión divina de sacar de Jerusalén el arca sagrada, que contenía las tablas de los diez mandamientos.

Habiendo estado Moisés sobre el monte Nabo, al cabo del largo viaje por el desierto, Dios le había mostrado las tierras de Canaán. Después, Dios lo había elevado a su lado, la tierra se había abierto y había recibido su cuerpo. No pudo ser encontrado jamás. Es así que no existe tumba de Moisés.

Hacia ese lugar, el monte Nabo, debía Jeremías llevar el arca. Al llegar Jeremías al templo, en compañía de sus amigos, toda la ciudad ya estaba convulsionada a causa de la pronta llegada de los babilonios. Se estaban trayendo víveres a la ciudad y se trataba de fortalecer los muros y las puertas de acceso. En medio de ese tumulto, Jeremías encontró a los sacerdotes sumidos en desesperación con respecto al arca sagrada y a su destino, en el caso de que Nabucodonosor invadiera la ciudad de Jerusalén.

Jeremías le dijo a los sacerdotes:

—Es voluntad de Dios que saquemos de Jerusalén el arca con los mandamientos, llevándola a un lugar seguro que Dios me ha indicado.

Nadie se opuso a él y sus fieles. Siendo de noche, entró con los sacerdotes al interior del templo a la luz de antorchas. El santuario estaba plenamente iluminado por los diez candelabros que ardían día y noche.

Jeremías levantó la cortina, que amparaba lo sacrosanto. La luz se reflejaba en las paredes enchapadas en oro y en los dos querubines. Cuatro sacerdotes levantaron algunos de los recipientes y utensilios sagrados, envolviéndolos en paños. Acompañados por la luz de las antorchas, llevaron lo salvado hacia una de las salidas de Jerusalén para dirigirse luego hacia el sur.

Al llegar Jeremías con sus acompañantes al monte Nabo al cabo de un largo viaje, les indicó una gruta. Allí guardaron el arca y los utensilios. Jeremías ordenó cerrar la gruta con piedras, arena y tierra. Nadie debería volver a encontrar el lugar, a no ser por indicación divina.

17 los babilonios destruyen el templo

Nabucodonosor había arribado frente a los muros de Jerusalén, al frente de un poderoso ejército. Sitiaron la ciudad, nadie podía salir de la misma. Al cabo de cuatro meses y cuando el hambre cobró las primeras víctimas, el rey Sedecías dió órdenes a sus guerreros de abrir secretamente un hoyo en el muro, para que él pudiese huir por la noche, escapándose así de los babilonios.

Tal como se había planificado, se llevó a cabo la huida, aprovechando que la mayoría del enemigo se hallaba durmiendo. Pero muy pronto lo persiguieron los babilonios, montados sobre sus caballos, dándole alcance en la región de este país de Jericó. Triunfantes, lo llevaron a Babilonia, donde muy pronto tuvo un final desdichado, junto a sus acompañantes.

A través de la apertura en el muro que el rey había ordenado hacer para su huida pudo entrar el ejército sitiador esa misma noche. Munidos con armas y antorchas, se abalanzaron por encima de los escombros del muro, para entrar a la ciudad. Se escuchó un gran llanto. Quien se interpuso al paso de los babilonios fue aniquilado. Por aquí y por allá, los intrusos arrojaron sus antorchas encendidas a las

casas, provocando incendios. Pronto se encendió también el palacio real, en su estructura de madera. Las llamas iluminaron el cuadro de cruel matanza.

Muchos guerreros, jóvenes y mayores, corrieron hacia el templo para defenderlo. Allí, los muros de los patios ofrecieron protección. Los israelitas libraron una lucha desesperada en la ciudad en llamas, para salvar su santuario. Jóvenes arqueros se encajaron en el elevado altar del ofertorio, situado en el atrio. Los babilonios, empero, habían traído escaleras. Pudieron así pasar los muros de los patios. Dentro del centelleo de las llamas, oscurecidos luego por el humo, a menudo no se supo quién era el amigo, quién era el enemigo.

Los babilonios quisieron robar el oro y demás tesoros del templo. Tenían órdenes de no prender fuego al templo hasta no haber robado todo, llevándose el botín. Cruzaron el último muro interno, puesto que en las puertas los escudos de los israelitas cubrieron el acceso a modo de una pared viviente. El grupo de los arqueros en lo alto del altar se constituyó en el blanco de los babilonios. Muchos de los jóvenes, heridos por las flechas o las lanzas, cayeron hacia atrás, a las brasas del fuego del ofertorio. Su sangre apagó las llamas. La resistencia había sido quebrada.

Profiriendo gritos salvajes, los caldeos se abalanzaron al interior del templo, adelante, su comandante Sardapal, al cual algunos guerreros con espadas le abrieron paso. Los sacerdotes de habían refugiado en la sala sagrada. Al pisar el umbral, Sardapal dió un paso hacia atrás, encandilado por el resplandor del oro y de la luz de los diez candelabros. Pero ya sus acompañantes cruzaron violentamente ese umbral, indomables guerreros con espadas. Y comenzó la matanza de los indefensos sacerdotes. Los candelabros encendidos se cayeron quemando las ropas de los muertos. Luego, la oscuridad invadió el recinto ultrajado.

Frente al cortinado, hacia el lugar sacrosanto, estaba parado el sumo sacerdote, con sus brazos abiertos, con gesto protector. Un guerrero se abalanzó sobre él y lo traspasó con su espada. El sumo sacerdote cayó hacia atrás, dentro del lugar sagrado, donde se derramó su vida y su sangre. En un murmullo exhaló sus últimas palabras:

—El arca sagrada está a salvo. ¡Gracias, Jeremías!

Al recorrer la mirada de Sardapal el lugar, imperó el silencio sepulcral. Una última luz temblaba sobre un candelabro, tal como si sintiese vergüenza de alumbrar el horror imperante en el templo. Sardapal dió la parca orden a sus guerreros:

—¡Guardad el acceso al templo! Retornaré a la madrugada para dar las indicaciones acerca del saqueo del templo. ¡No permitid la entrada a nadie!

A la mañana siguiente Sardapal retornó con el tesorero del rey Nabucodonosor. Primero se sacaron a los muertos. Luego, el tesorero decidió el destino del inmenso botín, consistente en oro, plata y metales. Hizo apilar los utensilios y recipientes de oro; por otro lado, los de plata y otros metales. Había traído consigo los armeros con sus herramientas. Les ordenó destrozar con sus martillos las dos poderosas columnas metálicas, ubicadas a la entrada del templo. Las chapas de oro dentro del recinto sagrado fueron arrancadas de las paredes; los dos querubines fueron conformados en masa uniforme a través de los martillazos. La gran fuente portada por los doce toros fue trozada en piezas. Únicamente se conservaron intactos algunos recipientes de oro y de plata. Serían llevados a la cámara de los tesoros del rey Nabucodonosor en Babilonia. Fueron llegando

carros y camellos de carga, que se cargaron con los tesoros del templo y trozos de metales. Una larga caravana condujo el botín hacia Babilonia, al reino caldeo.

Jeremías sobrevivió el terror del ocaso de Jerusalén. Pero a él también se le colocaron cadenas en las manos. El rey Nabucodonosor se había enterado, sin embargo, de sus profecías. Se sintió halagado en el papel de triunfador como vengador enviado por Dios. Envio al jefe de su guardia personal, que le dijo a Jeremías:

—¡El rey te concede la gracia de la elección! Si te agrada acompañarnos a Babilonia con los israelitas prisioneros, estarás libre y bajo mi protección. Si, en cambio, quieres permanecer aquí con los labriegos —que aquí dejamos— estas en libertad de hacerlo.

Jeremías respondió:

—¡Permitidme quedarme aquí, con mi pueblo!
Y fue así que Jeremías no fue llevado prisionero a Caldea. Permaneció con los labradores y la gente pobre, a los que se dejó en el país. Y Jeremías les brindó consuelo.

17 los babilonios destruyen el templo

Jeremías 39:1-40:6

39¹ En el año nueve de Sedecías, rey de Judá, el décimo mes, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército contra Jerusalén, y la sitiaron.

² En el año once de Sedecías, el cuarto mes, el nueve del mes, se abrió una brecha en la ciudad, ³ y entraron todos los jefes del rey de Babilonia y se instalaron en la Puerta Central: Nergal Sareser, Samgar Nebo, Sar Sekim, jefe superior, Nergal Sareser, alto funcionario y todos los demás jefes del rey de Babilonia.

⁴ Al verles Sedecías, rey de Judá, y todos los guerreros, huyeron de la ciudad salieron de noche camino del parque del rey por la puerta que está entre los dos muros, y se fueron por el camino de la Arabá.

⁵ Las tropas caldeas les persiguieron y dando alcance a Sedecías en los llanos de Jericó, le prendieron y le subieron a Riblá, en tierra de Jamat, adonde Nabucodonosor, rey de Babilonia, que lo sometió a juicio.

⁶ Y el rey de Babilonia degolló a los hijos de Sedecías en Riblá a la vista de éste; luego el rey de

Babilonia degolló a toda la aristocracia de Judá, ⁷ y habiendo cegado los ojos a Sedecías le ató con doble cadena de bronce para llevárselo a Babilonia.

⁸ Los caldeos incendiaron la casa del rey y las casas del pueblo y demolieron los muros de Jerusalén; ⁹ cuanto al resto del pueblo que quedaba en la ciudad, a los desertores que se habían pasado a él y a los artesanos restantes los deportó Nebuzaradán, jefe de la guardia, a Babilonia.

¹⁰ En cuanto a la plebe baja, los que no tienen nada, les hizo quedar Nebuzaradán, jefe de la guardia, en tierra de Judá, y en aquella ocasión les dio viñas y parcelas.

¹¹ Nabucodonosor, rey de Babilonia, había dado instrucciones a Nebuzaradán, jefe de la guardia, respecto a Jeremías en este sentido:

¹² “Préndele y tenle a la vista; y no le hagas daño alguno, antes harás con él lo que él mismo te diga.”

¹³ Entonces (Nebuzaradán, jefe de la guardia) Nebusazbán, jefe superior, Nergal Sareser, oficial superior, y todos los grandes del rey de Babilonia

¹⁴ enviaron en busca de Jeremías, y lo confiaron a Godolías, hijo de Ajicam, hijo de Safán, para que le hiciese salir a casa, y permaneció entre la gente.

¹⁵ Estando Jeremías detenido en el patio de la guardia, le había sido dirigida la palabra de Yahveh en estos términos:

¹⁶ Vete y dices a Ebed Mélek el cusita: Así dice Yahveh Sebaot, el Dios de Israel: Mira que yo hago llegar mis palabras a esta ciudad para su daño, que no para su bien, y tú serás testigo en aquel día,

¹⁷ pero yo te salvaré a ti aquel día —oráculo de Yahveh— y no serás puesto en manos de aquellos cuya presencia evitas temeroso, ¹⁸ antes bien te libraré, y no caerás a espada. Saldrás ganando la propia vida, porque confiaste en mí —oráculo de Yahveh.

40¹ Palabra dirigida a Jeremías de parte de Yahveh, luego que Nebuzaradán, jefe de la guardia, le dejó libre en Ramá, cuando le tomó aparte, estando él esposado con todos los deportados de Jerusalén y Judá que iban camino de Babilonia.

² En efecto, el jefe de la guardia tomó aparte a Jeremías y le dijo: “Tu Dios Yahveh había predicho esta desgracia a este lugar,³ y lo ha cumplido. Yahveh ha hecho conforme había predicho. Y esto os ha sucedido porque pecasteis contra Yahveh y no oísteis su voz.

⁴ Ahora bien, desde hoy te suelto las esposas de tus muñecas. Si te parece bien venirte conmigo a Babilonia, vente, y yo miraré por ti. Pero si te parece mal venirte conmigo a Babilonia, déjalo. Mira, tienes toda la tierra por delante; adonde mejor y más cómodo te parezca ir, vete.”

⁵ Aún no había dado media vuelta cuando le dijo: “Vuelve adonde Godolías, hijo de Ajicam, hijo de Safán, a quien el rey de Babilonia ha encargado de las ciudades de Judá, y quédate a vivir con él entre esta gente. En suma, vete adonde mejor te acomode.” Luego el jefe de la guardia le proporcionó algunos víveres y ayuda de costa y le despidió.

⁶ Jeremías, por su parte, vino al lado de Godolías, hijo de Ajicam, a Mispá, y se quedó a vivir con él entre la población que había quedado en el país.

Daniel

18 Daniel

Después de haber conquistado Jerusalén, y haber llevado muchos prisioneros a Babilonia, Nabucodonosor le dijo a su mayordomo:

—Quiero que selecciones algunos de los varones mejores y más calificados pertenecientes a las familias de la nobleza judía. Serán educados para servir luego en el palacio real. Hay dos detalles a los que les doy importancia: bella figura y destacada inteligencia. Haz que se eduquen en la escuela del palacio, en nuestra lengua babilónica. Al cabo de tres años se presentarán ante mí para iniciar sus tareas.

El mayordomo procedió de acuerdo a las indicaciones del rey. Los elegidos fueron los jóvenes Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Se les dió bella vestimenta y comida abundante, para fortalecer sus cuerpos. Su bebida era el vino, para lograr que fuesen fogosos, según la opinión imperante por entonces.

Daniel poseía un bello rostro y una figura gallarda. Le dijo a sus compañeros:

—Seamos siempre unidos. Somos de la misma sangre. Si bebemos vino todos los días, eso dañará nuestro espíritu. Y toda esa cantidad de carne de animales de engorde procedente de los ofertorios a los ídolos nos engordará y entorpecerá.

Ananías contestó:

—Hablaré con el cocinero principal. Me tiene simpatía. Hace poco me habló en confianza de sus preocupaciones.

De inmediato, Daniel se encaminó con sus amigos para hablar con el jefe de cocina. Daniel hizo una reverencia y le habló con confianza:

—Estimado maestro, ¿tienes alguna preocupación? Me parece que es así. Nosotros, con mucho agrado, nos gustaría proporcionaros una alegría.

El cocinero estaba asombrado. De hecho, esta mañana había tenido un disgusto con su superior. Respondió:

—Daniel, ¿qué alegría podrías darme?

Contestó Daniel:

—¡Os cantaré una canción de mi patria!

Y de inmediato Daniel entonó una canción, mientras que sus compañeros palmearon el compás. Nunca antes había tenido el cocinero una vivencia semejante. Pensó: ¡Qué muchachos tan agradables!

Daniel se aproximó a él, tomó su mano, y la besó. Le dijo:

—Maestro, usted nos podría hacer felices. Venimos de Judea y tenemos otros hábitos que vosotros los babilonios. ¿Nos concederías el favor de poder beber agua en lugar de vino? ¿Podríamos comer cereales y verduras, en lugar de carne de animales de engorde? Esa fue nuestra costumbre en Jerusalén.

El cocinero titubeó. Al cabo de pensarlo respondió:

—Si adelgazáis, mi superior me castigará.

Daniel le pidió al cocinero:

—¡Inténtalo, seguro que no adelgazaremos!
¡Inténtalo por diez días!

El cocinero contestó:

—¡Está bien! Lo intentaremos por diez días. Si, empero, al cabo de cinco días os notara más delgados, de inmediato tendréis que volver a comer carne de engorde.

Al cabo de diez días Daniel y sus compañeros tenían mucho mejor semblante que los bebedores de vino y comedores de carne. El cocinero ya no tuvo reparo en permitirles alimentarse según su deseo. De vez en cuando les pidió que cantaran una canción judía para su distracción. En la escuela del palacio, los cuatro amigos estudiaron con mucha dedicación la lengua caldea y geometría y astronomía.

Pasados los tres años fueron llevados en presencia del rey Nabucodonosor todos los educandos. Entre todos ellos se destacaron Daniel y sus amigos, tanto en belleza como en conocimientos. Los cuatro entraron al servicio en el palacio y tenían un buen pasar.

18 Daniel

Daniel 1:1-21

1 El año tercero del reinado de Yoyaquim, rey de Judá, Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén y la sitió.

² El Señor entregó en sus manos a Yoyaquim rey de Judá, así como parte de los objetos de la Casa de Dios. El los llevó al país de Senaar y depositó los objetos en la casa del tesoro de sus dioses.

³ El rey mandó a Aspenaz, jefe de sus eunucos, tomar de entre los israelitas de estirpe real o de familia noble, ⁴ algunos jóvenes, sin defecto corporal, de buen parecer, instruidos en toda sabiduría, cultos e inteligentes, idóneos para servir en la corte del rey, con el fin de enseñarles la escritura y la lengua de los caldeos.

⁵ El rey les asignó una ración diaria de los manjares del rey y del vino de su mesa. Deberían ser educados durante tres años, después de lo cual entrarían al servicio del rey.

⁶ Entre ellos se encontraban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, que eran judíos.

⁷ El jefe de los eunucos les puso nombres nuevos: Daniel se llamaría Beltsassar, Ananías Sadrak, Misael Mesak y Azarías Abed Negó.

⁸ Daniel, que tenía el propósito de no mancharse compartiendo los manjares del rey y el vino de su mesa, pidió al jefe de los eunucos permiso para no mancharse.

⁹ Dios concedió a Daniel hallar gracia y benevolencia ante el jefe de los eunucos.

¹⁰ Pero el jefe de los eunucos dijo a Daniel: “Temo al rey, mi señor; él ha asignado vuestra comida y vuestra bebida, y si llega a ver vuestros rostros más macilentos que los de los jóvenes de vuestra edad, expondréis mi cabeza a los ojos del rey.”

¹¹ Daniel dijo entonces al guarda a quien el jefe de los eunucos había confiado el cuidado de Daniel, Ananías, Misael y Azarías:

¹² “Por favor, pon a prueba a tus siervos durante diez días: que nos den de comer legumbres y de beber agua;

¹³ después puedes comparar nuestro aspecto con el de los jóvenes que comen los manjares del rey, y hacer con tus siervos con arreglo a lo que hayas visto.”

¹⁴ Aceptó él la propuesta y les puso a prueba durante diez días.

¹⁵ Al cabo de los diez días se vio que tenían mejor aspecto y estaban más rollizos que todos los jóvenes que comían los manjares del rey.

¹⁶ Desde entonces el guarda retiró sus manjares y el vino que tenían que beber, y les dio legumbres.

¹⁷ A estos cuatro jóvenes les concedió Dios ciencia e inteligencia en toda clase de letras y sabiduría. Particularmente Daniel poseía el discernimiento de visiones y sueños.

¹⁸ Al cabo del tiempo establecido por el rey para que le fueran presentados los jóvenes, el jefe de los eunucos los llevó ante Nabucodonosor.

¹⁹ El rey conversó con ellos, y entre todos no se encontró ningún otro como Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Quedaron, pues, al servicio del rey.

²⁰ Y en cuantas cosas de sabiduría o de inteligencia les consultó el rey, los encontró diez veces superiores a todos los magos y adivinos que había en todo su reino.

²¹ Daniel permaneció allí hasta el año primero del rey Ciro.

19 el sueño de Nabucodonosor

Por entonces el rey Nabucodonosor tuvo un sueño que le causó gran preocupación. Llamó a todos los sabios maestros de Babilonia y les preguntó:

—¿Qué he soñado anoche? Decídmelo e interpretadme ese sueño.

Los sabios respondieron:

—¡Oh, rey, ningún humano puede saber el sueño de otro! Si nos cuentas tu sueño, podremos interpretar su significado.

El rey se enojó al escuchar esa evasiva, y dijo a su capitán:

—De nada sirven mis sabios... ¡Quítalos de aquí! ¡Hazlos desaparecer!

Hubo entre ellos, sin embargo, un maestro de Daniel. Al escuchar Daniel esta orden, y puesto que amaba a su maestro, se presentó presuroso frente al capitán diciendo:

—¡No mates a los sabios! Yo soy su alumno y mañana le diré el sueño al rey.

El capitán titubeó, pero allí estaba Daniel, tan erguido, fuerte y bello, que no pudo más que conceder:

—Y bien, aguardaré un día.

Daniel, antes de dormirse, imploró a Dios que lo ilumine en ese asunto. Y soñó esa noche

el profanador de textos

el mismo sueño que había tenido el rey. Por la mañana se presentó en el palacio. De inmediato fue llevado en presencia de Nabucodonosor. Y comenzó diciendo:

—Te ha soñado, oh rey, de una inmensa estatua. La cabeza de la estatua era de oro, su pecho y sus brazos eran de plata, su vientre era de bronce, sus muslos de hierro. Los pies de hierro mezclado con arcilla. De repente se desprendió una piedra de la montaña y cayó sobre los pies de la estatua. Esto provocó que la estatua se derrumbara. La piedra que había promovido la caída de la estatua creció y creció y se extendió sobre la Tierra.

Cuando Daniel hubo terminado de hablar, el rey se levantó, pálido su rostro; pero exclamó aliviado:

—¡Sí, así fue! ¡Así fue!

Le hizo señas a Daniel, a que se aproximara a su lado, diciéndole ansioso:

—Y bien Daniel, ¡interpretame la imagen!

Y Daniel respondió:

—A tí, oh rey, se te ha otorgado gran poder. Tú eres la cabeza dorada. Después de tí se generará un imperio menor, el de plata. Después vendrá un tercero de bronce —emprenderá muchas guerras, extendiéndose lejos sobre la Tierra. A ese le sigue un impero inmensamente oscuro, con gobernantes de hierro, y por doquier estallará la contienda bélica. Y surgirá un quinto imperio, que es poderoso como el hierro, pero sí también frágil como la arcilla. Está destinado al ocaso. La piedra, empero, procedente de la cima de la montaña divina, aniquilará los reinos terrenales. Luego se generará un reino divino sobre la Tierra, y será eterno e indestructible..

—Un Dios le ha revelado al rey Nabucodonosor, en un sueño, lo que ha de suceder en el futuro.

Al cabo de escuchar esas palabras el rey cayó sobre su rostro y estuvo conmovido en lo más profundo de su corazón. Al levantarse, le dijo a Daniel;

—¡Distinguido joven! Tu Dios te ha iluminado. Sé, de aquí en más, mi sabio supremo y mi amigo. De ahora en más serás el maestro de los sabios de Babilonia.

Colmó a David de favores y obsequios y dijo:

—Manifiesta un deseo y será cumplido.

Y Daniel pidió:

—Te ruego, oh rey, que no castigues a tus sabios, y permite que mis tres amigos queden a mi lado, cumpliendo conmigo el servicio de fieles administradores.

El rey fue generoso y accedió a esos pedidos. A partir de entonces, Daniel, Ananías, Misael y Azarías fueron amigos inseparables.

19 el sueño de Nabucodonosor Daniel 2:1-49

2¹ El año segundo del reinado de Nabucodonosor, Nabucodonosor tuvo sueños, y su espíritu se turbó hasta el punto de no poder dormir.

² El rey mandó llamar a los magos y adivinos, encantadores y caldeos para que manifestaran al rey sus sueños. Vinieron ellos y se presentaron al rey.

³ El rey les dijo: “He tenido un sueño y mi espíritu se ha turbado por el deseo de comprender este sueño.”

⁴ Los caldeos respondieron al rey: (Arameo) “¡Viva el rey eternamente! Cuenta el sueño a tus siervos, y nosotros te daremos su interpretación.”

⁵ Respondió el rey y dijo a los caldeos: “Tened bien presente mi decisión: si no me dais a conocer el sueño y su interpretación, seréis cortados en pedazos y vuestras casas serán reducidas a escombros.

⁶ Pero si me dais a conocer el sueño y su interpretación, recibiréis de mí regalos, obsequios y grandes honores. Así pues, dadme a conocer el sueño y su interpretación.”

⁷ Respondieron ellos por segunda vez: “Cuenta el rey el sueño a sus siervos, que nosotros le daremos su interpretación.”

el profanador de textos

⁸ Pero el rey replicó: “Bien veo que lo que queréis vosotros es ganar tiempo, sabiendo que mi decisión está tomada.

⁹ Si no me dais a conocer el sueño, una misma será vuestra sentencia. Habéis acordado entre vosotros decirme palabras mentirosas y falsas, mientras cambian los tiempos. Por tanto, indicadme el sueño y sabré que podéis darme su interpretación.”

¹⁰ Los caldeos respondieron ante el rey: “No hay nadie en el mundo capaz de descubrir lo que quiere el rey; y por eso mismo ningún rey, por grande y poderoso que sea, pregunta jamás cosa semejante a ningún mago, adivino o caldeo.

¹¹ Lo que el rey pide es difícil, y nadie se lo puede descubrir al rey, excepto los dioses; pero ellos no viven entre los seres de carne.”

¹² Entonces el rey se enfureció terriblemente y mandó matar a todos los sabios de Babilonia. ¹³ Promulgado el decreto de matar a los sabios, se buscó también a Daniel y a sus compañeros para matarlos.

¹⁴ Pero Daniel se dirigió con palabras sabias y prudentes a Aryok, jefe de la guardia real, que se disponía a matar a los sabios de Babilonia.

¹⁵ Tomó la palabra y dijo a Aryok, oficial del rey: “Por qué ha dado el rey un decreto tan tajante?” Aryok explicó la cosa a Daniel, ¹⁶ y Daniel se fue a pedir al rey que se le concediese un plazo para declarar al rey la interpretación.

¹⁷ Daniel regresó a su casa e informó del caso a sus compañeros Ananías, Mísael y Azarías, ¹⁸ invitándoles a implorar la misericordia del Dios del Cielo, acerca de este misterio, a fin de que no se diese muerte a Daniel y a sus compañeros con el resto de los sabios de Babilonia.

¹⁹ Entonces el misterio fue revelado a Daniel en una visión nocturna. Y Daniel bendijo al Dios del Cielo.

²⁰ Tomó Daniel la palabra y dijo: “Bendito sea el Nombre de Dios por los siglos de los siglos, pues suyos son el saber y la fuerza.

²¹ El hace alternar estaciones y tiempos, depone a los reyes, establece a los reyes, da a los sabios sabiduría, y ciencia a los que saben discernir.

²² El revela honduras y secretos, conoce lo que ocultan las tinieblas, y la luz mora junto a él.

²³ A ti, Dios de mis padres, doy yo gracias y alabo, porque me has concedido sabiduría y fuerza; y ahora me has dado a conocer lo que te habíamos pedido, la cosa del rey nos has dado a conocer.”

²⁴ Después Daniel se fue donde Aryok, a quien el rey había encomendado la matanza de los sabios de Babilonia. Entró y le dijo: “No mates a los sabios de Babilonia. Llévame a la presencia del rey y yo declararé al rey la interpretación.”

²⁵ Aryok se apresuró a introducir a Daniel ante el rey y le dijo: “He encontrado entre los deportados de Judá un hombre que puede dar a conocer al rey la interpretación.”

²⁶ Tomó el rey la palabra y dijo a Daniel (por sobrenombre Baltasar): “¿Eres tú capaz de darme a conocer el sueño que he tenido y su interpretación?”

²⁷ Daniel tomó la palabra en presencia del rey y dijo: “El misterio que el rey quiere saber, no hay sabios, adivinos, magos ni astrólogos que lo puedan revelar al rey;

²⁸ pero hay un Dios en el cielo, que revela los misterios y que ha dado a conocer al rey Nabucodonosor lo que sucederá al fin de los días. Tu sueño y las visiones de tu cabeza cuando estabas en tu lecho eran éstos:

²⁹ “Oh rey, los pensamientos que agitaban tu mente en el lecho se referían a lo que ha de suceder en el futuro, y el que revela los misterios te ha dado a conocer lo que sucederá.

³⁰ A mí, sin que yo posea más sabiduría que cualquier otro ser viviente, se me ha revelado este misterio con el solo fin de dar a conocer al rey su interpretación y de que tú conozcas los pensamientos de tu corazón.

³¹ “Tú, oh rey, has tenido esta visión: una estatua, una enorme estatua, de extraordinario brillo, de aspecto terrible, se levantaba ante ti.

³² La cabeza de esta estatua era de oro puro, su pecho y sus brazos de plata, su vientre y sus lomos de bronce, ³³ sus piernas de hierro, sus pies parte de hierro y parte de arcilla.

³⁴ Tú estabas mirando, cuando de pronto una piedra se desprendió, sin intervención de mano alguna, vino a dar a la estatua en sus pies de hierro y arcilla, y los pulverizó.

³⁵ Entonces quedó pulverizado todo a la vez: hierro, arcilla, bronce, plata y oro; quedaron como el tamo de la era en verano, y el viento se lo llevó sin dejar rastro. Y la piedra que había golpeado la estatua se convirtió en un gran monte que llenó toda la tierra.

³⁶ Tal fue el sueño: ahora diremos ante el rey su interpretación.

³⁷ Tú, oh rey, rey de reyes, a quien el Dios del cielo ha dado reino, fuerza, poder y gloria ³⁸—los hijos de los hombres, las bestias del campo, los pájaros del cielo, dondequiera que habiten, los ha dejado en tus manos y te ha hecho soberano de ellos—, tú eres la cabeza de oro.

³⁹ Después de ti surgirá otro reino, inferior a ti, y luego un tercer reino, de bronce, que dominará la tierra entera.

⁴⁰ Y habrá un cuarto reino, duro como el hierro, como el hierro que todo lo pulveriza y machaca: como el hierro que aplasta, así él pulverizará y aplastará a todos los otros.

⁴¹ Y lo que has visto, los pies y los dedos, parte de arcilla de alfarero y parte de hierro, es un reino que estará dividido; tendrá la solidez del hierro, según has visto el hierro mezclado con la masa de arcilla.

⁴² Los dedos de los pies, parte de hierro y parte de arcilla, es que el reino será en parte fuerte y en parte frágil.

⁴³ Y lo que has visto: el hierro mezclado con la masa de arcilla, es que se mezclarán ellos entre sí por simiente humana, pero no se aglutinarán el uno al otro, de la misma manera que el hierro no se mezcla con la arcilla.

⁴⁴ En tiempo de estos reyes, el Dios del cielo hará surgir un reino que jamás será destruido, y este reino no pasará a otro pueblo. Pulverizará y aniquilará a todos estos reinos, y él subsistirá eternamente: ⁴⁵ tal como has visto desprenderse del monte, sin intervención de mano humana, la piedra que redujo a polvo el hierro, el bronce, la arcilla, la plata y el oro. El Dios grande ha dado a conocer al rey lo que ha de suceder. Tal es verdaderamente el sueño, y su interpretación digna de confianza.”

⁴⁶ Entonces el rey Nabucodonosor cayó rostro en tierra, se postró ante Daniel, y ordenó que se le ofreciera oblación y calmante aroma.

⁴⁷ El rey tomó la palabra y dijo a Daniel: “Verdaderamente vuestro Dios es el Dios de los dioses y el señor de los reyes, el revelador de los misterios, ya que tú has podido revelar este misterio.”

⁴⁸ Y el rey confirió a Daniel un alto rango y le dio muchos y magníficos regalos. Le hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia.

⁴⁹ Daniel pidió al rey que encargara de la administración de la provincia de Babilonia a Sadrak, Mesak y Abed Negó, quedando Daniel en la corte del rey.

20 los tres hombres dentro del horno encendido

El rey Nabucodonosor cobró un poder cada vez mayor y acumuló grandes fortunas. Tuvo entonces la idea de levantar un símbolo de su poder. Hizo levantar en el centro de la ciudad una estatua de oro, cuya altura sobrepasa en mucho la altura de las casas de Babilonia.

Luego hizo proclamar por sus heraldos:

—Todas las mañanas, al escucharse las trompetas, los habitantes de la ciudad se arrojarán al suelo, venerando el dios de mi poder real, que hice erguir a modo de estatua. Quien no lo hiciere, será arrojado con vida al horno encendido.

Por esa época, Daniel se encontraba ausente, en un largo viaje relacionado con los negocios reales. Sus tres amigos vivían en una casa común, como funcionarios del rey. Daniel había recibido como regalo del rey una casa propia hermosa, con personal de servicio.

Al escuchar ese nuevo mandato del rey, los tres amigos dijeron entre sí:

—Moisés nos ha ordenado a nosotros, los judíos, no adorar imagen de ídolo alguno. No lo haremos.

Al resonar las trompetas por la mañana, levantaron sus brazos diciendo:

—¡Grande es Jehová, el Señor!

Había en la corte del rey otros funcionarios que desde hacía largo tiempo veían con envidia la posición de los tres administradores judíos. Se presentaron a Nabucodonosor con la queja:

—¡Oh, rey! Existen en esta ciudad tres hombres que desprecian tu mandamiento de adoración a tu estatua. Se trata de Ananías, Misael y Azarías.

Se encendió entonces dentro de Nabucodonosor el rayo de una ira. Ordenó arrojar a los tres hombres dentro del horno encendido, tal como lo había dispuesto. El mismo rey se encargaría de dispersar sus cenizas.

Los tres hombres fueron capturados, llevándose a cabo la sentencia. El rey mismo había ido en su carruaje de oro para presenciar la ejecución del castigo. Al mirar dentro del horno a través de una abertura, vió entre las llamas a cuatro hombres erguidos.

El cuarto poseía figura divina. Se trataba de un ángel con poder de anular el poder del fuego devorador, que nada pudo contra los tres hombres.

El rey se sobresaltó en lo más profundo. Hizo abrir de inmediato la puerta del horno, exclamando:

—¡Salid del horno, Ananías, Misael, Azarías!

Salieron del horno, sin haber sufrido daño alguno y sin que se le quemara ni un pelo siquiera. El rey vió cómo la cuarta figura se elevó, para desaparecer en las alturas. Entonces, el rey exclamó con alta voz:

—Alabado sea el Dios que ha salvado a estos tres hombres! Ordeno que aquel que, de ahora en más, se exprese despectivamente contra el Dios de los judíos verá que su casa será demolida.

Al cabo de estas palabras el rey devolvió a los tres hombres sus cargos de funcionarios.

Nabucodonosor había doblegado a sus enemigos en los pueblos vecinos habiendo así levantado un ga-

llardo pueblo babilonio. Pudo a su antojo ajusticiar a quien quisiera, como así también premiar a quien gustase. Gobernó así con dureza y desprecio de los valores humanos auténticos. Fue entonces que un demonio se apoderó de su alma, provocando la decadencia de su espíritu, que se asemejó a sus cualidades animales. Finalmente fue presa de la demencia. Su hijo Baltasar se hizo cargo del gobierno. Lo colmaba el mismo orgullo de poder que su padre.

20 los tres hombres dentro del horno encendido

Daniel 3:1-33

3¹ El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro, de sesenta codos de alta por seis de ancha, y la erigió en el llano de Dura, en la provincia de Babilonia.

² El rey Nabucodonosor mandó a los sátrapas, prefectos, gobernadores, consejeros, tesoreros, juristas y jueces y a todas las autoridades provinciales, que se reunieran y asistieran a la dedicación de la estatua erigida por el rey Nabucodonosor.

³ Se reunieron, pues, los sátrapas, prefectos, gobernadores, consejeros, tesoreros, juristas y jueces y todas las autoridades provinciales para la dedicación de la estatua erigida por el rey Nabucodonosor; todos estaban en pie ante la estatua erigida por el rey Nabucodonosor.

⁴ El heraldo pregonó con fuerza: “A vosotros, pueblos, naciones y lenguas, se os hace saber:

⁵ En el momento en que oigáis el cuerno, el pífano, la cítara, la sambuca, el salterio, la zampoña y toda clase de música, os postraréis y adorareis la estatua de oro que ha erigido el rey Nabucodonosor.

⁶ Aquél que no se postre y la adore, será inmediatamente arrojado en el horno de fuego ardiente.”

⁷ Con tal motivo, en cuanto se oyó sonar el cuerno, el pífano, la cítara, la sambuca, el salterio, la zampoña y toda clase de música, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro que había erigido el rey Nabucodonosor.

⁸ Sin embargo, algunos caldeos se presentaron a denunciar a los judíos.

⁹ Tomaron la palabra y dijeron al rey Nabucodonosor: “¡Viva el rey eternamente!

¹⁰ Tú, oh rey, has ordenado que todo hombre, en cuanto oiga sonar el cuerno, el pífano, la cítara, la sambuca, el salterio, la zampoña y toda clase de música, se postre y adore la estatua de oro,¹¹ y que aquél que no se postre para adorarla sea arrojado en el horno de fuego ardiente.

¹² Pues hay algunos judíos a quienes has encargado de la administración de la provincia de Babilonia: Sadrak, Mesak y Abed Negó,⁸ que no te hacen caso, oh rey; no sirven a tu dios ni adoran la estatua de oro que has erigido.”

¹³ Ebrio de cólera, Nabucodonosor mandó llamar a Sadrak, Mesak y Abed Negó, que fueron introducidos ante el rey.

¹⁴ Nabucodonosor tomó la palabra y dijo: “¿Es verdad, Sadrak, Mesak y Abed Negó, que no servís a mis dioses ni adoráis la estatua de oro que yo he erigido?

¹⁵ ¿Estáis dispuestos ahora, cuando oigáis sonar el cuerno, el pífano, la cítara, la sambuca, el salterio, la zampoña y toda clase de música, a postraros y adorar

⁸ En [Dn 1:7] dice: ⁷ El jefe de los eunucos les puso nombres nuevos: Daniel se llamaría Beltsassar, Ananías Sadrak, Misael Mesak y Azarías Abed Negó.’ [n. del pr.]

la estatua que yo he hecho? Si no la adoráis, seréis inmediatamente arrojados en el horno de fuego ardiente; y ¿qué dios os podrá librar de mis manos?”

¹⁶ Sadrak, Mesak y Abed Negó tomaron la palabra y dijeron al rey Nabucodonosor: “No necesitamos darte una respuesta sobre este particular.

¹⁷ Si nuestro Dios, a quien servimos, es capaz de librarnos, nos librará del horno de fuego ardiente y de tu mano, oh rey; ¹⁸ y si no lo hace, has de saber, oh rey, que nosotros no serviremos a tus dioses ni adoraremos la estatua de oro que has erigido.”

¹⁹ Entonces el rey Nabucodonosor, lleno de cólera y demudada la expresión de su rostro contra Sadrak, Mesak y Abed Negó, dio orden de que se encendiese el horno siete veces más de lo corriente, ²⁰ y mandó a los hombres más fuertes de su ejército que ataran a Sadrak, Mesak y Abed Negó y los arrojaron al horno de fuego ardiente.

²¹ Fueron, pues, atados estos hombres, con sus zaragüelles, túnicas, gorros y vestidos, y arrojados al horno de fuego ardiente.

²² Como la orden del rey era perentoria y el horno estaba excesivamente encendido, la llamarada mató a los hombres que habían llevado allá a Sadrak, Mesak y Abed Negó.

²³ Y los tres hombres, Sadrak, Mesak y Abed Negó, cayeron, atados, en medio del horno de fuego ardiente.

²⁴ Entonces el rey Nabucodonosor, estupefacto, se levantó a toda prisa y preguntó a sus consejeros: “¿No hemos echado nosotros al fuego a estos tres hombres atados?” Respondieron ellos: “Indudablemente, oh rey.”

²⁵ Dijo el rey: “Pero yo estoy viendo cuatro hombres que se pasean libremente por el fuego sin sufrir

daño alguno, y el cuarto tiene el aspecto de un hijo de los dioses.”

²⁶ Y Nabucodonosor se acercó a la boca del horno de fuego ardiente y dijo: “Sadrak, Mesak y Abed Negó, servidores del Dios Altísimo, salid y venid aquí.” Entonces Sadrak, Mesak y Abed Negó salieron de en medio del fuego.

²⁷ Los sátrapas, prefectos, gobernadores y consejeros del rey se reunieron para ver a estos hombres: el fuego no había tenido ningún poder sobre su cuerpo, los cabellos de su cabeza no estaban chamuscados, sus mantos no se habían alterado, y ni el olor del fuego se les había pegado.

²⁸ Nabucodonosor exclamó: “Bendito sea el Dios de Sadrak, Mesak y Abed Negó, que ha enviado a su ángel a librar a sus siervos que, confiando en él, quebrantaron la orden del rey y entregaron su cuerpo antes que servir y adorar a ningún otro fuera de su Dios.

²⁹ Y yo promulgo este edicto: Pueblos, naciones y lenguas, todo aquel que hable ligeramente del Dios de Sadrak, Mesak y Abed Negó, será cortado en pedazos y su casa será reducida a escombros, porque no hay otro dios que pueda salvar de este modo.”

³⁰ Y el rey hizo prosperar a Sadrak, Mesak y Abed Negó en la provincia de Babilonia.

³¹ Nabucodonosor, Rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas de toda la tierra: ¡Sea grande vuestra paz!

³² Me ha parecido bien daros a conocer las señales y milagros que ha hecho el Dios Altísimo.

³³ ¡Que grandes sus prodigios, qué poderosos sus milagros! ¡Reino eterno es su reino, su imperio de generación en generación!

5¹⁸ Oh rey, el Dios Altísimo dio a tu padre Nabucodonosor reino, grandeza, gloria y majestad.

¹⁹ Y por esta grandeza que le dio, todos los pueblos, naciones y lenguas temblaban de miedo en su presencia: mataba él a quien quería, dejaba vivir a quien quería, exaltaba a quien quería y a quien quería humillaba.

²⁰ Pero habiéndose engraido su corazón y obstinado su espíritu hasta la arrogancia, fue depuesto de su trono real, y se le quitó su gloria.

²¹ Fue expulsado de entre los hombres y su corazón se hizo semejante al de las bestias; estuvo conviviendo con los onagros; se alimentó de hierba como los bueyes, y su cuerpo fue bañado del rocío del cielo, hasta que reconoció que el Dios Altísimo domina sobre el reino de los hombres y pone en él a quien le place.

²² Pero tú, Baltasar, hijo suyo, no has humillado tu corazón, a pesar de que sabías todo esto; ²³ te has engraido contra el Señor del Cielo, se han traído a tu presencia los vasos de su Casa, y tú, tus dignatarios, tus mujeres y tus concubinas, habéis bebido vino en ellos. Habéis celebrado a los dioses de plata y oro, de bronce y hierro, de madera y piedra, que no ven ni oyen ni entienden, pero no has glorificado al Dios que tiene en sus manos tu propio aliento y de quien dependen todos tus caminos.

21 la cena festiva de Baltasar

Cierta vez, Baltasar organizó una gran cena para los poderosos del reino. Hubo cerca de mil invitados. Se trajeron grandes vasijas con vino tinto. A ese vino se le adicionó la sangre de animales, de modo tal que los custodios armados pronto comenzaron a perder la postura, cayendo en la algazarra y en el exceso. A ello se sumaron, asimismo, las mujeres al servicio del palacio. Finalmente todo se constituyó en un bacanal, a cuyo frente se encontraba el mismo Baltasar.

Al acercarse la medianoche, el rey llamó al guardián de los tesoros, diciéndole en voz vacilante y ebria:

—Te ordeno que busques los recipientes de oro y de plata que mi padre ha saqueado del templo de Jerusalén.

Una vez buscados, los otrora sagrados recipientes del templo salomónico, Baltasar ordenó que se llenaran con vino mezclado con sangre, mientras propuso:

—Tomad esos recipientes judíos y brindad por nuestros dioses babilónicos.

Tomó primero una copa de oro, se levantó y gritó:

—¡Jehová está muerto! ¡Viva Baal!

De pronto comenzaron a temblar las luces en los candelabros. Muchas se apagaron. Baltasar quedó parado, allí, rígido, con la copa en la mano. Su rostro se desfiguró y su mirada se fijó en la pared blanca.

En la sala se hizo un silencio sepulcral. De una nube apareció una mano que escribió sobre la pared, en letras de fuego:

‘Mené, Mené, Teqel y Parsin.’

La mano desapareció. Las letras quedaron allí.

Al rey le temblaron las piernas y gritó:

—¡Qué vengan los magos y los astrólogos!

El rey no pudo dar un paso, ni siquiera sentarse.

Los magos llegaron y trataron de descifrar las enigmáticas palabras. No lo lograron. De pronto llegó la madre del rey. Le dijo a Baltasar:

—Ha sido Daniel quien reveló lo oculto a tu padre. ¡Búscalos!

Muchos de los custodios e invitados se alejaron sigilosamente del lugar, amparados por la penumbra imperante. Así, la sala oscura estaba cada vez más vacía. Fulguraban tan sólo los recipientes dorados y plateados del templo, a la luz cada vez más exigua de los candelabros.

La escritura, empero, permanecía con indeleble resplandor. Por fin, el rey cayó sobre su sillón.

Mientras tanto, se había ido a buscar a Daniel con el más veloz de los carruajes. Llevado ante la presencia de Baltasar, éste elevó su brazo, señalando, sin pronunciar palabra alguna, la escritura sobre la pared. Muy pronto, Daniel elevó su voz de profeta, diciendo:

—Baltasar, ¡nada aprendiste del triste final de tu padre, ni has practicado la humildad! Con arrogancia te has atrevido a mal usar y profanar los sagrados utensilios del templo. Te has burlado de

Jehová. Sabrás lo que ha escrito la mano sobrenatural: ‘Mené’ significa ‘Tu imperio se acaba.’ ‘Teqel’ significa ‘Ha sido pesado, y su peso no fue suficiente.’ ‘Parsin’ significa ‘será dividido entre los medos y los persas.’

Pleno de ira, Daniel abandonó el lugar. Baltasar recibió muerte, esa misma noche, por manos de sus custodios armados. Recién entonces desapareció la escritura de la pared.

Al cabo de poco tiempo, el reino fue conquistado por Darío, rey de los medos. Éste colocó a Daniel a la cabeza de todos sus funcionarios, puesto que se había enterado de que en Daniel imperaba un espíritu profético.

21 la cena festiva de Baltasar

Daniel 5:1-30

5¹ El rey Baltasar dio un gran festín en honor de sus mil dignatarios, y, en presencia de estos mil, bebió vino.

² Bajo el efecto del vino, Baltasar mandó traer los vasos de oro y plata que su padre Nabucodonosor se había llevado del Templo de Jerusalén, para que bebieran en ellos el rey, sus dignatarios, sus mujeres y sus concubinas.

³ Se trajeron, pues, los vasos de oro y plata tomados de la Casa de Dios en Jerusalén, y en ellos bebieron el rey, sus dignatarios, sus mujeres y sus concubinas.

⁴ Bebieron vino y alabaron a sus dioses de oro y plata, de bronce y hierro, de madera y piedra.

⁵ De pronto aparecieron los dedos de una mano humana que se pusieron a escribir, detrás del candelabro, en la cal de la pared del palacio real, y el rey vio la palma de la mano que escribía.

⁶ Entonces el rey cambió de color, sus pensamientos le turbaron, las articulaciones de sus caderas se le relajaron y sus rodillas se pusieron a castañetear.

⁷ Y el rey mandó a buscar a gritos a los adivinos, caldeos y astrólogos. Tomó el rey la palabra y dijo

a los sabios de Babilonia: “El que lea este escrito y me dé a conocer su interpretación, será vestido de púrpura, se le pondrá al cuello un collar de oro, y mandará como tercero en el reino.”

⁸ Vinieron, pues, todos los sabios del rey; pero no pudieron leer el escrito ni declarar al rey su interpretación.

⁹ El rey Baltasar se turbó mucho y su semblante cambió de color; también sus dignatarios quedaron desconcertados.

¹⁰ En la sala del festín entró la reina, enterada por las palabras del rey y de sus dignatarios. Y dijo la reina: “¡Viva el rey eternamente! No te turben tus pensamientos ni tu semblante cambie de color.

¹¹ Hay en tu reino un hombre en quien reside el espíritu de los dioses santos. Ya en tiempo de tu padre se halló en él luz, inteligencia y sabiduría semejante a la sabiduría de los dioses, y tu padre, el rey Nabucodonosor, le nombró jefe de los magos, adivinos, caldeos y astrólogos.

¹² Por tanto, ya que en este Daniel, a quien el rey puso por sobrenombre Beltsassar, se encontró un espíritu extraordinario, ciencia, inteligencia y arte de interpretar sueños, de descifrar enigmas y de resolver dificultades, sea llamado Daniel y él dará a conocer la interpretación.”

¹³ En seguida fue introducido Daniel a la presencia del rey, y el rey dijo a Daniel: “¿Eres tú Daniel, uno de los judíos deportados, que mi padre el rey trajo de Judá?

¹⁴ He oído decir que en ti reside el espíritu de los dioses y que hay en ti luz, inteligencia y sabiduría extraordinarias.

¹⁵ Han sido introducidos ahora en mi presencia los sabios y adivinos para que leyeran este escrito y

me declararan su interpretación, pero han sido incapaces de descubrir su sentido.

¹⁶ He oído decir que tú puedes dar interpretaciones y resolver dificultades. Si, pues, logras leer este escrito y declararme su interpretación, serás vestido de púrpura, llevarás al cuello un collar de oro, y mandarás como tercero en el reino.”

¹⁷ Daniel tomó la palabra y dijo delante del rey: “Quédate con tus regalos y da tus obsequios a otro, que yo leeré igualmente al rey este escrito y le dará a conocer su interpretación.

¹⁸ Oh rey, el Dios Altísimo dio a tu padre Nabucodonosor reino, grandeza, gloria y majestad.

¹⁹ Y por esta grandeza que le dio, todos los pueblos, naciones y lenguas temblaban de miedo en su presencia: mataba él a quien quería, dejaba vivir a quien quería, exaltaba a quien quería y a quien quería humillaba.

²⁰ Pero habiéndose engrdeído su corazón y obstinado su espíritu hasta la arrogancia, fue depuesto de su trono real, y se le quitó su gloria.

²¹ Fue expulsado de entre los hombres y su corazón se hizo semejante al de las bestias; estuvo conviviendo con los onagros; se alimentó de hierba como los bueyes, y su cuerpo fue bañado del rocío del cielo, hasta que reconoció que el Dios Altísimo domina sobre el reino de los hombres y pone en él a quien le place.

²² Pero tú, Baltasar, hijo suyo, no has humillado tu corazón, a pesar de que sabías todo esto; ²³ te has engrdeído contra el Señor del Cielo, se han traído a tu presencia los vasos de su Casa, y tú, tus dignatarios, tus mujeres y tus concubinas, habéis bebido vino en ellos. Habéis celebrado a los dioses de plata y oro, de bronce y hierro, de madera y piedra, que no ven ni oyen ni entienden, pero no has glorificado al Dios

que tiene en sus manos tu propio aliento y de quien dependen todos tus caminos.

²⁴ Por eso ha enviado él esa mano que trazó este escrito.

²⁵ La escritura trazada es: ‘Mené, Mené, Tequel y Parsín.’

²⁶ Y ésta es la interpretación de las palabras: ‘Mené’: ‘Dios ha medido tu reino y le ha puesto fin’; ²⁷ ‘Tequel’: ‘has sido pesado en la balanza y encontrado falto de peso’; ²⁸ ‘Parsín’: ‘tu reino ha sido dividido y entregado a los medos y los persas.’”

²⁹ Entonces Baltasar mandó revestir de púrpura a Daniel, ponerle un collar de oro al cuello y proclamar que mandaba como tercero en el reino.

³⁰ Aquella noche fue asesinado Baltasar, el rey de los caldeos.

22 de Bel a Babel

En Babilonia, unos sacerdotes habían levantado un templo para el ídolo Bel. Se trataba de un enorme coloso con la boca abierta. Los sacerdotes decían:

—Es menester llevarle mucho alimento por la noche, puesto que come gran cantidad de carne ovina asada con cereal mondado.

Los sacerdotes habían instalado —durante la construcción— un acceso secreto al interior del templo. Mucho público se reunía todas las noches para observar el espectáculo de la llegada de los alimentos, traídos en grandes fuentes al templo por los siervos. Luego, el sacerdote procedía a cerrar la puerta del templo, con mucha ceremonia. La llave del templo era entregada al mayordomo del rey, para que la cuidase durante la noche, siendo devuelta a los sacerdotes por la mañana.

Al ser sacados por la mañana los recipientes y fuentes vacíos, mucha gente se hacía presente para observar el milagro. Gente que, luego, acudía al templo para adorar al dios devorador. De este modo, el templo era muy visitado. Los setenta sacerdotes se llevaban, durante la noche, los buenos alimentos para sí y sus familiares, usando el acceso secreto. Y hasta comían en el mismo templo y bebían vino,

que había sido traído para el dios Bel, en grandes vasijas.

El rey mismo no omitió día alguno en hacerse presente en el templo y orar delante de Bel. Cierta día le dijo a Daniel:

—Ven, acompáñame al templo de Bel. Es un dios viviente, puesto que come mucho alimento.

Daniel respondió:

—Yo no adoro las imágenes sin vida, creadas por la mano del hombre. Mis oraciones son para el Dios viviente, creador del cielo y de la tierra.

El rey se asombró:

—¿Acaso crees que Bel no es un dios viviente? ¿No ves cuánto come y bebe todas las noches?

Daniel se rió y dijo:

—¡Altísimo rey, no permitas que te engañen! Bel está hecho de barro y metal, y nunca ha comido nada.

El rey sintió ira e hizo llamar a los sacerdotes, diciéndoles:

—¡Si no podéis demostrarme que Bel se come el alimento del ofertorio tendréis que morir! ¡Si podéis demostrarlo, el que morirá será Daniel!

Éste dijo:

—¡Así sea, oh rey, hágase según tus palabras!

Todos se fueron al templo, el rey, Daniel y los sacerdotes. Los sacerdotes dijeron:

—¡Señor, haced traer los alimentos por vuestros siervos! Nosotros salimos ya para que seáis vos quien selle la puerta con vuestro anillo. Si por la mañana encontráis alimento alguno, gustosamente moriremos. Si, en cambio, el dios se comió el alimento, será Daniel el que morirá, Daniel, quien ha divulgado una mentira difamándonos.

Después de estas palabras, los sacerdotes abandonaron el templo. Una vez salidos los sacerdotes,

el rey hizo colocar los alimentos para Bel sobre un mesa destinada a tal fin. Daniel encargó, empero, a un siervo a ir en busca de un recipiente con ceniza. Delante de los ojos del rey ordenó luego al siervo esparcirla sobre el piso del templo. Luego salieron y el rey selló con su anillo la puerta del templo. Según su costumbre, por la noche vinieron los sacerdotes por el acceso secreto y comieron todos los alimentos.

Al amanecer, el rey y Daniel fueron nuevamente al templo. El sello estaba indemne. Tan pronto se abrió la puerta, el rey observó las fuentes vacías sobre la mesa y exclamó:

—¡Bel, tú eres un gran dios!

Pero Daniel se rió y dijo:

—¡Mirad el piso, Señor! Se ven muchas pisadas de los zapatos de los sacerdotes.

Una gran ira se apoderó del rey. Hizo traer a los sacerdotes y tuvieron que mostrarle el acceso secreto a través del cual habían ido y venido, para comer ellos mismos todo los alimentos.

Impulsado por su ira, el rey ordenó su muerte y le otorgó a Daniel poder sobre Bel. Daniel hizo destrozarse al ídolo y al templo de la farsa.

22 de Bel a Babel

Daniel 14:1-22

14¹ El rey Astiages fue a reunirse con sus padres, y le sucedió Ciro el Persa.

² Daniel era comensal del rey y más honrado que ningún otro de sus amigos.

³ Tenían los babilonios un ídolo, llamado Bel, con el que se gastaban cada día doce artabas⁹ de flor de harina, cuarenta ovejas y seis medidas¹⁰ de vino.

⁴ El rey también le veneraba y todos los días iba a adorarlo. Daniel, en cambio, adoraba a su Dios.

⁵ El rey le dijo: “¿Por qué no adoras a Bel?” El respondió: “Porque yo no venero a ídolos hechos por mano humana, sino solamente al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra y que tiene poder sobre toda carne.”

⁶ Díjole el rey: ¿Crees que Bel no es un dios vivo? ¿No ves todo lo que come y bebe a diario?”

⁹ artaba. Medida persa de volumen, de aproximadamente 56 litros. [n. del pr.]

¹⁰ medida o efá. Medida de volumen, de aproximadamente 45 litros. [n. del pr.]

⁷ Daniel se echó a reír: “Oh rey, no te engañes —dijo—, por dentro es de arcilla y por fuera de bronce, y eso no ha comido ni bebido jamás.”

⁸ Entonces el rey, montando en cólera, mandó llamar a sus sacerdotes y les dijo: “Si no me decís quién es el que come este dispendio, moriréis; pero si demostráis que el que lo come es Bel, morirá Daniel por haber blasfemado contra Bel.”

⁹ Daniel dijo al rey: “¡Hágase según tu palabra!” Eran setenta los sacerdotes de Bel, sin contar las mujeres y los hijos.

¹⁰ El rey se dirigió, pues, con Daniel al templo de Bel, ¹¹ y los sacerdotes de Bel le dijeron: “Mira, nosotros vamos a salir de aquí; tú, oh rey, manda poner la comida y el vino mezclado; luego cierra la puerta y séllala con tu anillo; si mañana por la mañana, cuando vuelvas, no encuentras que Bel se lo ha comido todo, moriremos nosotros; en caso contrario, morirá Daniel que nos ha calumniado.”

¹² Estaban ellos tranquilos, porque se habían hecho una entrada secreta debajo de la mesa y por allí entraban normalmente a llevarse las ofrendas.

¹³ En cuanto salieron y el rey depositó la comida ante Bel, ¹⁴ Daniel mandó a sus criados que trajeran ceniza y la esparcieran por todo el suelo del templo, sin más testigo que el rey. Luego salieron, cerraron la puerta, la sellaron con el anillo real, y se fueron.

¹⁵ Los sacerdotes vinieron por la noche, como de costumbre, con sus mujeres y sus hijos, y se lo comieron y bebieron todo.

¹⁶ El rey se levantó muy temprano y Daniel con él.

¹⁷ El rey le preguntó: “Daniel, ¿están intactos los sellos?” —“Intactos, oh rey,” respondió él.

¹⁸ Nada más abierta la puerta, el rey echó una mirada a la mesa y gritó en alta voz: “¡Grande eres, Bel, y no hay en ti engaño alguno!”

¹⁹ Daniel se echó a reír y, deteniendo al rey para que no entrara más adentro, le dijo: “Mira, mira al suelo, y repara de quién son esas huellas.”

²⁰ —“Veo huellas de hombres, de mujeres y de niños,” dijo el rey; ²¹ y, montando en cólera, mandó detener a los sacerdotes con sus mujeres y sus hijos. Ellos le mostraron entonces la puerta secreta por la que entraban a consumir lo que había sobre la mesa.

²² Y el rey mandó matarlos y entregó a Bel en manos de Daniel, el cual lo destruyó, así como su templo.

23 Daniel en la fosa de los leones

Los ciento veinte funcionarios estatales soportaban con gran desagrado la tutela del fiel y honesto Daniel. Conspiraban diciendo:

—Nada podemos intentar en su contra en lo que a asuntos de estado se refiere. Tenemos que provocar su caída mediante un asunto relacionado con su religión, que no es la babilónica.

De esta manera los funcionarios, conjuntamente con los sacerdotes tramaron una conspiración contra Daniel.

Redactaron un documento en el cual se leía:

*El Señor supremo de este país es el rey Darío.
En todas las oraciones a decirse, deberá ser
pronunciado su nombre. Quien hiciere caso
omiso de ello será arrojado a la fosa de los leones.*

En Babilonia, el león era el símbolo del poder real. Dentro de una fosa profunda eran mantenidos unos leones. Al apresarse a un enemigo del rey, era arrojado a los leones para ser devorado.

Los funcionarios y sacerdotes ejercieron presión durante mucho tiempo sobre el rey, hasta que finalmente firmó el decreto.

Daniel, a pesar de tener conocimiento de todo ello, todos los días subía al piso alto de su casa —tal

como siempre lo había hecho— y abría una ventana en dirección a occidente, hacia Jerusalén, orando allí tres veces a Dios, elevando su voz.

Los sacerdotes y funcionarios colocaron espías en aquél lugar. Éstos informaron que en ninguna de las oraciones de Daniel se mencionaba el nombre de Darío. Por lo tanto, lo acusaron frente al rey Darío:

—Daniel desprecia tu decreto. Su oración es únicamente para su dios desconocido.

Sus enemigos pudieron promover el arresto de Daniel, que luego fue arrojado a los leones hambrientos.

El rey Darío tenía remordimientos y pasó una noche de pesadillas. Pensó, empero: Ahora quedará en evidencia si el dios de Daniel vive realmente. Si es así, podrá salvarlo de la fosa de los leones.

A la mañana siguiente, Darío se fue a la fosa de los leones. Quiso ver con sus propios ojos lo sucedido con Daniel. Al inclinarse sobre la fosa vió a Daniel que vivía y que los leones se encontraban acostados a sus pies.

El rey ordenó que lo sacaran con una soga y le dijo:

—Daniel, tú eres un verdadero siervo del dios viviente. ¿Cómo te ha salvado de los leones?

Daniel contestó:

—Mi Dios me ha mandado un ángel, quien le ha cerrado las fauces a los leones, de modo que no me pudiesen hacer daño alguno. ¡Alabado sea Jehová!

El rey hizo traer a quienes habían acusado a Daniel y ordenó que sean arrojados a la fosa. Los leones cayeron sobre ellos y los devoraron.

El rey anuló el decreto y anunció, a su vez, que de allí en más podía ser venerado el Dios de Daniel.

23 Daniel en la fosa de los leones

Daniel 6:1-29

6¹ Y recibió el reino Darío el Medo, que contaba sesenta y dos años.

² Plugo a Darío establecer en su reino ciento veinte sátrapas que estuvieran por todo el reino, ³ bajo el mando de tres ministros —Daniel era uno de ellos—, a los que los sátrapas deberían rendir cuentas, con el fin de impedir que el rey recibiera daño alguno.

⁴ Este mismo Daniel se distinguía entre los ministros y los sátrapas, porque había en él un espíritu extraordinario, y el rey se proponía ponerle al frente del reino entero.

⁵ Por ello los ministros y los sátrapas se pusieron a buscar un motivo de acusación contra Daniel en algún asunto de Estado; pero no pudieron encontrar ningún motivo de acusación ni falta alguna, porque él era fiel y no se le podía reprochar de negligencia ni falta.

⁶ Entonces se dijeron aquellos hombres: “No encontraremos ningún motivo de acusación contra este Daniel si no es en materia de la ley de su Dios.”

⁷ Los ministros y sátrapas acudieron, pues, atropelladamente ante el rey y le hablaron así: “¡Viva eternamente el rey Darío!

⁸ Todos los ministros del reino, prefectos, sátrapas, consejeros y gobernadores, aconsejan unánimemente que se promulgue un edicto real para poner en vigor la prohibición siguiente: Todo aquel que en el término de treinta días dirija una oración a quienquiera que sea, dios u hombre, fuera de ti, oh rey, será arrojado al foso de los leones.

⁹ Ahora pues, oh rey, da fuerza de ley a esta prohibición firmando el edicto, de suerte que no se cambie nada, con arreglo a la ley de los medos y persas, que es irrevocable.”

¹⁰ Ante esto, el rey Darío firmó el edicto de prohibición.

¹¹ Al saber que había sido firmado el edicto, Daniel entró en su casa. Las ventanas de su cuarto superior estaban orientadas hacia Jerusalén y tres veces al día se ponía él de rodillas, para orar y dar gracias a su Dios; así lo había hecho siempre.

¹² Aquellos hombres vinieron atropelladamente y sorprendieron a Daniel invocando y suplicando a su Dios.

¹³ Entonces se presentaron al rey y le dijeron acerca de la prohibición real: “¿No has firmado tú una prohibición según la cual todo el que dirigiera, en el término de treinta días, una oración a quienquiera que fuese, dios u hombre, fuera de ti, oh rey, sería arrojado al foso de los leones?” Respondió el rey: “La cosa está decidida, según la ley de los medos y los persas, que es irrevocable.”

¹⁴ Entonces ellos dijeron en presencia del rey: “Daniel, ese deportado de Judá, no hace caso de ti, oh rey, ni de la prohibición que tú has firmado: tres veces al día hace su oración.”

¹⁵ Al oír estas palabras, el rey se afligió mucho y se propuso salvar a Daniel; hasta la puesta del sol estuvo buscando el modo de librarle.

¹⁶ Pero aquellos hombres volvieron atropelladamente ante el rey y le dijeron: “Ya sabes, oh rey, que según la ley de los medos y los persas ninguna prohibición o edicto dado por el rey puede ser modificado.”

¹⁷ Entonces el rey dio orden de traer a Daniel y de arrojarle al foso de los leones. El rey dijo a Daniel: “Tu Dios, a quien sirves con perseverancia, te librará.”

¹⁸ Se trajo una piedra que fue colocada a la entrada del foso, y el rey la selló con su anillo y con el anillo de sus dignatarios, para que no se pudiese cambiar la suerte de Daniel.

¹⁹ Después el rey volvió a su palacio y pasó la noche en ayuno; no dejó que le trajeran concubinas y el sueño huyó de él.

²⁰ Al amanecer, al rayar el alba, el rey se levantó y se dirigió a toda prisa al foso de los leones.

²¹ Acercándose al foso, gritó a Daniel con voz angustiada: “Daniel, servidor del Dios vivo, tu Dios, a quien sirves con perseverancia, ¿ha podido librarle de los leones?”

²² Entonces Daniel habló con el rey: “¡Viva el rey eternamente!

²³ Mi Dios ha enviado a su ángel, que ha cerrado la boca de los leones y no me han hecho ningún mal, porque he sido hallado inocente ante él. Y tampoco ante ti, oh rey, he cometido falta alguna.”

²⁴ El rey entonces se alegró mucho y mandó sacar a Daniel del foso. Sacaron a Daniel del foso y no se le encontró herida alguna, porque había confiado en su Dios.

²⁵Y el rey mandó traer a aquellos hombres que habían acusado a Daniel y echarlos al foso de los leones, a ellos, y a sus hijos y mujeres. Y no habían llegado aún al fondo del foso cuando ya los leones se habían lanzado sobre ellos y les habían triturado todos los huesos.

²⁶Entonces, el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitaban en toda la tierra: “¡Sea grande vuestra paz!

²⁷Por mí se decreta que en todos los dominios de mi reino se tema y se tiemble ante el Dios de Daniel, porque él es el Dios vivo, que subsiste por siempre, —su reino no será destruido y su imperio durará hasta el fin— ²⁸el que salva y libera, obra señales y milagros en los cielos y en la tierra; el que ha salvado a Daniel del poder de los leones.”

²⁹Y este mismo Daniel floreció en el reinado de Darío y en el reinado de Ciro el Persa.

24 las profecías de Daniel

Al llegar Daniel a la dignidad de la vejez, Dios le reveló mediante grandiosos vaticinios y videncias el futuro de la humanidad. En visión espiritual observó cómo, en el curso del tiempo, cuatro animales surgían del mar: el león alado, el monstruo con semejanza al oso, la pantera alada con cuatro cabezas. El animal más terrible, empero, era el cuarto, que se levantaba del abismo. Tenía grandes dientes de hierro y diez cuernos y destruía todo lo que encontraba a su paso. Los animales eran vencidos, sin embargo, por los seres celestiales, y su poder les fue quitado.

Sobre las nubes se aproximó uno, que se asemejaba al Hijo del Hombre. A él le fue dado poder por el Supremo de levantar un reino de luz eterna. Antes, empero, sería la época del apremio por el acoso de los animales, y los hombres debían pasar pruebas nunca antes conocidas. Entonces se levantaría Miguel, para conformarse en protector de los hombres, asistiéndolos en su lucha contra los animales del abismo.

Y Daniel anotó todo, y selló el libro.

24 las profecías de Daniel

Isaías 7:1-28

7¹ El año primero de Baltasar, rey de Babilonia, Daniel tuvo un sueño y visiones de su cabeza, mientras se hallaba en su lecho. En seguida puso el sueño por escrito. Comienzo del relato:

² Daniel tomó la palabra y dijo: Contemplaba yo en mi visión durante la noche lo siguiente: los cuatro vientos del cielo agitaron el mar grande, ³ y cuatro bestias enormes, diferentes todas entre sí, salieron del mar.

⁴ La primera era como un león con alas de águila. Mientras yo la miraba, le fueron arrancadas las alas, fue levantada de la tierra, se incorporó sobre sus patas como un hombre, y se le dio un corazón de hombre.

⁵ A continuación, otra segunda bestia, semejante a un oso, levantada de un costado, con tres costillas en las fauces, entre los dientes. Y se le decía: “Levántate, devora mucha carne.”

⁶ Después, yo seguía mirando y vi otra bestia como un leopardo con cuatro alas de ave en su dorso; la bestia tenía cuatro cabezas, y se le dio el dominio.

⁷ Después seguí mirando, en mis visiones nocturnas, y vi una cuarta bestia, terrible, espantosa,

el profanador de textos

extraordinariamente fuerte; tenía enormes dientes de hierro; comía, trituraba, y lo sobrante lo pisoteaba con sus patas. Era diferente de las bestias anteriores y tenía diez cuernos.

⁸ Estaba yo observando los cuernos, cuando en esto despuntó entre ellos otro cuerno, pequeño, y tres de los primeros cuernos fueron arrancados delante de él. Tenía este cuerno ojos como los de un hombre, y una boca que decía grandes cosas.

⁹ Mientras yo contemplaba: Se aderezaron unos tronos y un Anciano se sentó. Su vestidura, blanca como la nieve; los cabellos de su cabeza, puros como la lana. Su trono, llamas de fuego, con ruedas de fuego ardiente.

¹⁰ Un río de fuego corría y manaba delante de él. Miles de millares le servían, miradas de miradas estaban en pie delante de él. El tribunal se sentó, y se abrieron los libros.

¹¹ Miré entonces, atraído por el ruido de las grandes cosas que decía el cuerno, y estuve mirando hasta que la bestia fue muerta y su cuerpo destrozado y arrojado a la llama de fuego.

¹² A las otras bestias se les quitó el dominio, si bien se les concedió una prolongación de vida durante un tiempo y hora determinados.

¹³ Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia.

¹⁴ A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás.

¹⁵ Yo, Daniel, quedé muy impresionado en mi espíritu por estas cosas, y las visiones de mi cabeza me dejaron turbado.

¹⁶ Me acerqué a uno de los que estaban allí de pie y le pedí que me dijera la verdad acerca de todo esto. El me respondió y me indicó la interpretación de estas cosas:

¹⁷ “Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que surgirán de la tierra.

¹⁸ Los que han de recibir el reino son los santos del Altísimo, que poseerán el reino eternamente, por los siglos de los siglos.”

¹⁹ Después quise saber la verdad sobre la cuarta bestia, que era diferente de las otras, extraordinariamente terrible, con dientes de hierro y uñas de bronce, que comía, trituraba y pisoteaba con sus patas lo sobrante; ²⁰ y acerca de los diez cuernos que había en su cabeza, y del otro cuerno que había despuntado, ante el cual cayeron los tres primeros; y de este cuerno que tenía ojos y una boca que decía grandes cosas, y cuyo aspecto era mayor que el de los otros.

²¹ Yo contemplaba cómo este cuerno hacía la guerra a los santos y los iba subyugando, ²² hasta que vino el Anciano a hacer justicia a los santos del Altísimo, y llegó el tiempo en que los santos poseyeron el reino.

²³ El habló así: “La cuarta bestia será un cuarto reino que habrá en la tierra, diferente de todos los reinos. Devorará toda la tierra, la aplastará y la pulverizará.

²⁴ Y los diez cuernos: de este reino saldrán diez reyes, y otro saldrá después de ellos; será diferente de los primeros y derribará a tres reyes; ²⁵ proferirá palabras contra el Altísimo y pondrá a prueba a los santos del Altísimo. Tratará de cambiar los tiempos y la ley, y los santos serán entregados en sus manos por un tiempo y tiempos y medio tiempo.

²⁶ Pero el tribunal se sentará, y el dominio le será quitado, para ser destruido y aniquilado definitivamente.

²⁷ Y el reino y el imperio y la grandeza de los reinos bajo los cielos todos serán dados al pueblo de los santos del Altísimo. Reino eterno es su reino, y todos los imperios le servirán y le obedecerán.”

²⁸ Hasta aquí la relación. Yo, Daniel, quedé muy turbado en mis pensamientos, se me demudó el color del rostro y guardé estas cosas en mi corazón.

25 Nehemías

Cuando el rey Ciro de Persia hubo conquistado el reino babilonio, vivía en su corte el judío Nehemías, quien era copero del rey. Poseía un espíritu preclaro y una figura gallarda, de modo que al rey le agradaba su compañía.

Nehemías había llegado a Babilonia con la larga caravana de deportados después de la destrucción de Jerusalén. Habían pasado muchos años desde entonces y ocupaba un cargo importante en la corte. A menudo pensaba: ¿Qué estarán haciendo mis hermanos en la patria lejana? ¿Estará aún con vida mi hermano Jananí? ¿Cómo le habrá ido a aquellos que han quedado allá?

Aunque el rey Ciro le había permitido retornar a su patria a los judíos deportados a Babilonia y reconstruir su templo, su fuerza estaba quebrada. Sólo muy lentamente crecían los muros del templo. A menudo, durante largo tiempo, todo quedaba abandonado, puesto que faltaba el espíritu impulsor.

Al rey Ciro le siguió Artajerjes, y también a él le prestó servicios Nehemías. Y he ahí que cierto día se presentaron unos desconocidos en el antepatio del palacio. Habían llegado de Jerusalén. Entre ellos estaba Jananí, hermano de Nehemías. ¡Pero qué aspecto tenía! Pobre era su vestimenta, desnutrido su

cuerpo como si hubiese pasado por años de miseria. Por cierto que sus ojos se iluminaron al recibir el abrazo de su hermano, bellamente ataviado. Luego, empero, retornó la tristeza a su mirada. Nehemías le preguntó:

—Hermano, ¿qué puedes contarme de Jerusalén?

Y Jananí respondió:

—¡Pobre ciudad! ¡Pobres sus habitantes! Los muros de la ciudad aún conservan los destrozos ocasionados en oportunidad de la conquista. Sus puertas fueron quemadas, sus accesos deteriorados no brindan protección. Los habitantes a menudo se ven expuestos a la voluntad de los bandoleros. Jerusalén es una ciudad muerta.

Nehemías, que había vivido la otrora magnificencia de Jerusalén, no pudo contener las lágrimas frente a este relato. En la noche siguiente su pena impidió su sueño. Imploraba a Dios:

—¿No puede llegar a su fin la amargura y la angustia acerca de Jerusalén?

Cuando a la mañana siguiente llenaba con vino las copas del rey, éste notó su angustia y le preguntó:

—¿Qué mal aspecto tienes! ¿Has llorado? ¿Estás enfermo? ¿O te aqueja alguna pena?

Nehemías tuvo que contenerse a la fuerza para no llorar y contestó:

—Ay, señor, por mi hermano ayer me he enterado cuán mal andan las cosas en mi ciudad natal, Jerusalén. La ciudad de mis antepasados sigue estando reducida a escombros. ¡Si pudiese irme y reconstruirla con mis hermanos!

El rey permaneció pensativo durante algún tiempo, luego preguntó:

—¿Por cuánto tiempo quedarías allá?

Nehemías le nombró un lapso y he aquí que Dios había ablandado el corazón del rey. Respondió:

—Si te envío hacia allí, irás como administrador de mis órdenes a Jerusalén. Devuelve su belleza a Jerusalén.

Nehemías cayó sobre sus rodillas frente al rey y besó el dobladillo de su vestimenta. El rey Artasta le entregó cartas documento, en las cuales se confirmaba el poder de decisión de Nehemías como intendente de la ciudad de Jerusalén. Se le concedía el derecho de obtener maderas de los bosques reales para la reconstrucción de las puertas de acceso en los muros y reparación de las casas.

Muy pronto, Nehemías en compañía de su hermano y sus acompañantes pudieron emprender el largo viaje. El rey, además, destinó un número de oficiales y jinetes para su protección. De tal manera, podía hacer su entrada en Jerusalén como digno representante del rey.

25 Nehemías

Isaías 1:1-11; 2:1-9

1 ¹ Palabras de Nehemías, hijo de Jakalías. En el mes de Kisléu, el año veinte del rey Artajerjes, estando yo en la ciudadela de Susa, ² Jananí, uno de mis hermanos, llegó con algunos hombres venidos de Judá. Yo les pregunté por los judíos — el Resto que se había salvado del cautiverio — y por Jerusalén.

³ Me respondieron: “Los restos del cautiverio que han quedado allí en la provincia se encuentran en gran estrechez y confusión. La muralla de Jerusalén está llena de brechas, y sus puertas incendiadas.”

⁴ Al oír estas palabras me senté y me puse a llorar; permanecí en duelo algunos días ayunando y orando ante el Dios del cielo.

⁵ Y dije: “Ah, Yahveh, Dios del cielo, tú, el Dios grande y temible, que guardas la alianza y el amor a los que te aman y observan tus mandamientos; ⁶ estén atentos tus oídos y abiertos tus ojos para escuchar la oración de tu siervo, que yo hago ahora en tu presencia día y noche, por los hijos de Israel, tus siervos, confesando los pecados que los hijos de Israel hemos cometido contra ti; ¡yo mismo y la casa de mi padre hemos pecado!

⁷ Hemos obrado muy mal contigo, no observando los mandamientos, los preceptos y las normas que tú habías prescrito a Moisés tu siervo.

⁸ Pero acuérdate de la palabra que confiaste a Moisés tu siervo: “Si sois infieles, yo os dispersaré entre los pueblos; ⁹ pero si, volviéndoos a mí guardáis mis mandamientos y los ponéis en práctica, aunque vuestros desterrados estuvieron en los confines de los cielos, yo los reuniré de allí y los conduciré de nuevo al Lugar que he elegido para morada de mi Nombre.”

¹⁰ Aquí tienes a tus siervos y a tu pueblo que tú has rescatado con tu gran poder y tu fuerte mano.

¹¹ ¡Ea, Señor, estén atentos tus oídos a la oración de tu siervo, a la oración de tus servidores, que desean venerar tu Nombre! Concede ahora, te suplico, gracia a tu siervo y haz que encuentre favor ante ese hombre.” Era yo entonces copero del rey.

2 ¹ En el mes de Nisán, el año veinte del rey Artajerjes, siendo yo encargado del vino, tomé vino y se lo ofrecí al rey. Anteriormente nunca había estado yo triste.

² Me dijo, pues, el rey: “¿Por qué ese semblante tan triste? Tú, enfermo no estás. ¿Acaso tienes alguna preocupación en el corazón?” Yo quedé muy turbado, ³ y dije al rey: “¡Viva por siempre el rey! ¿Cómo no ha de estar triste mi semblante, cuando la ciudad donde están las tumbas de mis padres está en ruinas, y sus puertas devoradas por el fuego?”

⁴ Me replicó el rey: “¿Qué deseas, pues?” Invoqué al Dios del cielo, ⁵ y respondí al rey: “Si le place al rey y estás satisfecho de tu siervo, envíame a Judá, a la ciudad de las tumbas de mis padres, para que yo la reconstruya.”

⁶ El rey me preguntó, estando la reina sentada a su lado: “¿Cuánto durará tu viaje? ¿Cuándo volve-

rás?” Yo le fijé un plazo que pareció aceptable al rey, y él me envió.

⁷ Añadí al rey: “Si le place al rey, que se me den cartas para los gobernadores de Transeufratina, para que me faciliten el camino hasta Judá; ⁸ y asimismo una carta para Asaf, el encargado de los parques reales, para que me proporcione madera de construcción para las puertas de la ciudadela del Templo, la muralla de la ciudad y la casa en que yo me he de instalar.” El rey me lo concedió, pues la mano bondadosa de mi Dios estaba conmigo.

⁹ Me dirigí, pues, a los gobernadores de Transeufratina y les entregué las cartas del rey. El rey me había hecho escoltar por oficiales del ejército y gente de a caballo.

26 una difícil reconstrucción

Una vez recuperado del cansador viaje, Nehemías se dispuso a realizar una recorrida de inspección a lo largo del muro, montado en su corcel. Y mientras iba recorriendo, en su corazón iba creciendo la firme decisión de reconstruir esos muros derrumbados. Para tal finalidad hizo reunir a los sacerdotes y a los habitantes de la ciudad, tanto a los nobles como a los modestos, y les dijo:

—Todos vosotros estáis al tanto de la miseria de nuestra ciudad. Las tribus vecinas se están burlando de vosotros y ejercen su poder a causa de nuestra indefensión. Reconstruyamos los muros mediante el trabajo mancomunado y coloquemos nuevas puertas en los accesos. El rey de Babilonia ha dado su consentimiento y hasta ha autorizado el acopio de madera y vigas para realizar todas las reparaciones. Unamos nuestras fuerzas para elevar a nuestra humillada Jerusalén, para constituir la en digna ciudad de su templo. La mano de Dios ha actuado bondadosamente sobre mí. Dios nos acompañará.

Las palabras de Nehemías encendieron un nuevo impulso en los corazones. De inmediato comenzaron las tareas de limpieza de escombros. El mismo Nehemías tomó el pico y la pala para que el pueblo

siguiese su ejemplo. Día tras día se trabajaba en la reparación de los muros.

¡Antes aún de que se lograra instalar las puertas se acercó el enemigo! Las tribus vecinas querían evitar la restauración de la ciudad. A menudo, en horas del atardecer o por la noche, se acercaban grupos de bandidos que destruían el trabajo realizado durante el día.

A partir de entonces, sólo una parte de los habitantes trabajaba en la obra; la otra era destinada a custodiarla con lanzas, arcos y flechas. Hasta los hombres que cargaban las piedras llevaban la espada en su cinturón. Sobre el muro se habían apostado vigías con trompetas. Al aproximarse un grupo de sospechosos daban la alarma, y los enemigos eran obligados a huir.

De tal modo, los trabajos proseguían ininterrumpidamente, desde la alborada hasta el anochecer. Y durante la noche, la obra era custodiada por hombres armados.

Por fin llegó el día en el cual todas las roturas del muro habían sido reparadas. Sólo faltaba colocar las nuevas puertas. Nehemías se hallaba siempre en medio de la gente trabajadora, ya ocupado en tareas con el martillo o la pala, ya acarreando el alimento, no faltando tampoco entre aquellos ocupados en la custodia. Toda la gente del pueblo lo amaba y su ejemplo brindaba fuerza, coraje y entusiasmo.

Fue entonces que el enemigo inventó un nuevo ardid.

Sus capitanes se decían:

—Si apresamos a este Nehemías, el pueblo quedará desvalido y podremos quebrar su resistencia.

Enviaron a Nehemías un astuto mensaje, una invitación para poder conversar acerca de una nueva relación vecinal amistosa. Nehemías, empero, in-

tuyó su verdadero propósito y contestó que, por el momento, le era imposible abandonar la ciudad de Jerusalén.

En poco tiempo más pudieron ser colocadas las fuertes y resistentes puertas, hecho que permitió que los habitantes pudieran dormir con tranquilidad, con tan sólo unos pocos custodios en las puertas. Nehemías hizo preparar una gran fiesta. El sacerdote Esdras fue el encargado de leer al pueblo las leyes de Moisés. Las casas fueron adornadas con ramas verdes, así como también los portales y el templo. Esta fiesta recibió el nombre de ‘Fiesta de las Tiendas.’

Los músicos ejecutaban sus instrumentos por doquier, la gente del pueblo cantaba y se entregaba a las danzas con alegría. Fue así que, a causa de los actos de Nehemías, una nueva esperanza cundió en el pueblo que había pasado por tan duras pruebas. Y todos prometieron no apartarse, de allí en más, de las sendas de Dios.

26 una difícil reconstrucción

Nehemías 2:10-4:17; 8:12

¹⁰ Al enterarse de ello Samballat el joronita y Tobías el servidor ammonita, les sentó muy mal que alguien viniera a procurar el bienestar de los israelitas.

¹¹ Llegué a Jerusalén y me quedé allí tres días.

¹² Luego me levanté de noche con unos pocos hombres, sin comunicar a nadie lo que mi Dios me había inspirado que hiciera por Jerusalén, y sin llevar conmigo más que la cabalgadura en que iba montado.

¹³ Saliendo, pues, de noche por la puerta del Valle, me dirigí hacia la Fuente del Dragón y hacia la puerta del Muladar: inspeccioné la muralla de Jerusalén por donde tenía brechas, y las puertas que habían sido devoradas por el fuego.

¹⁴ Continué luego hacia la puerta de la Fuente y la alberca del Rey, pero no había paso para mi cabalgadura.

¹⁵ Volví a subir, pues, de noche, por el Torrente, inspeccionando la muralla, y volví a entrar por la puerta del Valle. Así regresé a casa.

¹⁶ Los consejeros no supieron dónde había ido ni lo que había hecho. Hasta entonces no había dicho nada a los judíos: ni a los sacerdotes ni a los notables ni a los consejeros ni a los funcionarios;

¹⁷ entonces les dije: “Vosotros mismos veis la triste situación en que nos encontramos, pues Jerusalén está en ruinas, y sus puertas devoradas por el fuego. Vamos a reconstruir la muralla de Jerusalén, y no seremos más objeto de escarnio.”

¹⁸ Y les referí cómo la mano bondadosa de mi Dios había estado conmigo, y les relaté también las palabras que el rey me había dicho. Ellos dijeron: “¡Levantémonos y construyamos!” Y se afianzaron en su buen propósito.

¹⁹ Al enterarse de ello Samballat el joronita, Tobías el siervo ammonita y Guésem el árabe, se burlaron de nosotros y vinieron a decirnos: “¿Qué hacéis? ¿Es que os habéis rebelado contra el rey?”

²⁰ Yo les respondí: “El Dios del cielo nos hará triunfar. Nosotros sus siervos, vamos a ponernos a la obra. En cuanto a vosotros, no tenéis parte ni derecho ni recuerdo en Jerusalén.”

3¹ El sumo sacerdote Elyasib y sus hermanos los sacerdotes se encargaron de construir la puerta de las Ovejas: la armaron, fijaron sus hojas, barras y goznes, y continuaron hasta la torre de los Cien y hasta la torre de Jananel.

² Al lado de ellos construyeron los de Jericó; a su lado construyó Zakkur, hijo de Imrí.

³ Los hijos de Hassenáa construyeron la puerta de los Peces: la armaron y fijaron sus hojas, barras y goznes.

⁴ A su lado reparó Meremot, hijo de Urías, hijo de Haqós; a continuación reparó Mesullam, hijo de Berekías, hijo de Mesezabel; a su lado reparó Sadoq, hijo de Baaná.

⁵ Junto a él repararon los de Técoa, pero sus notables se negaron a poner su cuello al servicio de sus señores.

⁶ La puerta del Barrio nuevo la repararon Yoyadá, hijo de Paséaj, y Mesullam, hijo de Besodías: la armaron y fijaron sus hojas, barras y goznes.

⁷ A continuación de éstos repararon Melatías de Gabaón y Yadón de Meronot, así como los de Gabaón y de Mispá, a expensas del gobernador de Transeufratina.

⁸ A su lado reparó Uzziel, miembro del gremio de los orfebres, y a continuación reparó Jananías, del gremio de los perfumistas: ellos reconstruyeron Jerusalén hasta el muro de la Plaza.

⁹ A continuación reparó Refaías, hijo de Jur, jefe de la mitad del distrito de Jerusalén.

¹⁰ A continuación reparó Yedaías, hijo de Harumaf, delante de su casa; a continuación reparó Jattús, hijo de Hasabneías.

¹¹ Malkiyías, hijo de Jarim, y Jassub, hijo de Pajat Moab, repararon la parte siguiente, hasta la torre de los Hornos.

¹² A continuación de éstos reparó, con sus hijos, Sallum, hijo de Hallojés, jefe de la mitad del distrito de Jerusalén.

¹³ Repararon la puerta del Valle, Hanún y los habitantes de Zanój: la construyeron, fijaron sus hojas, barras y goznes, e hicieron mil codos de muro, hasta la puerta del Muladar.

¹⁴ La puerta del Muladar la reparó Malkiyías, hijo de Rekab, jefe del distrito de Bet Hakkérem, con sus hijos: fijó sus hojas, barras y goznes.

¹⁵ La puerta de la Fuente la reparó Sallum, hijo de Kol Jozé, jefe del distrito de Mispá: la construyó, la cubrió y fijó sus hojas, barras y goznes. También restauró el muro de la alberca del canal, que está junto al huerto del rey, hasta las escaleras que bajan de la Ciudad de David.

el profanador de textos

¹⁶ Después de él Nehemías, hijo de Aztuq, jefe de la mitad del distrito de Bet Sur, reparó hasta enfrente de las tumbas de David, hasta la alberca artificial y hasta la Casa de los Valientes.

¹⁷ A continuación repararon los levitas: Rejum, hijo de Baní; a su lado reparó Jasabías, jefe de la mitad del distrito de Queilá, en su distrito; ¹⁸ a continuación repararon sus hermanos: Binnuy, hijo de Jenadad, jefe de la mitad del distrito de Queilá; ¹⁹ a continuación Ezer, hijo de Josué, jefe de Mispá, reparó otra sección frente a la subida del Arsenal del Ángulo.

²⁰ Después de él Baruc, hijo de Zabbay, reparó otro sector, desde el Ángulo hasta la puerta de la casa del sumo sacerdote Elyasib.

²¹ Después de él Meremot, hijo de Urías, hijo de Haqós, reparó otro sector, desde la puerta de la casa de Elyasib hasta el término de la misma.

²² Después de él prosiguieron la reparación los sacerdotes que habitaban en la Vega.

²³ Repararon a continuación Benjamín y Jassub frente a sus casas. Después de ellos Azarías, hijo de Maaseías, hijo de Ananías, reparó junto a su casa.

²⁴ Después de él Binnuy, hijo de Jenadad, reparó otra sección, desde la casa de Azarías hasta el Ángulo y la esquina.

²⁵ A continuación Palal, hijo de Uzay, reparó enfrente del Ángulo y de la torre en saliente de la casa del rey, la de arriba que da al patio de la cárcel. Después de él Pedaías, hijo de Parós, reparó ²⁶ hasta la puerta de las Aguas hacia Oriente y hasta delante de la torre en saliente.

²⁷ A continuación los de Técoa repararon otro sector frente a la torre grande en saliente hasta el muro del Ofel.

²⁸ Desde la puerta de los Caballos repararon los sacerdotes, cada uno frente a su casa.

²⁹ Después de ellos reparó Sadoq, hijo de Immer, frente a su casa. Después de él reparó Semaías, hijo de Sekanías, encargado de la puerta Oriental.

³⁰ Después de él, Jananías, hijo de Selemías, y Janún, sexto hijo de Salaf, repararon otro sector. A continuación reparó Mesullam, hijo de Berekías, frente a su vivienda.

³¹ Después de él Malkiyás, del gremio de los orfebres, reparó hasta la casa de los donados y de los comerciantes, frente a la puerta de la Inspección, hasta la cámara alta del ángulo.

³² Y entre la cámara alta del ángulo y la puerta de las Ovejas, repararon los orfebres y los comerciantes.

³³ Cuando Samballat se enteró de que estábamos reconstruyendo la muralla, montó en cólera y se irritó mucho. Se burlaba de los judíos, ³⁴ y decía delante de sus hermanos y de la gente principal de Samaría: “¿Qué pretenden hacer esos miserables judíos? ¿Es que quieren terminar en un día? ¿Van a dar vida a esas piedras, sacadas de montones de escombros y calcinadas?”

³⁵ Tobías el ammonita, que estaba junto a él, dijo: “¡Déjales que construyan; que si un chacal se alza, abrirá brecha en su muralla de piedra!”

³⁶ ¡Escucha, Dios nuestro, porque nos desprecian. Haz que caiga su insulto sobre su cabeza. Entrégalos al desprecio en un país de cautividad!

³⁷ No pases por alto su iniquidad, ni su pecado sea borrado en tu presencia, porque han insultado a los constructores.

³⁸ Construimos, pues, la muralla, que quedó terminada hasta media altura. El pueblo había puesto su corazón en el trabajo.

4¹ Cuando Samballat, Tobías, los árabes, los ammonitas y los asdoditas se enteraron de que la reparación de la muralla de Jerusalén adelantaba —

pues las brechas comenzaban a taparse — se enfurecieron mucho; ² y se conjuraron todos a una para venir a atacar a Jerusalén y a humillarme a mí.

³ Pero invocamos a nuestro Dios y montamos guardia contra ellos de día y de noche.

⁴ Judá decía: “¡Flaquean las fuerzas de los cargadores: hay demasiado escombros; nosotros no podemos reconstruir la muralla!” ⁵ Y nuestros enemigos decían: “¡Antes que se enteren o se den cuenta, iremos contra ellos, y los mataremos y pararemos la obra!”

⁶ Pero algunos judíos que vivían junto a ellos vinieron a advertirnos por diez veces: “Vienen contra nosotros desde todos los lugares que habitan.”

⁷ Se apostó, pues, el pueblo en los puntos más bajos, detrás de la muralla y en los lugares descubiertos, y coloqué a la gente por familias, cada uno con sus espadas, sus lanzas y sus arcos.

⁸ Al ver su miedo, me levanté y dije a los notables, a los consejeros y al resto del pueblo: “¡No les tengáis miedo; acordaos del Señor, grande y terrible, y combatid por vuestros hermanos, vuestros hijos y vuestras hijas, vuestras mujeres y vuestras casas!”

⁹ Cuando nuestros enemigos supieron que estábamos advertidos y que Dios había desbaratado sus planes, se retiraron, y todos nosotros volvimos a la muralla, cada cual a su trabajo.

¹⁰ Pero desde aquel día, sólo la mitad de mis hombres tomaban parte en el trabajo; la otra mitad, provistos de lanzas, escudos, arcos y corazas, se mantenía detrás de toda la casa de Judá ¹¹ que construía la muralla. También los cargadores estaban armados: con una mano cuidaba cada uno de su trabajo, con la otra empuñaba el arma.

¹² Cada uno de los constructores tenía ceñida a la cintura su espada mientras trabajaba. Había un corneta junto a mí para sonar el cuerno.

el profanador de textos

¹³ Dije a los notables, a los consejeros y al resto del pueblo: “La obra es importante y extensa, y nosotros estamos diseminados a lo largo de la muralla, lejos unos de otros: ¹⁴ corred a reuniros con nosotros al lugar donde oigáis el sonido del cuerno, y nuestro Dios combatirá por nosotros.”

¹⁵ Así organizábamos el trabajo desde el despuntar del alba hasta que salían las estrellas.

¹⁶ Dije también entonces al pueblo: “Todos pasarán la noche en Jerusalén con sus criados, y así haremos guardia de noche y trabajaremos de día.”

¹⁷ Pero ni yo ni mis hermanos ni mis gentes ni los hombres de guardia que me seguían nos quitábamos la ropa; todos nosotros teníamos el arma en la mano.

6¹ Cuando Samballat, Tobías, Guésem el árabe, y los demás enemigos nuestros se enteraron de que yo había reconstruido la muralla y de que ya no quedaba en ella brecha alguna —aunque en aquel tiempo no estaban colocadas las hojas de las puertas— ² Samballat y Guésem mandaron a decirme: “Ven a entrevistarte con nosotros en Hakkefirim, en el valle de Onó.” Pero ellos tramaban hacerme mal.

³ Por eso les envié mensajeros para decirles: “Estoy ocupado en una obra importante y no puedo bajar; ¿por qué voy a dejar que la obra se pare abandonándola para bajar donde vosotros?”

⁴ Cuatro veces me enviaron el mismo recado, y yo di la misma respuesta.

⁵ Entonces Samballat me envió a decir por quinta vez lo mismo por un criado suyo que traía una carta abierta ⁶ en la que estaba escrito: “Se oye entre las naciones, y así lo afirma Gasmu, el rumor de que tú y los judíos estáis pensando sublevaros; que para ello reconstruyes la muralla y tratas de hacerte su

rey, ⁷ que incluso has designado profetas para proclamar acerca de ti en Jerusalén: ¡Judá tiene rey! Estos rumores van a ser oídos por el rey; así que ven para que tomemos consejo juntos.”

⁸ Pero yo les mandé decir: “No hay nada de eso que dices; son invenciones de tu corazón.”

⁹ Porque lo que querían era meternos miedo, pensando: “Desfallecerán sus manos y no acabarán la obra.” Pero, por el contrario, yo me reafirmé más.

¹⁰ Había ido yo a casa de Semaías, hijo de Delaías, hijo Mehetabel, que se encontraba detenido. Dijo él: “Démonos cita en la Casa de Dios, en el interior del santuario; cerremos las puertas del santuario; porque van a venir a matarte, esta misma noche vienen a matarte.”

¹¹ Pero yo respondí: “¿Un hombre como yo va a huir? ¿Qué hombre que sea como yo entraría en el santuario para salvar su vida? No iré.”

¹² Pues comprendí que él no había sido enviado por Dios, sino que había dicho esta profecía sobre mí porque Tobías le había comprado,

¹³ para que yo, llevado del miedo, lo hiciera así y pecase; y esto me diera mala fama y pudieran burlarse de mí.

¹⁴ Acuérdate, Dios mío, de Tobías, por lo que ha hecho; y también de Noadía, la profetisa, y de los demás profetas que trataron de asustarme.

¹⁵ La muralla quedó terminada el día veinticinco de Elul, en 52 días.

¹⁶ Cuando se enteraron todos nuestros enemigos y todas las naciones de alrededor lo vieron, les pareció una gran maravilla y reconocieron que esta obra había sido realizada por nuestro Dios.

¹⁷ En aquellos mismos días, los notables de Judá multiplicaron sus cartas dirigidas a Tobías y recibían las de éste; ¹⁸ porque tenía en Judá muchos aliados,

por ser yerno de Sekanías, hijo de Ará, y por estar casado su hijo Yehojanán con la hija de Mesullam, hijo de Berekías.

¹⁹ Incluso llegaron a hablar bien de Tobías en mi presencia y le repetían mis palabras. Y Tobías mandaba cartas para intimidarme.

7¹ Reconstruida la muralla, y una vez que hube fijado las hojas de las puertas, se colocaron guardias en las puertas (cantores y levitas).

² Puse al frente de Jerusalén a mi hermano Jananí y a Jananí, jefe de la ciudadela, porque era un hombre fiel y temeroso de Dios como pocos; ³ y les dije: “No se abrirán las puertas de Jerusalén hasta que el sol comience a calentar; y cuando todavía esté alto, se cerrarán y se echarán las barras a las puertas; y se establecerán puestos de guardia de entre los habitantes de Jerusalén, unos en su puesto y otros delante de su casa.”

⁴ La ciudad era espaciosa y grande, pero tenía muy poca población y no se fundaban nuevas familias.

8 [Llegado el mes séptimo,] ¹ todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta del Agua. Dijeron al escriba Esdras que trajera el libro de la Ley de Moisés que Yahveh había prescrito a Israel.

² Trajo el sacerdote Esdras la Ley ante la asamblea, integrada por hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Era el día uno del mes séptimo.

³ Leyó una parte en la plaza que está delante de la puerta del Agua, desde el alba hasta el mediodía, en presencia de los hombres, las mujeres y todos los que tenían uso de razón; y los oídos del pueblo estaban atentos al libro de la Ley.

⁴ El escriba Esdras estaba de pie sobre un estrado de madera levantado para esta ocasión; junto a él estaban: a su derecha, Matitías, Semá, Anaías, Urías, Jilquías y Maaseías, y a su izquierda, Pedaías, Misael, Malkías, Jasum, Jusbaddaná, Zacarías y Mesul-lam.

⁵ Esdras abrió el libro a los ojos de todo el pueblo —pues estaba más alto que todo el pueblo— y al abrirlo, el pueblo entero se puso en pie.

⁶ Esdras bendijo a Yahveh, el Dios grande; y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: “¡Amén! ¡Amén!”; e inclinándose se postraron ante Yahveh, rostro en tierra.

⁷ (Josué, Baní, Serebías, Yamín, Aqcub, Sabtay, Hodiyaías, Maaseías, Quelitá, Azarías, Yozabad, Janán, Pelaías, que eran levitas, explicaban la Ley al pueblo que seguía en pie.)

⁸ Y Esdras leyó en el libro de la Ley de Dios, aclarando e interpretando el sentido, para que comprendieran la lectura.

⁹ Entonces (Nehemías — el Gobernador — y) Esdras, el sacerdote escriba (y los levitas que explicaban al pueblo) dijeron a todo el pueblo: “Este día está consagrado a Yahveh vuestro Dios; no estéis tristes ni lloréis”; pues todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la Ley.

¹⁰ Díjoles también: “Id y comed manjares grasos, bebed bebidas dulces y mandad su ración a quien no tiene nada preparado. Porque este día está consagrado a nuestro Señor. No estéis tristes: la alegría de Yahveh es vuestra fortaleza.”

¹¹ También los levitas tranquilizaban al pueblo diciéndole: “Callad: este día es santo. No estéis tristes.”

¹² Y el pueblo entero se fue a comer y beber, a repartir raciones y hacer gran festejo, porque habían comprendido las palabras que les habían enseñado.

Jonás

27 Jonás

Jonás era hijo de Amitai. Cuenta la leyenda que siendo niño enfermó gravemente, llegando al borde de la muerte. Y había sido el profeta Elías el que lo devolvió a la vida. El alma del niño había ganado así una profunda devoción.

Habiendo llegado a la adultez, Dios lo eligió como profeta. Y sucedió de la manera siguiente:

Muchos habitantes de la ciudad de Jerusalén despreciaban el templo y los mandamientos divinos. Cierta vez, Jonás escuchó una voz, al despertar durante la noche:

—¡Vete a Jerusalén! Anuncia a los hombres: Una desgracia se cernirá sobre la ciudad. ¡Sucumbirá!

Jonás emprendió el difícil cometido. Se encaminó a Jerusalén. En algunos lugares de la ciudad y en el atrio del templo anunció, con encendida voz, las palabras del Señor.

Los ciudadanos se sobresaltaron. Tomaron consciencia de sus errores y practicaron la penitencia. Recordaron nuevamente los mandamientos divinos e imploraron la misericordia divina y el perdón.

La ira del Señor pasó y Jerusalén quedó exenta del castigo. A partir de entonces, muchos llamaron a Jonás ‘el profeta mentiroso.’

el profanador de textos

Este hecho torturó a Jonás. Pensaba ausentarse de aquel lugar para escapar de la burla de la gente.

Entonces escuchó nuevamente la voz, que durante la noche le ordenó:

—¡Adelante, Jonás! Vete a Nínive, la gran ciudad de los asirios y anúnciales su ocaso, puesto que sus maldades gritan al cielo.

Esa orden despertó grandes dudas y angustia en Jonás. ¿Sucederá lo mismo que me ha pasado en Jerusalén? Si los habitantes de Nínive modifican su conducta al cabo de mi profecía, la ciudad no sucumbirá. ¡Y también ellos me llamarán ‘el profeta mentiroso’!

Jonás reflexionó cómo evadir la misión divina. Huyó a la ciudad portuaria de Yoppe, donde pensaba tomar una embarcación que lo llevaría al fin del mundo. Encontró un velero en el puerto y preguntó a su capitán:

—¿Podéis llevarme?

La nave estaba haciendo preparativos para viajar la lejana Tarso. Es así que recibió la respuesta:

—Viajaremos muy lejos, casi hasta el fin del mundo.

Jonás respondió:

—Es justamente lo que quiero hacer.

Como pagó de inmediato el costo del viaje, lo llevaron.

Sobre el barco había pasajeros de diferentes países y pueblos. Apenas hubieron viajado un día se levantó una terrible tormenta. Los viajeros imploraron a sus dioses a que resguardasen sus vidas. Jonás, empero, se había ocultado en la bodega de la nave y cayó en un profundo sueño. El comandante de la nave, angustiado, se aproximó a él, lo sacudió y gritó:

—¡Todos estamos temiendo por nuestra vida y tú estás aquí, durmiendo! ¡Eres hebreo! Dicen que

vuestro dios es poderoso. ¡Levántate y pídele que nos salve!

Pero Jonás había tenido un extraño sueño.

Respondió:

—¡Arrojadme al mar y las aguas se calmarán!

El marino se asombró al escuchar tales palabras y se las contó a los demás. Creían que la tormenta había afectado la mente del hebreo y no quisieron tirarlo.

Arrojaron al mar utensilios y mercancías, para alivianar el peso de la nave. Tomaron el rumbo hacia la costa, pero el viento y las olas no permitieron el avance hacia ella. La estructura de madera de la nave crujía y parecía desarmarse. Los marinos desesperaban. Jonás se acercó nuevamente a ellos y les dijo:

—Yo soy la causa de esta tempestad, pues hice caso omiso a lo que Dios me ordenara. ¡Arrojadme al mar y la tormenta pasará!

Tomaron entonces a Jonás y sumergieron sus pies en el agua. El rugir amainó un poco. Al subirlo, se intensificó nuevamente, apareciendo un pez gigante. Las olas amenazaron devorarse a la nave. Recién entonces entregaron a Jonás a las olas. La tormenta se calmó.

Un pez gigante había tragado a Jonás. Yacía dentro del cuerpo del pez como dentro de un ataúd. Estaba incoherente pero la vida no lo abandonó. Frente a la mirada interior de Jonás pasaban imágenes, a modo de un sueño gigante. Pudo ver en semblante de la Tierra en los comienzos de la creación. Contempló la luz del Paraíso y el Arca de Noé. Vió el paso de Moisés junto a los israelitas a través del Mar Rojo. Vió al mundo superior con sus huestes y el mundo inferior con sus oscuros demonios. Luego, empero, apareció la luz de un Templo de Dios y que le era permitido entrar para reunirse con los consa-

grados y rezar por ellos. En su oración pronunciaba las siguientes palabras:

—¡Oh, Señor! ¿Cómo podría huir de Tí y hacia dónde? Estás presente por doquier. Si tuviese las alas del amanecer y permaneciese en el extremo de los mares... ¡allí estás Tú! ¡Oh, Señor, quiero servirte y hacer tu voluntad!

Entonces, el pez nadó hacia la costa. Durante tres días había llevado a Jonás en su cuerpo. Ahora lo devolvió a la tierra.

Entonces Jonás emprendió su larga caminata que tenía como destino la ciudad de Nínive. Allí anunciaría el ocaso de la ciudad, tal y como el Señor se lo encomendara. Ya no hubo resistencia en su corazón.

Nínive era una majestuosa ciudad real. En las plazas y frente a los templos Jonás elevó su poderosa voz de profeta. El pueblo escuchó sus palabras y estalló en lamento:

—¡Ay de nosotros! ¡Dentro de cuatro días seremos presa de la desgracia a causa de nuestros pecados!

El rey llamó a Jonás y éste le habló con severidad. El rey se conmovió. Rasgó su vestimenta y volcó ceniza de penitencia sobre su cabeza. De inmediato hizo anunciar en la ciudad:

—Todo habitante ayunará durante tres días. Se apartará del mal y se encaminará en la senda del bien. ¡Orad a Dios, el Señor, que tenga misericordia!

Como todo el pueblo sintió gran temor, cumplió estrictamente los mandamientos e imploró por la misericordia divina.

Y Dios dejó de lado su ira y la ciudad no sufrió daño alguno.

Al cabo de los cuarenta días, Jonás temió que la gente lo tomara nuevamente por ‘el profeta mentiroso.’ Y se acongojó sobremedida. En la noche siguien-

te tuvo un sueño extraño: Estaba acostado a pleno sol ardiente. De pronto, a su lado brotó y creció un árbol frondoso, brindando sombra fresca. Se acercó entonces una lombriz gigante, agujereando el árbol, de modo que a éste se le secaron las hojas. El ardor del sol quemaba a Jonás. Se sintió tan angustiado que sólo deseaba morir. De pronto escuchó la voz de la noche:

—Jonás, ¡sientes pena por un árbol seco! ¡Cuánta más pena tendré que sentir yo por una ciudad conjuntamente destruida por todos sus habitantes! ¡Alegrémonos por la recuperación de sus habitantes!

Al despertar, Jonás tocó la tierra con su frente. Sintió vergüenza por su flaqueza. Cuánto mejor era aparecer como ‘un profeta mentiroso’ a que se haya destruido toda la ciudad.

Y alabó la misericordia divina.

27 Jonás

Jonás 1:1-4:11

1 ¹ La palabra de Yahveh fue dirigida a Jonás, hijo de Amittay, en estos términos:

² “Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y proclama contra ella que su maldad ha subido hasta mí.”

³ Jonás se levantó para huir a Tarsis, lejos de Yahveh, y bajó a Joppe, donde encontró un barco que salía para Tarsis: pagó su pasaje y se embarcó para ir con ellos a Tarsis, lejos de Yahveh.

⁴ Pero Yahveh desencadenó un gran viento sobre el mar, y hubo en el mar una borrasca tan violenta que el barco amenazaba romperse.

⁵ Los marineros tuvieron miedo y se pusieron a invocar cada uno a su dios; luego echaron al mar la carga del barco para aligerarlo. Jonás, mientras tanto, había bajado al fondo del barco, se había acostado y dormía profundamente.

⁶ El jefe de la tripulación se acercó a él y le dijo: “¿Qué haces aquí dormido? ¡Levántate e invoca a tu Dios! Quizás Dios se preocupe de nosotros y no perezamos.”

⁷ Luego se dijeron unos a otros: “Ea, echemos a suertes para saber por culpa de quién nos ha veni-

do este mal.” Echaron a suertes, y la suerte cayó en Jonás.

⁸ Entonces le dijeron: “Anda, indícanos tú, por quien nos ha venido este mal, cuál es tu oficio y de dónde vienes, cuál es tu país y de qué pueblo eres.”

⁹ Les respondió: “Soy hebreo y temo a Yahveh, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra.”

¹⁰ Aquellos hombres temieron mucho y le dijeron: “¿Por qué has hecho esto?” Pues supieron los hombres que iba huyendo lejos de Yahveh por lo que él había manifestado.

¹¹ Y le preguntaron: “¿Qué hemos de hacer contigo para que el mar se nos calme?” Pues el mar seguía encrespándose.

¹² Les respondió: “Agarradme y tiradme al mar, y el mar se os calmará, pues sé que es por mi culpa por lo que os ha sobrevenido esta gran borrasca.”

¹³ Los hombres se pusieron a remar con ánimo de alcanzar la costa, pero no pudieron, porque el mar seguía encrespándose en torno a ellos.

¹⁴ Entonces clamaron a Yahveh, diciendo: “¡Ah, Yahveh, no nos hagas perecer a causa de este hombre, ni pongas sobre nosotros sangre inocente, ya que tú, Yahveh, has obrado conforme a tu beneplácito!”

¹⁵ Y, agarrando a Jonás, le tiraron al mar; y el mar calmó su furia.

¹⁶ Y aquellos hombres temieron mucho a Yahveh; ofrecieron un sacrificio a Yahveh y le hicieron votos.

2 ¹ Dispuso Yahveh un gran pez que se tragase a Jonás, y Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches.

² Jonás oró a Yahveh su Dios desde el vientre del pez.

³ Dijo: Desde mi angustia clamé a Yahveh y él me respondió; desde el seno del seol grité, y tú oíste mi voz.

el profanador de textos

⁴ Me habías arrojado en lo más hondo, en el corazón del mar, una corriente me cercaba: todas tus olas y tus crestas pasaban sobre mí.

⁵ Yo dije: ¡Arrojado estoy de delante de tus ojos! ¿Cómo volveré a contemplar tu santo Templo?

⁶ Me envolvían las aguas hasta el alma, me cerca el abismo, un alga se enredaba a mi cabeza.

⁷ A las raíces de los montes descendí, a un país que echó sus cerrojos tras de mí para siempre, mas de la fosa tú sacaste mi vida, Yahveh, Dios mío.

⁸ Cuando mi alma en mí desfallecía me acordé de Yahveh, y mi oración llegó hasta ti, hasta tu santo Templo.

⁹ Los que veneran vanos ídolos su propia gracia abandonan.

¹⁰ Mas yo con voz de acción de gracias te ofreceré sacrificios, los votos que hice cumpliré. ¡De Yahveh la salvación!

¹¹ Y Yahveh dio orden al pez, que vomitó a Jonás en tierra.

3¹ Por segunda vez fue dirigida la palabra de Yahveh a Jonás en estos términos:

² “Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad y proclama el mensaje que yo te diga.”

³ Jonás se levantó y fue a Nínive conforme a la palabra de Yahveh. Nínive era una ciudad grandísima, de un recorrido de tres días.

⁴ Jonás comenzó a adentrarse en la ciudad, e hizo un día de camino proclamando: “Dentro de cuarenta días Nínive será destruida.”

⁵ Los ninivitas creyeron en Dios: ordenaron un ayuno y se vistieron de sayal desde el mayor al menor.

⁶ La palabra llegó hasta el rey de Nínive, que se levantó de su trono, se quitó su manto, se cubrió de sayal y se sentó en la ceniza.

⁷ Luego mandó pregonar y decir en Nínive: “Por mandato del rey y de sus grandes, que hombres y bestias, ganado mayor y menor, no prueben bocado ni pasten ni beban agua.

⁸ Que se cubran de sayal y clamen a Dios con fuerza; que cada uno se convierta de su mala conducta y de la violencia que hay en sus manos.

⁹ ¡Quién sabe! Quizás vuelva Dios y se arrepienta, se vuelva del ardor de su cólera, y no perezcamos.”

¹⁰ Vio Dios lo que hacían, cómo se convirtieron de su mala conducta, y se arrepintió Dios del mal que había determinado hacerles, y no lo hizo.

4¹ Jonás, se disgustó mucho por esto y se irritó; ² y oró a Yahveh diciendo: “¡Ah, Yahveh!, ¿no es esto lo que yo decía cuando estaba todavía en mi tierra? Fue por eso por lo que me apresuré a huir a Tarsis. Porque bien sabía yo que tú eres un Dios clemente y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor, que se arrepiente del mal.

³ Y ahora, Yahveh, te suplico que me quites la vida, porque mejor me es la muerte que la vida.”

⁴ Mas Yahveh dijo: “¿Te parece bien irritarte?”

⁵ Salió Jonás de la ciudad y se sentó al oriente de la ciudad; allí se hizo una cabaña bajo la cual se sentó a la sombra, hasta ver qué sucedía en la ciudad.

⁶ Entonces Yahveh Dios dispuso una planta de ricino que creciese por encima de Jonás para dar sombra a su cabeza y librarle así de su mal. Jonás se puso muy contento por aquel ricino.

⁷ Pero al día siguiente, al rayar el alba, Yahveh mandó a un gusano, y el gusano picó al ricino, que se secó.

⁸ Y al salir el sol, mandó Dios un sofocante viento solano. El sol hirió la cabeza de Jonás, y éste se desvaneció; se deseó la muerte y dijo: “¡Mejor me es la muerte que la vida!”

⁹ Entonces Dios dijo a Jonás: “¿Te parece bien irritarte por ese ricino?” Respondió: “¡Sí, me parece bien irritarme hasta la muerte!”

¹⁰ Y Yahveh dijo: “Tu tienes lástima de un ricino por el que nada te fatigaste, que no hiciste tú crecer, que en el término de una noche fue y en el término de una noche feneció.

¹¹ ¿Y no voy a tener lástima yo de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas que no distinguen su derecha de su izquierda, y una gran cantidad de animales?”

28 Heliodoro

Durante una época, en la cual Jerusalén pudo vivir en paz durante un tiempo bastante extenso, el templo recibió muchas y ricas donaciones. En ocasión que en Palestina alguien adquiriera fortuna en oro y plata, o que otro, trabajosamente, hubiera hecho algunos ahorros, todo ello era confiado a los sacerdotes del templo, para su cuidado. Allí estaba seguro. De tal modo, en los recintos contiguos al templo se había acumulado un gran tesoro.

El sumo sacerdote Onías custodiaba con mucho celo estos bienes, que permanecían en el templo hasta tanto alguien los necesitaba y los reclamaba.

La fama de la fortuna guardada en el templo había llegado al oídos del rey asirio. Cierta día este llamó a Heliodoro, su capitán, a la corte.

Le dijo:

—Vete a Jerusalén en mi nombre. Irás acompañado por una tropa de guerreros. La ciudad está a mis órdenes. Le exiges a los sacerdotes que te muestren los tesoros. Dejarás en el templo la parte menor de ese tesoro y traerás contigo el resto, para engrosar nuestro tesoro, puesto que nuestro oro y nuestra plata se han raleado a causa

de la última campaña bélica. Los sacerdotes no se atreverán a oponerse a mi orden.

Al llegar a Jerusalén, Heliodoro fue recibido cordialmente por los sacerdotes, como correspondía a un enviado del rey. Al hablar Heliodoro, empero, de su misión, Onías se sobresaltó profundamente. Intentó la explicación:

—Mira, Heliodoro, la mayor parte de los tesoros del templo nos ha sido confiado por el pueblo para su cuidado, pertenece a los ciudadanos. Si lo quitaras, centenares de personas se verían defraudadas.

—¡Llévame a la cámara del tesoro! Por orden del rey tengo que ver todo con mis propios ojos.

Una vez más, el sumo sacerdote Onías y sus sacerdotes colaboradores intentaron evitar la entrada del Heliodoro a la cámara. Ya la mala noticia había llegado a la ciudad, donde se levantó un gran lamento. Los sacerdotes rodearon el altar, implorantes, pidiendo ayuda a Dios. Pero parecía que nada servía, ni la palabra, ni el lamento, ni la oración.

Heliodoro exigía que se le abra la puerta del tesoro. El sumo sacerdote Onías, desesperado y pálido era llevado por los duros guerreros armados.

En el momento en que Heliodoro y sus guerreros se encontraban en camino al tesoro, llevando a Onías, se produjo una aparición divina. Heliodoro y sus acompañantes de pronto se vieron rodeados por una luz sobrenatural. Se pudo escuchar un trueno, semejante al galopar de muchos corceles. Heliodoro pudo ver entonces un caballo resplandeciente con un jinete temible ataviado con armadura dorada. El corcel se detuvo frente a Heliodoro, levantó sus patas

delanteras y con ellas tiró al suelo a Heliodoro. Al jinete lo seguían dos figuras vigorosas que descargaron golpes con las partes planas de sus espadas sobre el caído, quien se desvaneció y parecía estar muerto.

Sus guerreros habían visto el relámpago, la luminosidad y escuchado el tronar, sin ver, empero, ni al corcel ni a las figuras resplandecientes. Después de desaparecer el ruido vieron a Heliodoro que yacía como muerto sobre el piso de lajas. Asustados y temblorosos lo levantaron y se lo llevaron. Los sacerdotes alabaron al Dios Todopoderoso. Al llegar la noticia a la ciudad, todos estallaron en júbilo. El pueblo cantaba y bailaba en las calles.

Al cabo de un tiempo, tres de los guerreros regresaron presurosos al templo, implorando al sumo sacerdote Onías:

—¡Salva la vida de nuestro capitán. Aún no ha regresado en sí. Está a punto de morir!

Onías reflexionó. Si muere, el rey pensará que lo hemos matado. Si se recupera, Heliodoro puede testimoniar la grandeza del Dios Todopoderoso.

Es así que encendió una ofrenda de plegaria, rogando por la recuperación de Heliodoro. Y lo hacía con gran humildad y veneración.

Entonces, lentamente, fue retornando el espíritu de Heliodoro. A su derecha y a su izquierda pudo ver las figuras de dos jóvenes celestiales. Uno de ellos le dijo:

—¡Debes dar las gracias al sumo sacerdote Onías! Gracias a él, el Señor te ha devuelto la vida. Divulga por doquier su poder divino.

Al cabo de esas palabras desaparecieron los dos jóvenes. Heliodoro sanó. Visitó a Onías y le

agradeció por la vida a la que fue devuelto nuevamente y le ofreció una ofrenda a Dios, el Señor. Luego retornó junto a su rey.

Una y otra vez habló del Dios Todopoderoso que había conocido en el templo de Jerusalén. El rey le preguntó si debía enviar a otra persona al tesoro del templo. Heliodoro respondió:

—Sólo a tu peor enemigo podrías exigirle eso, puesto que Dios es todopoderoso en ese lugar.

28 Heliodoro

2 M 3:1-40

3¹ Mientras la ciudad santa era habitada en completa paz y las leyes guardadas a la perfección, gracias a la piedad y al aborrecimiento de mal del sumo sacerdote Onías, ² sucedía que hasta los reyes veneraban el Lugar Santo y honraban el Templo con magníficos presentes, ³ hasta el punto de que Seleuco, rey de Asia, proveía con sus propias rentas a todos los gastos necesarios para el servicio de los sacrificios.

⁴ Pero un tal Simón, de la tribu de Bilgá, constituido administrador del Templo, tuvo diferencias con el sumo sacerdote sobre la reglamentación del mercado de la ciudad.

⁵ No pudiendo vencer a Onías, se fue donde Apolonio, hijo de Traseo, estratega por entonces de Celesiria y Fenicia, ⁶ y le comunicó que el tesoro de Jerusalén, estaba repleto de riquezas incontables, hasta el punto de ser incalculable la cantidad de dinero, sin equivalencia con los gastos de los sacrificios, y que era posible que cayeran en poder del rey.

⁷ Apolonio en conversación con el rey le habló de las riquezas de que había tenido noticia y entonces el rey designó a Heliodoro, el encargado de sus nego-

cios, y le envió con la orden de realizar la transferencia de las mencionadas riquezas.

⁸ Enseguida Heliodoro emprendía el viaje con el pretexto de inspeccionar las ciudades de Celesiria y Fenicia, pero en realidad para ejecutar el proyecto del rey.

⁹ Llegado a Jerusalén y amistosamente acogido por el sumo sacerdote y por la ciudad, expuso el hecho de la denuncia e hizo saber el motivo de su presencia; preguntó si las cosas eran realmente así.

¹⁰ Manifestó el sumo sacerdote que eran depósitos de viudas y huérfanos, ¹¹ que una parte pertenecía a Hicarno, hijo de Tobías, personaje de muy alta posición y, contra lo que había calumniado el impío Simón, que el total era de cuatrocientos talentos de plata y doscientos de oro; ¹² que de ningún modo se podía perjudicar a los que tenían puesta su confianza en la santidad del Lugar, y en la majestad inviolable de aquel Templo venerado en todo el mundo.

¹³ Pero Heliodoro, en virtud de las órdenes del rey, mantenía de forma terminante que los bienes debían pasar al tesoro real.

¹⁴ En la fecha fijada hacía su entrada para realizar el inventario de los bienes. No era pequeña la angustia en toda la ciudad: ¹⁵ los sacerdotes, postrados ante el altar con sus vestiduras sacerdotales, suplicaban al Cielo, el que había dado la ley sobre los bienes en depósito, que los guardara intactos para quienes los habían depositado.

¹⁶ El ver la figura del sumo sacerdote llegaba a partir el alma, pues su aspecto y su color demudado manifestaban la angustia de su alma. ¹⁷ Aquel hombre estaba embargado de miedo y temblor en su cuerpo, con lo que mostraba a los que le contemplaban el dolor que había en su corazón. ¹⁸ De las casas salía en tropel la gente a una rogativa pública porque

el profanador de textos

el lugar estaba a punto de caer en oprobio.¹⁹ Las mujeres, ceñidas de saco bajo el pecho, llenaban las calles; de las jóvenes, que estaban recluidas, unas corrían a las puertas, otras subían a los muros, otras se asomaban por las ventanas.

²⁰ Todas, con las manos tendidas al cielo, tomaban parte en la súplica. ²¹ Daba compasión aquella multitud confusamente postrada y el sumo sacerdote angustiado en honda ansiedad. ²² Mientras ellos invocaban al Señor Todopoderoso para que guardara intactos, en completa seguridad, los bienes en depósito para quienes los habían confiado,²³ Heliodoro llevaba a cabo lo que tenía decidido. ²⁴ Estaba ya allí mismo con su guardia junto al Tesoro, cuando el Soberano de los Espíritus y de toda Potestad, se manifestó en su grandeza, de modo que todos los que con él juntos se habían atrevido a acercarse, pasmados ante el poder de Dios, se volvieron débiles y cobardes.

²⁵ Pues se les apareció un caballo montado por un jinete terrible y guarnecido con riquísimo arnés; lanzándose con ímpetu levantó contra Heliodoro sus patas delanteras. El que lo montaba aparecía con una armadura de oro. ²⁶ Se le aparecieron además otros dos jóvenes de notable vigor, espléndida belleza y magníficos vestidos que colocándose a ambos lados, le azotaban sin cesar, moliéndolo a golpes.

²⁷ Al caer de pronto a tierra, rodeado de densa oscuridad, lo recogieron y lo pusieron en una litera; ²⁸ al mismo que poco antes, con numeroso séquito y con toda su guardia, había entrado en el mencionado Tesoro, lo llevaban ahora incapaz de valerse por sí mismo, reconociendo todos claramente la soberanía de Dios.

²⁹ Mientras él yacía mudo y privado de toda esperanza de salvación, a causa del poder divino, ³⁰ otros bendecían al Señor que había glorificado maravillosamente su propio Lugar; y el Templo, lleno poco antes de miedo y turbación, rebosaba de gozo y alegría después de la manifestación del Señor Todopoderoso.

³¹ Pronto algunos de los acompañantes de Heliodoro, instaban a Onías que invocara al Altísimo para que diese la gracia de vivir a aquel que yacía ya en su último suspiro.

³² Temiendo el sumo sacerdote que acaso el rey sospechara que los judíos hubieran perpetrado alguna fechoría contra Heliodoro, ofreció un sacrificio por la salud de aquel hombre.

³³ Mientras el sumo sacerdote ofrecía el sacrificio de expiación, se aparecieron otra vez a Heliodoro los mismos jóvenes, vestidos con la misma indumentaria y en pie le dijeron: “Da muchas gracias al sumo sacerdote Onías, pues por él te concede el Señor la gracia de vivir; ³⁴ y tú, que has sido azotado por el Cielo, haz saber a todos la grandeza del poder de Dios.” En diciendo esto, desaparecieron.

³⁵ Heliodoro, habiendo ofrecido al Señor un sacrificio y tras haber orado largamente al que le había concedido la vida, se despidió de Onías y volvió con sus tropas donde el rey.

³⁶ Ante todos daba testimonio de las obras del Dios grande que él había contemplado con sus ojos.

³⁷ Al preguntar el rey a Heliodoro a quién convalidaría enviar otra vez a Jerusalén, él respondió:

³⁸ “Si tienes algún enemigo conspirador contra el Estado, mándalo allá y te volverá molido a azotes, si es que salva su vida, porque te aseguro que rodea a aquel Lugar una fuerza divina.

³⁹ Pues el mismo que tiene en los cielos su morada, vela y protege aquel Lugar; y a los que se acercan con malas intenciones los hiere de muerte.”

⁴⁰ Así sucedieron las cosas relativas a Heliodoro y a la preservación del Tesoro.

Job

29 Job

Había una vez un hombre llamado Job, que vivía en un lugar llamado Us. No le costaba esfuerzo transitar por el buen sendero y apartarse del mal. Tuvo siete hijos varones y tres hijas. Tuvo gran fortuna: rebaños de ganado, camellos y tierras que le pertenecían. Sus hijos vivían en paz entre sí; nada le faltaba, era poseedor de una dicha terrenal perfecta. Todos los días Job le daba gracias al Señor por todas esas dádivas de la vida.

Sucedió, empero, que las huestes celestiales se presentaron ante Dios el Señor para celebrar un consejo celestial. Se aproximó entonces desde el mundo inferior, desde lo oscuro, Satanás, quien manifestó su deseo de participar. Los ángeles miraron a Dios, pero éste le permitió aproximarse. Entonces, tampoco los ángeles se opusieron.

En ese mundo de luz, Satanás conformaba una mancha oscura. El Señor se dirigió a él y dijo:

—¿De dónde vienes? ¿Qué vienes a decirme?

Satanás respondió:

—He estado recorriendo el mundo y he notado que son cada vez más los hombres que siguen a las voces de mis demonios.

Preguntó el Señor:

—¿No te has fijado en Job, mi siervo fiel? Nadie hay como él. Su vida es un cúmulo de bondad y devoción. El mal no se le aproxima. No presta oídos a tus demonios.

Satanás contestó:

—No en vano es tan fiel siervo tuyo Job, puesto que le has brindado todo lo que place al corazón de un hombre terrenal. Extiende, empero, tu mano y colócala sobre todas sus pertenencias. Haz que la desgracia caiga sobre él... ¡también Job te maldecirá! ¡Así son los humanos!

Dijo el Señor:

—Así sea. Todos los bienes terrenales pasarán a tus manos. No podrás llegar a su alma.

Satanás respondió:

—¡Así sea. Llevaré a cabo mi obra! Desgracia tras desgracia caerán sobre él hasta que su boca, finalmente, te negará.

Al cabo de esas palabras, Satanás se alejó triunfante.

Y el Señor se dispuso a celebrar el consejo dispuesto con los ángeles, acerca de los destinos de los humanos.

1 ¹ Había una vez en el país de Us un hombre llamado Job: hombre cabal, recto, que temía a Dios y se apartaba del mal.

² Le habían nacido siete hijos y tres hijas.

³ Tenía también 7.000 ovejas, 3.000 camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y una servidumbre muy numerosa. Este hombre era, pues, el más grande de todos los hijos de Oriente.

⁴ Solían sus hijos celebrar banquetes en casa de cada uno de ellos, por turno, e invitaban también a sus tres hermanas a comer y beber con ellos.

⁵ Al terminar los días de estos convites, Job les mandaba a llamar para purificarlos; luego se levantaba de madrugada y ofrecía holocaustos por cada uno de ellos. Porque se decía: “Acaso mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en su corazón.” Así hacía Job siempre.

⁶ El día que los Hijos de Dios venían a presentarse ante Yahveh, vino también entre ellos el Satán.

⁷ Yahveh dijo al Satán: “¿De dónde vienes?” El Satán respondió a Yahveh: “De recorrer la tierra y pasearme por ella.”

⁸ Y Yahveh dijo al Satán: “¿No te has fijado en mi siervo Job? ¿No hay nadie como él en la tierra; es un hombre cabal, recto, que teme a Dios y se aparta del mal!”

⁹ Respondió el Satán a Yahveh: “Es que Job teme a Dios de balde? ¹⁰ ¿No has levantado tú una valla en torno a él, a su casa y a todas sus posesiones? Has bendecido la obra de sus manos y sus rebaños hormiguan por el país. ¹¹ Pero extiende tu mano y toca todos sus bienes; ¿verás si no te maldice a la cara!” ¹² Dijo Yahveh al Satán: “Ahí tienes todos sus bienes en tus manos. Cuida sólo de no poner tu mano en él.” Y el Satán salió de la presencia de Yahveh.

30 las pruebas

Cierta vez, Job estaba sumido en oraciones. Decía:

¡Escucha, Señor, la voz de tu siervo Job!

¿Cómo hombre alguno puede considerarse justo frente a Tí, Todopoderoso?

Tú sacudes la tierra de modo que sus columnas tiemblan.

Eres tú quien ordena la salida y el ocaso del sol.

Extiendes cual tapiz el cielo que nos cubre, y mueves las masas del mar en grandes olas.

Has creado las imágenes estelares del cielo, la luz de Orión, y todas las demás luces resplandecientes.

Sobre mi cabeza siento tu luz, tu bondad, oh Todopoderoso.

Me permites caminar, por Tí protegido.

Y Tu misericordia me acompaña por doquier.

Apenas hubiese concluido su oración, un mensajero se acercó corriendo a su casa. Se presentó frente a Job diciendo:

—Oh, Señor, perdona que altere el silencio de tu recogimiento.

Job no halló tiempo para saludar al mensajero puesto que éste continuó hablando precipitadamente.

el profanador de textos

—¡Cosas terribles han acontecido en tus campos. Tus siervos se hallaban arando con el ganado vacuno mientras que tus burros estaban pastando. En eso, se aproximaron bandidos de Saba y se llevaron todos los animales luego de haber dado muerte a tus siervos utilizando para ello el filo de sus espadas. Yo tan sólo pude escaparme y te traigo estas nuevas.

Apenas el mensajero hubo terminado su relato se aproximó corriendo otro mensajero. Al recobrar su aliento dijo a Job:

—¡Perdona, oh Señor, que altere el silencio de tu hogar! Estuve junto con tus pastores, cuidando las ovejas. Cayó un tremendo rayo del cielo sobre nosotros, que quemó las ovejas y los pastores. Sólo yo pude salvarme para contártelo.

Y ya se escucharon los pasos de un tercer mensajero. Después de recobrar el aliento dijo:

—Oh, señor, perdona que altere el silencio de tu hogar. Sucedió que cuando esta mañana llevábamos, como siempre, tus camellos al aguadero, cayeron sobre nosotros los integrantes de una horda de caldeos. Y se llevaron todos los animales, matando a los pastores con sus espadas. Tan sólo yo me he salvado, para reportarte tal desgracia.

Apenas que hubo finalizado se acercó un cuarto mensajero, pesado su paso. Apenas se atrevió a abrir su boca. Tal era el pesar que lo embargaba.

—¡Oh, señor! ¿Cómo atreverme a mirar tu rostro? Tengo que darte noticia de una desgracia sin par. Tus hijos y tus hijas se habían reunido en la casa de tu hijo mayor, el primogénito. Estaban comiendo y bebiendo cuando del desierto llegó un viento huracanado. Derrumbó la casa aplastando a todos los jóvenes, tan sólo yo me he salvado para contártelo.

Después de dar sus mensajes de desdicha, los mensajeros cayeron sobre sus rodillas y cubrieron su rostro.

Embargado por el dolor, Job rasgó su vestimenta. Luego cayó sobre la tierra. Cuando al cabo de un tiempo recobró los sentidos rezó diciendo:

*¡Desnudo he venido al mundo,
desnudo he de partir de él!
¡Oh, ojos! ¡Lo que habéis contemplado
desvanecido se ha!
¡Oh, corazón! ¡Lo que has amado
muerto ha!
El Señor lo ha dado, el Señor lo ha quitado.
¡Alabado sea el nombre del Señor!*

Satanás había estado escuchando en la casa de Job, atento a que Job maldijera todo. Job, empero, se mantuvo dentro de su humildad, a pesar de la dimensión de su dolor. Y a Satanás le llegó la voz del Señor:

—¡Haz visto! A pesar de todo dolor y penuria, Job no se ha apartado de su devoción.

Satanás respondió:

—¡Todo lo que el humano posee lo da a cambio de su vida terrenal! Afecta el cuerpo de Job, a su carne, a sus huesos, mediante enfermedad y padecimiento crónico. ¡Verás que te maldecirá!

—¡Sea! —dijo el Señor— ¡Ponlo a prueba! Que esté en tus manos; no puedes, empero, quitarle la vida.

Satanás cubrió de forúnculos el cuerpo de Job, de la cabeza a los pies. Al encontrarse postrado, aquejado por el dolor, se le acercó su mujer y le dijo:

—Job, miseria tras miseria el Señor ha dejado caer sobre tí. La enfermedad martiriza tu cuerpo. ¿Aún le eres fiel? ¡Despréndete de tu Dios y muere!

Job le contestó:

—¡Tonto es lo que dices! Mucho bien hemos recibido de Dios! ¿Acaso no debemos aceptar también la prueba en la desgracia?

Su mujer se alejó entonces enojada. Y sobre Job cayó toda la miseria en su soledad. En su oscura habitación exclamó:

—¿Por qué mi madre me ha dado la vida? ¿Por qué no habré muerto en el seno de mi madre? ¿Me ha tocado la mano del destino, me ha quebrado en todo mi ser!

Durante aquella noche Job escuchó el susurro de una voz que decía:

—¡Job, aléjate de tu dios! ¡Maldice su nombre! Fue él quien te ha arrojado a tí, su siervo fiel, al polvo como si fueras una alimaña!

Job reconoció la voz de Satanás, el tentador. Y envió su voz hacia la oscuridad:

—Aunque el cielo se desplome sobre mí, y la tierra abra su abismo, se que vive un redentor, que otrora me despertará a una vida nueva.

Al terminar de pronunciar estas palabras Job sintió algo así como un bramar, un rugir, un aullar. Satanás estaba vencido y retornaba al abismo.

A partir de ese día Job fue recuperándose. Fueron a verlo sus hermanos y amigos. Le dieron palabras de aliento, le regalaron ovejas, ganado y piezas de plata.

Los años fueron pasando, tuvo nuevos hijos e hijas, y nietos. Pleno de gratitud, vivió una larga vida que dura más de cien años.

Y hasta fue ejemplo para los ángeles del cielo. Ellos decían:

—Si un hombre tan atribulado como Job pudo oponerse con tanta firmeza a Satanás, cuánto más tenemos que cobrar fuerza nosotros, los ángeles del cielo.

30 las pruebas

Job 1:13-2:10

¹³ El día en que sus hijos y sus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa del hermano mayor,¹⁴ vino un mensajero donde Job y le dijo: “Tus bueyes estaban arando y las asnas pastando cerca de ellos;¹⁵ de pronto irrumpieron los sabeos y se los llevaron, y a los criados los pasaron a cuchillo. Sólo yo pude escapar para traerte la noticia.”¹⁶ Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro que dijo: “Cayó del cielo el fuego de Dios, que quemó las ovejas y pastores hasta consumirlos. Sólo yo pude escapar para traerte la noticia.”¹⁷ Aún estaba hablando éste, cuando llegó otro que dijo: “Los caldeos, divididos en tres cuadrillas, se lanzaron sobre los camellos, se los llevaron, y a los criados los pasaron a cuchillo. Sólo yo pude escapar para traerte la noticia.”¹⁸ Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro que dijo: “Tus hijos y tus hijas estaban comiendo y bebiendo en casa del hermano mayor.¹⁹ De pronto sopló un fuerte viento del lado del desierto y sacudió las cuatro esquinas de la casa; y ésta se desplomó sobre los jóvenes, que perecieron. Sólo yo pude escapar para traerte la noticia.”²⁰ Entonces Job se levantó, rasgó su manto, se rapó la cabeza, y postrado en tierra,²¹ dijo: “Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo allá

retornaré. Yahveh dio, Yahveh quitó: ¡Sea bendito el nombre de Yahveh!”²² En todo esto no pecó Job, ni profirió la menor insensatez contra Dios.

2¹ El día en que los Hijos de Dios venían a presentarse ante Yahveh, vino también entre ellos el Satán.

² Yahveh dijo al Satán: “¿De dónde vienes?” El Satán respondió a Yahveh: “De recorrer la tierra y pasearme por ella.”

³ Y Yahveh dijo al Satán: “¿Te has fijado en mi siervo Job? ¡No hay nadie como él en la tierra: es un hombre cabal, recto, que teme a Dios y se aparta del mal! Aún persevera en su entereza, y bien sin razón me has incitado contra él para perderle.”

⁴ Respondió el Satán a Yahveh: “¡Piel por piel! ¡Todo lo que el hombre posee lo da por su vida!

⁵ Pero extiende tu mano y toca sus huesos y su carne; ¡verás si no te maldice a la cara!”

⁶ Y Yahveh dijo al Satán: “Ahí le tienes en tus manos; pero respeta su vida.”

⁷ El Satán salió de la presencia de Yahveh, e hirió a Job con una llaga maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza.

⁸ Job tomó una tejoleta para rascarse, y fue a sentarse entre la basura.

⁹ Entonces su mujer le dijo: “¿Todavía perseveras en tu entereza? ¡Maldice a Dios y muérete!”¹⁰ Pero él le dijo: “Hablas como una estúpida cualquiera. Si aceptamos de Dios el bien, ¿no aceptaremos el mal?” En todo esto no pecó Job con sus labios.

3¹ Después de esto, abrió Job la boca y maldijo su día.

² Tomó Job la palabra y dijo:

³ ¡Perezca el día en que nací, y la noche que dijo: “Un varón ha sido concebido!”

42¹⁰ Después Yahveh restauró la situación de Job, al paso que él intercedía en favor de sus amigos; y aumentó Yahveh al doble todos los bienes de Job.

¹¹ Vinieron, pues, donde él todos sus hermanos y todas sus hermanas, así como todos sus conocidos de antaño; y mientras celebraban con él un banquete en su casa, le compadecieron y le consolaron por todo el infortunio que Yahveh había traído sobre él. Y cada uno de ellos le hizo el obsequio de una moneda de plata y de un anillo de oro.

¹² Yahveh bendijo la nueva situación de Job más aún que la antigua: llegó a poseer 14.000 ovejas, 6.000 camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas.

¹³ Tuvo además siete hijos y tres hijas.

¹⁴ A la primera le puso el nombre de “Paloma,” a la segunda el de “Canela” y a la tercera el de “Cuerno de afeites.”

¹⁵ No había en todo el país mujeres tan bonitas como las hijas de Job. Y su padre les dio parte en la herencia entre sus hermanos.

¹⁶ Después de esto, vivió Job todavía 140 años, y vio a sus hijos y a los hijos de sus hijos, cuatro generaciones.

¹⁷ Después Job murió anciano y colmado de días.

Judas Macabeo

31 Judas Macabeo

El poderoso rey Antíoco Epífanes de Asiria logró conquistar a Egipto, el reino de los faraones. El pequeño país israelita se encontraba aprisionado entre los dos grandes reinos de Asiria y Egipto. En el viaje de retorno de su gran triunfo, Antíoco Epífanes pasó con su ejército a través de Palestina y llegó a Jerusalén. Saqueó el templo, robó sus tesoros e hizo arrancar el enchapado de oro de las paredes. Destruyó las paredes del santuario y mató a muchos judíos. Se escuchó un gran lamento en Jerusalén y hubo gran angustia.

Antíoco Epífanes ordenó la construcción de un fuerte asirio en Jerusalén. Desde ese lugar sus soldados dominaban a la ciudad y al pueblo con mano dura. Mucha gente huyó y se refugió en las montañas. Antíoco Epífanes impartió la orden de que el servicio a sus ídolos debía ser ejercido en todo el reino. Los capitanes de su ejército vigilaban, espada en mano, el cumplimiento de esa orden. Hubo entonces un éxodo aún mayor a las montañas, La gente se refugió en grutas y cuevas para liberarse de tales imposiciones.

En el centro de la ciudad, donde se hallaba el templo devastado. Antíoco Epífanes hizo erguir una

gran imagen del ídolo. Debía ser venerada mediante ofertorios. Obligó a los judíos a quemar todas sus sagradas escrituras y sus pergaminos. En las casas donde aún se hallaba un libro de éstos, eran matados sus habitantes.

Por aquella época vivía un sacerdote llamado Matatías. Tenía cinco hijos y vivía en una ciudad sobre el monte Modín. Matatías se lamentaba así:

—¡Ay de mí que he tenido que nacer para tener que contemplar la desgracia de mi pueblo y la destrucción de la ciudad sagrada! ¡Sujetas están mis manos, atados mis pies! ¡Mi boca está condenada al silencio, a causa del poder de los asirios! ¡Inmóvil, debo contemplar la destrucción de la ciudad sagrada!

Los vigorosos hijos de Matatías dijeron:

—Padre, pase lo que pase, nosotros nos quedaremos a tu lado, guardando lealtad al verdadero Dios de nuestro pueblo.

Al cabo de poco tiempo después, llegó un enviado del rey Antíoco Epífanes a la ciudad de Modín. Mediante sus guerreros hizo levantar un altar para un falso ídolo en el centro de la ciudad. Hizo venir al sacerdote Matatías y le dijo:

—Eres el sacerdote superior y más distinguido de esta ciudad, tienes muchos hijos y un gran prestigio. Frente a todo el pueblo reunido prenderás el fuego del ofertorio ante el dios impuesto. El rey será misericordioso contigo y te hará llegar fortuna y honores.

Con alta voz Matatías se dirigió luego al pueblo:

—Quien quiera mantenerse fiel a la unión con Dios, nuestro Señor, que me acompañe y se aleje conmigo de esta ciudad.

Matatías abandonó la ciudad, acompañado por sus hijos y muchos fieles. Matatías sabía que ya no tenía la suficiente fuerza ni suficiente vida para la larga lucha con los asirios. Dijo, por lo tanto, a sus hijos:

el profanador de textos

—¡Escúchame, Simeón! Tú eres el más sabio entre mis hijos. Tus hermanos deberán seguir tus consejos!

A Judas Macabeo le dijo:

—¡Tú eres fuerte y eres un héroe! Tú serás el comandante y defenderás a tu pueblo en contra de los salvajes paganos!

Puesto que una gran pena abatió a Matatías, le dió su bendición a sus hijos y falleció.

De todos lados se aproximaron entonces los hijos de Israel para reunirse con Judas Macabeo. Y llegaron también los de Judea. Se armaron y emprendieron la guerra contra los tiranos intrusos. Por donde quiera que pasaron derrumbaron los altares de los ídolos forasteros, a la par que luchaban valientemente contra los paganos.

Judas Macabeo manejaba su espada con la valentía de un león. Simeón impartía sus sabios consejos. Los hermanos Macabeos luchaban siempre a la cabeza; donde aparecían, el enemigo tenía que huir. La fuerza de Dios los acompañaba. Su valentía, su coraje, inspiraba gran temor a los asirios.

Al enterarse Antíoco Epífanes, el rey, de todos estos sucesos, sintió un gran enojo. Reunió un enorme ejército y lo ordenó a su capitán, Lisias:

—Marcharás contra los israelitas para aniquilar a ese pueblo insurrecto.

Y partieron hacia Palestina, elefantes entrenados para el combate, caballería y un inmenso ejército.

Al observar Judas Macabeo, desde una cima, la potencia enemiga que se estaba aproximando, dirigió su plegaria a Dios:

—Alabado seas, Señor, quien a través de la mano de David ha vencido al gigante Goliath. ¡Te rogamos que no permitas que sucumbamos en esta lucha por la causa justa!

Al cabo de esta oración inició el ataque al enemigo, desde la altura. Arrojando piedras, los israelitas lograron asustar a los elefantes y a los caballos. Se produjo una gran confusión entre los asirios de modo que muchos huyeron antes del comienzo del combate. El triunfo estuvo entonces del lado de Judas Macabeo y los israelitas.

Judas y sus hermanos dijeron:

—¡Vayamos a Jerusalén, para levantar el santuario destruido!

Y así fue. Derrumbaron la estatua del ídolo falso, limpiaron el lugar y levantaron nuevamente el templo. Se fundieron nuevos recipientes y candelabros, puesto que en el campamento de los asirios habían hecho un botín considerable de oro y plata.

A la hora de prender el fuego sagrado en el altar delante del templo, retornaron del desierto, de las cavernas y de las montañas, los israelitas que habían huido. La festividad de la alegría y del ofertorio de agradecimiento duró seis días.

Mensajeros veloces informaron al rey Antíoco Epífanes de la derrota de su ejército. El sobresalto que le produjo la noticia le cortó el hilo de su vida y murió del mismo modo que un mosquito que se aproxima al fuego.

Judas Macabeo y sus hermanos tuvieron que defenderse aún de diversos ataques de los pueblos paganos vecinos.

En Jerusalén ardía, empero, el fuego sagrado en su templo, que no se apagaba ni de día ni de noche.

31 Judas Macabeo

I Macabeos 1:16-5:16

L¹⁶ Antíoco, una vez asentado en el reino, concibió el proyecto de reinar sobre el país de Egipto para ser rey de ambos reinos.

¹⁷ Con un fuerte ejército, con carros, elefantes, (jinetes) y numerosa flota, entró en Egipto ¹⁸ y trabó batalla con el rey de Egipto, Tolomeo. Tolomeo rehuyó su presencia y huyó; muchos cayeron heridos.

¹⁹ Ocuparon las ciudades fuertes de Egipto y Antíoco se alzó con los despojos del país.

²⁰ El año 143, después de vencer a Egipto, emprendió el camino de regreso. Subió contra Israel y llegó a Jerusalén con un fuerte ejército.

²¹ Entró con insolencia en el santuario y se llevó el altar de oro, el candelabro de la luz con todos sus accesorios, ²² la mesa de la proposición, los vasos de las libaciones, las copas, los incensarios de oro, la cortina, las coronas, y arrancó todo el decorado de oro que recubría la fachada del Templo.

²³ Se apropió también de la plata, oro, objetos de valor y de cuantos tesoros ocultos pudo encontrar.

²⁴ Tomándolo todo, partió para su tierra después de derramar mucha sangre y de hablar con gran insolencia.

²⁵ En todo el país hubo gran duelo por Israel.

el profanador de textos

²⁶ Jefes y ancianos gimieron, languidecieron doncellas y jóvenes, la belleza de las mujeres se marchitó.

²⁷ El recién casado entonó un canto de dolor, sentada en el lecho nupcial, la esposa lloraba.

²⁸ Se estremeció la tierra por sus habitantes, y toda la casa de Jacob se cubrió de vergüenza.

²⁹ Dos años después, envió el rey a las ciudades de Judá al Misarca, que se presentó en Jerusalén con un fuerte ejército.

³⁰ Habló dolosamente palabras de paz y cuando se hubo ganado la confianza, cayó de repente sobre la ciudad y le asestó un duro golpe matando a muchos del pueblo de Israel.

³¹ Saqueó la ciudad, la incendió y arrasó sus casas y la muralla que la rodeaba.

³² Sus hombres hicieron cautivos a mujeres y niños y se adueñaron del ganado.

³³ Después reconstruyeron la Ciudad de David con una muralla grande y fuerte, con torres poderosas, y la hicieron su Ciudadela.

³⁴ Establecieron allí una raza pecadora de rebeldes, que en ella se hicieron fuertes.

³⁵ La proveyeron de armas y vituallas y depositaron en ella el botín que habían reunido del saqueo de Jerusalén. Fue un peligroso lazo.

³⁶ Se convirtió en asechanza contra el santuario, en adversario maléfico para Israel en todo tiempo.

³⁷ Derramaron sangre inocente en torno al santuario y lo profanaron.

³⁸ Por ellos los habitantes de Jerusalén huyeron; vino a ser ella habitación de extraños, extraña para los que en ella nacieron, pues sus hijos la abandonaron.

³⁹ Quedó su santuario desolado como un desierto, sus fiestas convertidas en duelo, sus sábados en irrisión, su honor en desprecio.

⁴⁰ A medida de su gloria creció su deshonor, su grandeza se volvió aflicción.

⁴¹ El rey publicó un edicto en todo su reino ordenando que todos formaran un único pueblo ⁴² y abandonara cada uno sus peculiares costumbres. Los gentiles acataron todos el edicto real ⁴³ y muchos israelitas aceptaron su culto, sacrificaron a los ídolos y profanaron el sábado.

⁴⁴ También a Jerusalén y a la ciudades de Judá hizo el rey llegar, por medio de mensajeros, el edicto que ordenaba seguir costumbres extrañas al país.

⁴⁵ Debían suprimir en el santuario holocaustos, sacrificios y libaciones; profanar sábados y fiestas; ⁴⁶ mancillar el santuario y lo santo; ⁴⁷ levantar altares, recintos sagrados y templos idolátricos; sacrificar puercos y animales impuros; ⁴⁸ dejar a sus hijos incircuncisos; volver abominables sus almas con toda clase de impurezas y profanaciones, ⁴⁹ de modo que olvidasen la Ley y cambiasen todas sus costumbres.

⁵⁰ El que no obrara conforme a la orden del rey, moriría.

⁵¹ En el mismo tono escribió a todo su reino, nombró inspectores para todo el pueblo, y ordenó a las ciudades de Judá que en cada una de ellas se ofrecieran sacrificios.

⁵² Muchos del pueblo, todos los que abandonaban la Ley, se unieron a ellos. Causaron males al país ⁵³ y obligaron a Israel a ocultarse en toda suerte de refugios.

⁵⁴ El día quince del mes de Kisléu del año 145 levantó el rey sobre el altar de los holocaustos la Abominación de la desolación. También construyeron altares en las ciudades de alrededor de Judá.

⁵⁵ A las puertas de las casas y en las plazas quemaban incienso.

⁵⁶ Rompían y echaban al fuego los libros de la Ley que podían hallar.

⁵⁷ Al que encontraban con un ejemplar de la Alianza en su poder, o bien descubrían que observaba los preceptos de la Ley, la decisión del rey le condenaba a muerte.

⁵⁸ Actuaban violentamente contra los israelitas que sorprendían un mes y otro en las ciudades; ⁵⁹ el día veinticinco de cada mes ofrecían sacrificios en el ara que se alzaba sobre el altar de los holocaustos.

⁶⁰ A las mujeres que hacían circuncidar a sus hijos las llevaban a la muerte, conforme al edicto, ⁶¹ con sus criaturas colgadas al cuello. La misma suerte corrían sus familiares y los que habían efectuado la circuncisión.

⁶² Muchos en Israel se mantuvieron firmes y se resistieron a comer cosa impura.

⁶³ Prefirieron morir antes que contaminarse con aquella comida y profanar la alianza santa; y murieron.

⁶⁴ Inmensa fue la Cólera que descargó sobre Israel.

2¹ Por aquel tiempo, Matatías, hijo de Juan, hijo de Simeón, sacerdote del linaje de Yehoyarib, dejó Jerusalén y fue a establecerse en Modín.

² Tenía cinco hijos: Juan, por sobrenombre Gaddí; ³ Simón, llamado Tasí; ⁴ Judas, llamado Macabeo; ⁵ Eleazar, llamado Avarán; y Jonatán, llamado Affús.

⁶ Al ver las impiedades que en Judá y en Jerusalén se cometían, ⁷ exclamó: “¡Ay de mí! ¿He nacido para ver la ruina de mi pueblo y la ruina de la ciudad santa, y para estarme allí cuando es entregada en manos de enemigos y su santuario en poder de extraños?”

⁸ Ha quedado su Templo como hombre sin honor, ⁹ los objetos que eran su gloria, llevados como botín, muertos en las plazas sus niños, y sus jóvenes por espada enemiga.

el profanador de textos

¹⁰ ¿Qué pueblo no ha venido a heredar su reino ¹¹ y a entrar en posesión de sus despojos? Todos sus adornos le han sido arrancados y de libre que era, ha pasado a ser esclava.

¹² Mirad nuestro santuario, nuestra hermosura y nuestra gloria, convertido en desierto, miradlo profanado de los gentiles.

¹³ ¿Para qué vivir más?”

¹⁴ Matatías y sus hijos rasgaron sus vestidos, se vistieron de sayal y se entregaron a un profundo dolor.

¹⁵ Los enviados del rey, encargados de imponer la apostasía, llegaron a la ciudad de Modín para los sacrificios.

¹⁶ Muchos israelitas acudieron donde ellos. También Matatías y sus hijos fueron convocados.

¹⁷ Tomando entonces la palabra los enviados del rey, se dirigieron a Matatías y le dijeron: “Tú eres jefe ilustre y poderoso en esta ciudad y estás bien apoyado de hijos y hermanos.

¹⁸ Acércate, pues, el primero y cumple la orden del rey, como la han cumplido todas las naciones, los notables de Judá y los que han quedado en Jerusalén. Entonces tú y tus hijos seréis contados entre los amigos del rey, y os veréis honrados, tú y tus hijos, con plata, oro y muchas dádivas.”

¹⁹ Matatías contestó con fuerte voz: “Aunque todas las naciones que forman el imperio del rey le obedezcan hasta abandonar cada uno el culto de sus padres y acaten sus órdenes, ²⁰ yo, mis hijos y mis hermanos nos mantendremos en la alianza de nuestros padres.

²¹ El Cielo nos guarde de abandonar la Ley y los preceptos.

²² No obedeceremos las órdenes del rey para desviarnos de nuestro culto ni a la derecha ni a la izquierda.”

²³ Apenas había concluido de pronunciar estas palabras, cuando un judío se adelantó, a la vista de todos, para sacrificar en el altar de Modín, conforme al decreto real.

²⁴ Al verle Matatías, se inflamó en celo y se estremecieron sus entrañas. Encendido en justa cólera, corrió y le degolló sobre el altar.

²⁵ Al punto mató también al enviado del rey que obligaba a sacrificar y destruyó el altar.

²⁶ Emuló en su celo por la Ley la gesta de Pinjás contra Zimrí, el hijo de Salú.

²⁷ Luego, con fuerte voz, gritó Matatías por la ciudad: “Todo aquel que sienta celo por la Ley y mantenga la alianza, que me siga.”

²⁸ Y dejando en la ciudad cuanto poseían, huyeron él y sus hijos a las montañas.

⁴⁵ Matatías y sus amigos hicieron correrías destruyendo altares, ⁴⁶ obligando a circuncidar cuantos niños incircuncisos hallaron en el territorio de Israel ⁴⁷ y persiguiendo a los insolentes. La empresa prosperó en sus manos: ⁴⁸ arrancaron la Ley de mano de gentiles y reyes, y no consintieron que el pecador se impusiera.

⁴⁹ Los días de Matatías se acercaban a su fin. Dijo entonces a sus hijos: “Ahora reina la insolencia y la reprobación, es tiempo de ruina y de violenta Cólera.

⁵⁰ Ahora, hijos, mostrad vuestro celo por la Ley; dad vuestra vida por la alianza de nuestros padres.

⁵¹ Recordad las gestas que en su tiempo nuestros padres realizaron; alcanzaréis inmensa gloria, inmortal nombre.

⁶⁴ Hijos, sed fuertes y manteneos firmes en la Ley, que en ella hallaréis gloria.

⁶⁵ Ahí tenéis a Simeón, vuestro hermano. Sé que es hombre sensato; escuchadle siempre: él será vuestro padre.

⁶⁶ Tenéis a Judas Macabeo, valiente desde su mocedad: él será jefe de vuestro ejército y dirigirá la guerra contra los pueblos.

⁶⁷ Vosotros, atraeos a cuantos observan la Ley, vengad a vuestro pueblo, ⁶⁸ devolved a los gentiles el mal que os han hecho y observad los preceptos de la Ley.”

⁶⁹ A continuación, les bendijo y fue a reunirse con sus padres.

⁷⁰ Murió el año 146 y fue sepultado en Modín, en el sepulcro de sus padres. Todo Israel hizo gran duelo por él.

3 ¹ Se levantó en su lugar su hijo Judas, llamado Macabeo.

² Todos sus hermanos y los que habían seguido a su padre le ofrecieron apoyo y sostuvieron con entusiasmo la guerra de Israel.

³ El dilató la gloria de su pueblo; como gigante revistió la coraza y se ciñó sus armas de guerra. Empeñó batallas, protegiendo al ejército con su espada, ⁴ semejante al león en sus hazañas, como cachorro que ruge sobre su presa.

⁵ Persiguió a los impíos hasta sus rincones, dio a las llamas a los perturbadores de su pueblo.

⁶ Por el miedo que les infundía, se apocaron los impíos, se sobresaltaron todos los que obraban la iniquidad; la liberación en su mano alcanzó feliz éxito.

⁷ Amargó a muchos reyes, regocijó a Jacob con sus hazañas; su recuerdo será eternamente bendecido.

⁸ Recorrió las ciudades de Judá, exterminó de ellas a los impíos y apartó de Israel la Cólera.

⁹ Su nombre llegó a los confines de la tierra y reunió a los que estaban perdidos.

²⁷ El rey Antíoco, al oír esto, se encendió en violenta ira; mandó juntar las fuerzas todas de su reino,

el profanador de textos

un ejército poderosísimo; ²⁸ abrió su tesoro y dio a las tropas la soldada de un año con la orden de que estuviesen preparadas a todo evento.

²⁹ Entonces advirtió que se le había acabado el dinero del tesoro y que los tributos de la región eran escasos, debido a las revueltas y calamidades que él había provocado en el país al suprimir las leyes en vigor desde los primeros tiempos.

³⁰ Temió no tener, como otras veces, para los gastos y para los donativos que solía antes prodigar con larga mano, superando en ello a los reyes que le precedieron.

³¹ Hallándose, pues, en tan grave aprieto, resolvió ir a Persia a recoger los tributos de aquellas provincias y reunir mucho dinero.

³² Dejó a Lisias, personaje de la nobleza y de la familia real, al frente de los negocios del rey desde el río Éufrates hasta la frontera de Egipto;

³³ le confió la tutela de su hijo Antíoco hasta su vuelta; ³⁴ puso a su disposición la mitad de sus tropas y los elefantes, y le dio orden de ejecutar cuanto había resuelto. En lo que tocaba a los habitantes de Judea y Jerusalén, ³⁵ debía enviar contra ellos un ejército que quebrantara y deshiciera las fuerzas de Israel y lo que quedaba de Jerusalén hasta borrar su recuerdo del lugar.

³⁶ Luego establecería extranjeros en todo su territorio y repartiría entre ellos sus tierras.

³⁷ El rey, tomando consigo la otra mitad del ejército, partió de Antioquía, capital de su reino, el año 147. Atravesó el río Éufrates y prosiguió su marcha a través de la región alta.

³⁸ Lisias eligió a Tolomeo, hijo de Dorimeno, a Nicanor y a Gorgias, hombres poderosos entre los amigos del rey, ³⁹ y les envió con 40.000 infantes y 7.000 de a caballo a invadir el país de Judá y arrasarlo, como lo había mandado el rey.

⁴⁰ Partieron con todo su ejército, llegaron y acamparon cerca de Emaús, en la Tierra Baja.

⁴¹ Los mercaderes de la región, que oyeron hablar de ellos, tomaron grandes sumas de plata y oro, además de grilletes, y se fueron al campamento con intención de adquirir como esclavos a los hijos de Israel. Se les unió también una fuerza de Idumea y del país de los filisteos.

⁴² Judas y sus hermanos comprendieron que la situación era grave: el ejército estaba acampado dentro de su territorio y conocían la consigna del rey de destruir el pueblo y acabar con él.

⁴³ Y se dijeron unos a otros: “Levantemos a nuestro pueblo de la ruina y luchemos por nuestro pueblo y por el Lugar Santo.”

⁴⁴ Se convocó la asamblea para prepararse a la guerra, hacer oración y pedir piedad y misericordia.

⁴⁵ Pero Jerusalén estaba despoblada como un desierto, ninguno de sus hijos entraba ni salía; conculcado el santuario, hijos de extraños en la Ciudadela, convertida en albergue de gentiles. Había desaparecido la alegría de Jacob, la flauta y la lira habían enmudecido.

⁴⁶ Por eso, una vez reunidos, se fueron a Masfá, frente a Jerusalén, porque tiempos atrás había habido en Masfá un lugar de oración para Israel.

⁴⁷ Ayunaron aquel día, se vistieron de sayal, esparcieron ceniza sobre la cabeza y rasgaron sus vestidos.

⁴⁸ Desenrollaron el libro de la Ley para buscar en él lo que los gentiles consultan a las imágenes de sus ídolos.

⁴⁹ Trajeron los ornamentos sacerdotales, las primicias y los diezmos, e hicieron comparecer a los nazireos que habían cumplido el tiempo de su voto.

⁵⁰ Levantaron sus clamores al Cielo diciendo: “¿Qué haremos con éstos? ¿A dónde los llevaremos?”

⁵¹ Tu Lugar Santo está conculcado <y profanado, tus sacerdotes en duelo y humillación, ⁵² y ahí están los gentiles coligados contra nosotros para exterminarnos. Tú conoces lo que traman contra nosotros.

⁵³ ¿Cómo podremos resistir frente a ellos si no acudes en nuestro auxilio?”

⁵⁴ Hicieron sonar las trompetas y prorrumpieron en grandes gritos.

⁵⁵ A continuación, Judas nombró jefes del pueblo: jefes de mil hombres, de cien, de cincuenta y de diez.

⁵⁶ A los que estaban construyendo casas, a los que acababan de casarse o de plantar viñas y a los cobardes, les mandó, conforme a la Ley, que se volvieran a sus casas.

⁵⁷ Luego, se puso en marcha el ejército y acamparon al sur de Emaús.

⁵⁸ Judas les dijo: “Preparaos, revestíos de valor y estad dispuestos mañana temprano para entrar en batalla con estos gentiles que se han coligado contra nosotros para destruirnos y destruir nuestro Lugar Santo.

⁵⁹ Porque es mejor morir combatiendo que estarnos mirando las desdichas de nuestra nación y del Lugar Santo.

⁶⁰ Lo que el Cielo tenga dispuesto, lo cumplirá.”

4¹ Gorgias, tomando 5.000 hombres y mil jinetes escogidos, partió con ellos de noche ² para caer sobre el campamento de los judíos y vencerles por sorpresa. La gente de la Ciudadela los guiaba.

³ Pero lo supo Judas y salió él a su vez con sus guerreros con intención de batir al ejército real

el profanador de textos

que quedaba en Emaús ⁴ mientras estaban todavía dispersas las tropas fuera del campamento.

⁵ Gorgias llegó de noche al campamento de Judas y al no encontrar a nadie, los estuvo buscando por las montañas, pues decía: “Estos van huyendo de nosotros.”

⁶ Al rayar el día, apareció Judas en la llanura con 3.000 hombres. Sólo que no tenían las armas defensivas y las espadas que hubiesen querido, ⁷ mientras veían el campamento de los gentiles fuerte, bien atrincherado, rodeado de la caballería y todos diestros en la guerra.

⁸ Judas entonces dijo a los que con él iban: “No temáis a esa muchedumbre ni su pujanza os acobarde.

⁹ Recordad cómo se salvaron nuestros padres en el mar Rojo, cuando Faraón les perseguía con su ejército.

¹⁰ Clamemos ahora al Cielo, a ver si nos tiene piedad, recuerda la alianza de nuestros padres y quebranta hoy este ejército ante nosotros.

¹¹ Entonces reconocerán todas las naciones que hay quien rescata y salva a Israel.”

¹² Los extranjeros alzaron los ojos y, viendo a los judíos que venían contra ellos, ¹³ salieron del campamento a presentar batalla. Los soldados de Judas hicieron sonar la trompeta ¹⁴ y entraron en combate. Salieron derrotados los gentiles y huyeron hacia la llanura.

¹⁵ Los rezagados cayeron todos a filo de espada. Los persiguieron hasta Gázara y hasta las llanuras de Idumea, Azoto y Yamnia. Cayeron de ellos al pie de 3.000 hombres.

¹⁶ Judas, al volver con su ejército de la persecución, ¹⁷ dijo a su gente: “Contened vuestros deseos de botín, que otra batalla nos amenaza; ¹⁸ Gorgias

y su ejército se encuentran cerca de nosotros en la montaña. Haced frente ahora a nuestros enemigos y combatid con ellos; después podréis con tranquilidad haceros con el botín.”

¹⁹ Apenas había acabado Judas de hablar, cuando se dejó ver un destacamento que asomaba por la montaña.

²⁰ Advirtieron éstos que los suyos habían huido y que el campamento había sido incendiado, como se lo daba a entender el humo que divisaban.

²¹ Viéndolo se llenaron de pavor y al ver por otro lado en la llanura el ejército de Judas dispuesto para el combate, ²² huyeron todos al país de los filisteos.

²³ Judas se volvió entonces al campamento para saquearlo. Recogieron mucho oro y plata, telas teñidas en púrpura marina, y muchas otras riquezas.

²⁴ De regreso cantaban y bendecían al Cielo: “Porque es bueno, porque es eterno su amor.”

²⁵ Hubo aquel día gran liberación en Israel.

²⁶ Los extranjeros que habían podido escapar se fueron donde Lisias y le comunicaron todo lo que había pasado. ²⁷ Al oírles quedó consternado y abatido porque a Israel no le había sucedido lo que él quería ni las cosas habían salido como el rey se lo tenía ordenado.

5 ¹ Cuando los pueblos circunvecinos supieron que había sido reconstruido el altar y restaurado como antes el santuario, se irritaron sobremanera.

² Decidieron acabar con los descendientes de Jacob que entre ellos vivían y comenzaron a matar y exterminar gente del pueblo.

³ Judas movió la guerra a los hijos de Esaú en Idumea, al país de Acrabatena, porque tenían asediados a los israelitas. Les infligió fuerte derrota, les rechazó y se alzó con sus despojos.

32 la alianza con Roma

Por mercaderes romanos, Judas Macabeo se enteró de que allá lejos, cruzando el mar, Roma se había constituido en el imperio más poderoso de la Tierra. Poderosos los ejércitos romanos en tierra y sus naves en los mares. Muchos reinos mayores y menores fueron conquistados por los romanos, que luego quedaron bajo su protección. No ordenaban a ningún pueblo qué dios adorar. El emperador romano permite a todos los pueblos el libre ejercicio de su fe y los protege contra ataques enemigos.

Judas Macabeo pensó entonces que, para los israelitas, Roma sería la mejor de las protecciones contra los asirios.

Eligió dos de sus amigos, capaces para llevar adelante tal empresa: Eupólemo y Jasón, y los envió como embajadores a Roma. Debían establecer una alianza amistosa con los romanos.

A los romanos les fue grato el hecho de que alguien les pidiera su protección. Hicieron grabar la alianza sobre una placa de metal. Enviaron un representante a Jerusalén, junto con sus siervos y custodios, para confirmar la amistad.

En una guerra, Roma ya había aplacado a los asirios.

De allí en más, los israelitas pudieron vivir en paz durante mucho tiempo, puesto que se hallaban bajo la protección romana. Fue así que el romano Poncio Pilatos representaba al Imperio Romano en Jerusalén en la época en la cual apareció el Mesías, Jesucristo.

Judas Macabeo y sus hermanos permanecieron en el recuerdo grato de todo el pueblo. Han salvado a Israel de los poderosos asirios y del ocaso total. Han traído la paz, después de muchas luchas, preparando el camino para la llegada del Mesías.

32 la alianza con Roma

Macabeos 8:1-32

8¹ La fama de los romanos llegó a oídos de Judas. Decían que eran poderosos, se mostraban benévulos con todos los que se les unían, establecían amistad con cuantos acudían a ellos ²(y eran poderosos). Le contaron sus guerras y las proezas que habían realizado entre los galos, cómo les habían dominado y sometido a tributo; ³ todo cuanto habían hecho en la región de España para hacerse con las minas de plata y oro de allí, ⁴ cómo se habían hecho dueños de todo el país gracias a su prudencia y perseverancia (a pesar de hallarse aquel país a larga distancia del suyo); a los reyes venidos contra ellos desde los confines de la tierra, los habían derrotado e inferido fuerte descalabro, y los demás les pagaban tributo cada año; ⁵ habían vencido en la guerra a Filipo, a Perseo, rey de los Kittim, y a cuantos se habían alzado contra ellos, y los habían sometido; ⁶ Antíoco el Grande, rey de Asia, había ido a hacerles la guerra con 120 elefantes, caballería, carros y tropas muy numerosas, y fue derrotado, ⁷ le apresaron vivo y le obligaron, a él y a sus sucesores en el trono, a pagarles un gran tributo, a entregar rehenes y a ceder ⁸ algunas de sus mejores provincias:

el profanador de textos

la provincia Índica, Media y Lidia, que le quitaron para dárselas al rey Eumeno; ⁹ los de Grecia habían concebido el proyecto de ir a exterminarlos, ¹⁰ y en sabiéndolo los romanos, enviaron contra ellos a un solo general, les hicieron la guerra, mataron a muchos de ellos, llevaron cautivos a sus mujeres y niños, saquearon sus bienes, subyugaron el país, arrasaron sus fortalezas y les sometieron a servidumbre hasta el día de hoy; ¹¹ a los demás reinos y a las islas, a cuantos en alguna ocasión les hicieron frente, los destruyeron y redujeron a servidumbre.

¹² En cambio, a sus amigos y a los que en ellos buscaron apoyo, les mantuvieron su amistad. Tienen bajo su dominio a los reyes vecinos y a los lejanos y todos cuantos oyen su nombre les temen.

¹³ Aquellos a quienes quieren ayudar a conseguir el trono, reinan; y deponen a los que ellos quieren. Han alcanzado gran altura.

¹⁴ No obstante, ninguno de ellos se ciñe la diadema ni se viste de púrpura para engreírse con ella.

¹⁵ Se han creado un Consejo, donde cada día 320 consejeros deliberan constantemente en favor del pueblo para mantenerlo en buen orden.

¹⁶ Confían cada año a uno solo el mando sobre ellos y el dominio de toda su tierra. Todos obedecen a este solo hombre sin que haya entre ellos envidias ni celos.

¹⁷ Judas eligió a Eupólemo, hijo de Juan, y de Haqcós, y a Jasón, hijo de Eleazar, y los envió a Roma a concertar amistad y alianza, ¹⁸ para sacudirse el yugo de encima, porque veían que el reino de los griegos tenía a Israel sometido a servidumbre.

¹⁹ Partieron, pues, para Roma y luego de un larguísimo viaje, entraron en el Consejo, donde tomando la palabra, dijeron:

²⁰ Judas, llamado Macabeo, sus hermanos y el pueblo judío nos han enviado donde vosotros para concertar con vosotros alianza y paz y para que nos inscribáis en el número de vuestros aliados y amigos.”

²¹ La propuesta les pareció bien.

²² Esta es la copia de la carta que enviaron a Jerusalén, grabada en planchas de bronce, para que fuesen allí para ellos documento de paz y alianza:

²³ “Felicidad a los romanos y a la nación de los judíos por mar y tierra para siempre. Lejos de ellos la espada y el enemigo.

²⁴ Pero, si le sobreviene una guerra primero a Roma o a cualquiera de sus aliados en cualquier parte de sus dominios, ²⁵ la nación de los judíos luchará a su lado, según las circunstancias se lo dicten, de todo corazón.

²⁶ No darán a los enemigos ni les suministrarán trigo, armas, dinero ni naves. Así lo ha decidido Roma. Guardarán sus compromisos sin recibir compensación alguna.

²⁷ De la misma manera, si sobreviene una guerra primero a la nación de los judíos, los romanos lucharán a su lado, según las circunstancias se lo dicten, con toda el alma.

²⁸ No darán a los combatientes trigo, armas, dinero ni naves. Así lo ha decidido Roma. Guardarán sus compromisos sin dolo.

²⁹ En estos términos se han concertado los romanos con el pueblo de los judíos.

³⁰ Si posteriormente unos y otros deciden añadir o quitar algo, lo podrán hacer a su agrado, y lo que añadan o quiten será valedero.

³¹ “En cuanto a los males que el rey Demetrio les ha causado, le hemos escrito diciéndole: “¿Por qué

has hecho sentir pesadamente tu yugo sobre nuestros amigos y aliados los judíos?

³² Si otra vez vuelven a quejarse de ti, nosotros les haremos justicia y te haremos la guerra por mar y tierra.””

Juan el Bautista

33 Juan el Bautista

En la época de Herodes, rey judío, vivía un sacerdote llamado Zacarías. Isabel, su esposa, tenía una gran pena, había llegado a la vejez sin haber tenido un hijo. Entonces sucedió algo extraño.

Según la usanza sacerdotal, su marido Zacarías fue elegido por sorteo a preparar el ofertorio de incienso del templo. Afuera estaba aguardando la multitud del pueblo sumido en oración, a que impartiese la bendición.

Al iniciar Zacarías el servicio del ofertorio en el interior del templo, apareció un resplandor luminoso junto al altar. Y un ángel elevó su voz:

—¡Zacarías, vuestra oración ha sido escuchada! Tu mujer dará a luz un hijo. Y su nombre será Juan. En él vivirá el Espíritu Santo y la fuerza del profeta Elías. Y será Juan quien preparará el camino al Señor, para bendición de todos los hombres. ¡Alegraos pues!

Zacarías estaba conmovido en lo más profundo de su alma; preguntó empero:

—¿Cómo puede suceder esto? Soy viejo y también mi mujer es avanzada en edad.

El ángel respondió:

—¡Soy Gabriel, enviado de Dios, a traerte este mensaje! Y estarás mudo hasta el día del nacimiento

de tu hijo, para que ya no dudes de los magníficos caminos de Dios.

El ángel desapareció. Afuera, el pueblo estaba aguardando la bendición al cabo del ofertorio. Al salir finalmente del templo había perdido la facultad del habla. Sin pronunciar palabra y a través de los gestos de sus manos le impartió la bendición al pueblo. Hombres y mujeres se preguntaron asombrados:

—¿Qué fue lo que ha vivenciado Zacarías en el templo para perder la voz? ¿Tuvo una visión?

Al no recobrar el habla al cabo de varios días, este suceso fue comentado por toda la gente a los largo de todo el país.

33 Juan el Bautista

Lucas 1:1-25

1 ¹ Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, ² tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, ³ he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo, ⁴ para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido.

⁵ Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote, llamado Zacarías, del grupo de Abías, casado con una mujer descendiente de Aarón, que se llamaba Isabel; ⁶ los dos eran justos ante Dios, y caminaban sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor.

⁷ No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos de avanzada edad.

⁸ Sucedió que, mientras oficiaba delante de Dios, en el turno de su grupo, ⁹ le tocó en suerte, según el uso del servicio sacerdotal, entrar en el Santuario del Señor para quemar el incienso.

¹⁰ Toda la multitud del pueblo estaba fuera en oración, a la hora del incienso.

¹¹ Se le apareció el Ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso.

¹² Al verle Zacarías, se turbó, y el temor se apoderó de él.

¹³ El ángel le dijo: “No temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan; ¹⁴ será para ti gozo y alegría, y muchos se gozarán en su nacimiento, ¹⁵ porque será grande ante el Señor; no beberá vino ni licor; estará lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, ¹⁶ y a muchos de los hijos de Israel, les convertirá al Señor su Dios, ¹⁷ e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y a los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.”

¹⁸ Zacarías dijo al ángel: “¿En qué lo conoceré? Porque yo soy viejo y mi mujer avanzada en edad.”

¹⁹ El ángel le respondió: “Yo soy Gabriel, el que está delante de Dios, y he sido enviado para hablar-te y anunciarte esta buena nueva. ²⁰ Mira, te vas a quedar mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no diste crédito a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo.”

²¹ El pueblo estaba esperando a Zacarías y se extrañaban de su demora en el Santuario. ²² Cuando salió, no podía hablarles, y comprendieron que había tenido una visión en el Santuario; les hablaba por señas, y permaneció mudo.

²³ Y sucedió que cuando se cumplieron los días de su servicio, se fue a su casa.

²⁴ Días después, concibió su mujer Isabel; y se mantuvo oculta durante cinco meses ²⁵ diciendo: “Esto es lo que ha hecho por mí el Señor en los días en que se dignó quitar mi oprobio entre los hombres.”

34 un encuentro trascendente y singular

Al encontrarse Isabel en el sexto mes de gestación de su hijo Juan, el ángel Gabriel se apareció también a María en Nazaret. Le anunció un nacimiento sublime. Al cabo de poco tiempo de suceder esto, una voz interior le dijo:

—¡Vete a ver a Isabel y Zacarías! Permanece allí hasta el nacimiento de su hijo.

Por lo tanto, María se encaminó hacia la región montañosa de Judea, hacia la ciudad donde ambos vivían. Entró a su casa, saludó a Isabel a viva voz y la abrazó. Entonces, el niño en el vientre de Isabel dió un brinco de alegría. Ella misma, empero, estuvo embargada por el Espíritu Santo, pronunciando las siguientes palabras:

—¡Bendita seas, también tú, María, y el niño que traerás al mundo! Al llegar a mis oídos el sonido de tu saludo, el niño en mi vientre dió un brinco de alegría.

María permaneció al lado de Isabel durante aproximadamente tres meses. La calidez del amor y la dulce espera la acompañaban. A menudo se decían:

—¿Qué será aquello que nuestros hijos traerán al mundo? Ambos fueron enviados a la Tierra bajo el signo de Gabriel.

Pasados los tres meses, María regresó a su casa e Isabel dió a luz a Juan. Medio año más tarde, María trajo al mundo a su hijo en Belén, quien más tarde sería el Mesías.

34 un encuentro trascendente y singular

Lucas 1:26-2:21

²⁶ Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret,²⁷ a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

²⁸ Y entrando, le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.”

²⁹ Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo.

³⁰ El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios;³¹ vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. ³² El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre;³³ reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.”

³⁴ María respondió al ángel: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?”

³⁵ El ángel le respondió: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios.

³⁶ Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de

aquella que llamaban estéril,³⁷ porque ninguna cosa es imposible para Dios.”

³⁸ Dijo María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.” Y el ángel dejándola se fue.

³⁹ En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá;⁴⁰ entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

⁴¹ Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; ⁴² y exclamando con gran voz, dijo: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno;⁴³ y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?”

⁴⁴ Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno.

⁴⁵ ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”⁴⁶ Y dijo María:

“Engrandece mi alma al Señor⁴⁷ y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador

⁴⁸ porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava,

por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada,

⁴⁹ porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre

⁵⁰ y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen.

⁵¹ Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón.

⁵² Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes.

⁵³ A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada.

el profanador de textos

⁵⁴ *Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia*

⁵⁵ *—como había anunciado a nuestros padres — en favor de Abraham y de su linaje por los siglos.*”

⁵⁶ María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a su casa.

⁵⁷ Se le cumplió a Isabel el tiempo de dar a luz, y tuvo un hijo.

⁵⁸ Oyeron sus vecinos y parientes que el Señor le había hecho gran misericordia, y se congratulaban con ella.

⁵⁹ Y sucedió que al octavo día fueron a circuncidar al niño, y querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías,⁶⁰ pero su madre, tomando la palabra, dijo: “No; se ha de llamar Juan.”

⁶¹ Le decían: “No hay nadie en tu parentela que tenga ese nombre.”⁶² Y preguntaban por señas a su padre cómo quería que se le llamase. ⁶³ El pidió una tablilla y escribió: “Juan es su nombre.” Y todos quedaron admirados.

⁶⁴ Y al punto se abrió su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios.

⁶⁵ Invadió el temor a todos sus vecinos, y en toda la montaña de Judea se comentaban todas estas cosas;⁶⁶ todos los que las oían las grababan en su corazón, diciendo: “Pues ¿qué será este niño?” Porque, en efecto, la mano del Señor estaba con él.

⁶⁷ Zacarías, su padre, quedó lleno de Espíritu Santo, y profetizó diciendo:

⁶⁸ *“Bendito el Señor Dios de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo.*

⁶⁹ *y nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David, su siervo,*

⁷⁰ *como había prometido desde tiempos antiguos, por boca de sus santos profetas,*

⁷¹ *que nos salvaría de nuestros enemigos y de las manos de todos los que nos odiaban*

⁷² *haciendo misericordia a nuestros padres y recordando su santa alianza*

⁷³ *y el juramento que juró a Abraham nuestro padre, de concedernos*

⁷⁴ *que, libres de manos enemigas, podamos servirle sin temor*

⁷⁵ *en santidad y justicia delante de él todos nuestros días.*

⁷⁶ *Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor para preparar sus caminos*

⁷⁷ *y dar a su pueblo conocimiento de salvación por el perdón de sus pecados,*

⁷⁸ *por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de la altura,*

⁷⁹ *a fin de iluminar a los que habitan en tinieblas y sombras de muerte y guiar nuestros pasos por el camino de la paz.*”

⁸⁰ El niño crecía y su espíritu se fortalecía; vivió en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.

2¹ Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo.

² Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino.

³ Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad.

⁴ Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama

Belén, por ser él de la casa y familia de David, ⁵ para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta.

⁶ Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, ⁷ y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento.

⁸ Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño.

⁹ Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor.

¹⁰ El ángel les dijo: “No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo:¹¹ os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor;¹² y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.”

¹³ Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo:¹⁴ “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace.”

¹⁵ Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: “Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado.”

¹⁶ Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre.

¹⁷ Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño;¹⁸ y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían.

¹⁹ María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.

²⁰ Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.

²¹ Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno.

35 Juan en el país esenio

Al llegar a la adolescencia, un desasosiego interior se apoderó de Juan, y el impulso del salir al mundo. Cierta día, cuando estaba cuidando sus ovejas en el campo, se le aproximó un hombre que llevaba una larga vestimenta blanca. El forastero se sentó junto a Juan y, después de una profunda mirada dentro del alma del joven, le dijo:

—Tú no estás destinado a cuidar ovejas durante toda tu vida. Pertenezco a la fraternidad de los Esenios, residentes en el Mar Muerto.

Preguntó Juan:

—¿Cuál es vuestra búsqueda, puesto que sois una comunidad?

Y contestó el esenio:

—Dentro de la humanidad imperan los prejuicios del mal. Prevalen el odio, la mentira, la ausencia de fe, la discordia y las enfermedades. Si los humanos siguen viviendo dentro de esas oscuridades del alma, sucumbirán.

Preguntó Juan:

—¿Y no hay ayuda posible para los seres humanos?

Y contestó el esenio:

—Todo hombre deberá dar el primer paso, mirando su propia vida. Y para que esto pueda suceder,

desde hace mucho estamos uniéndonos en comunidades. Aprendemos a fortalecer el bien dentro de nosotros, practicando a diario el estar despiertos para dominar el mal y mantenerlo alejado de nosotros. Eso fortalece el espíritu. Muchos de nosotros adquirieron la facultad de sanar enfermos y conducirlos a mejores caminos.

Juan permaneció pensativo durante un tiempo; luego preguntó:

—¿Cómo puede uno convertirse en esenio?

El forastero le respondió:

—Aceptamos entre nosotros a jóvenes de tu edad. Los instruimos dentro de escrituras de sabio contenido. Les mostramos como su espíritu puede crecer y como su alma puede hallar la paz a través de la templanza y la pureza observada en los actos de la vida.

Al hablar así el esenio, un suave resplandor iluminó sus ojos, y Juan se sintió de pronto tocado en su corazón. Preguntó:

—¿Puedo también ser yo esenio? Mi padre, Zacarías, ha muerto y estoy en libertad de emprender mi camino.

El esenio le contestó:

—¡Piénsalo bien, joven! ¡Tienes aún a tu madre! Si al cabo de siete días aún sientes el mismo impulso, ven a vernos en Qumram. Los hermanos decidirán si te aceptan como hermano por un tiempo de prueba como discípulo. Yo soy el hermano Ezequías. Pregunta por mí. Habla, empero, primero con tu madre y tus parientes, pues es menester que los buenos deseos te acompañen.

Al cabo de estas palabras, el esenio le hizo una señal en la frente de Juan. Juan, empero, le besó agradecido ambas manos y pronto la figura blanca se perdía dentro del bosque de palmeras en el oriente.

36 junto al Mar Muerto

Había pasado la semana. Juan se encontraba en camino hacia la comunidad esenia, en las cercanías del Mar Muerto. El silencio rodeaba las simples construcciones de piedra. Ese silencio tan profundo le impedía casi quebrarlo mediante su golpe en el portal. Tomó asiento sobre un peldaño de piedra. Cuando finalmente cobró la valentía de golpear con su bastón de pastor, pasó un buen rato hasta que se corriera la traba de madera y se abriese la puerta:

—¿Qué deseas? —le dijo el hombre que le había abierto.

El joven respondió:

—El hermano Ezequías me ha pedido preguntar aquí por él.

—¡Entra! ¿Cómo te llamas?

—Juan, el hijo de Zacarías.

En eso se escuchó el sonido de un gong. El esenio dijo:

—¡Entra! Los hermanos se están reuniendo para la meditación vespertina. Párate allá atrás, contra el muro. El hermano Ezequías estará presente.

Juan observó como todas esas figuras vestidas de blanco hicieron su entrada. Cada uno había colocado su brazo derecho sobre el pecho. Se colocaron en un círculo iniciando el tarareo de una canción.

Luego, los hermanos se colocaron mutuamente los brazos sobre los hombros y el círculo comenzó a girar. El tarareo pasó a oración. Luego, el círculo se detuvo; todos se arrodillaron. Ojos y brazos se elevaron al cielo nocturno, sumidos en oración hacia las estrellas. Después de haberse levantado todos juntos, los hermanos desaparecieron en sus claustros.

Ezequías había sido informado de la llegada de Juan. Se acercó a él para saludarlo paternalmente y lo condujo a un lecho de arena seca en el patio. De un recipiente de arcilla llenó un vaso con agua. Lo entregó al joven conjuntamente con dos higos:

—Aquí tienes tu cena. Mañana conocerás a los hermanos. Cuando escuches la llamada matinal puedes participar de nuestra oración al sol en el patio. Te deseo un bendito descanso.

De esta manera Juan fue aceptado dentro de la comunidad de los esenios. Permanecería allí por muchos años. Estudió la sabiduría de la fraternidad contenida en los pliegos de antiguas escrituras. Aprendió la fuerza contenida en la palabra. Se ejercitó en la humildad, renunciando a los gozos del mundo, conformándose en un verdadero esenio.

Pero hubo un deseo que cobraba una fuerza cada vez mayor: partir para encontrarse con la gente de su pueblo. En sus salidas sintió angustia por el imperio de la oscuridad en sus múltiples expresiones: mentira, odio, discordia, ausencia de fe y el sinnúmero de plagas y enfermedades. Una y otra vez visitó las aldeas y las chozas, llevando luz a la oscuridad y al dolor, y a la penumbra de los hombres.

37 el orador en el desierto

Al cabo de años, Juan salió de la comunidad de los esenios. Había recibido el llamado de aguardar junto a las aguas del río Jordán a aquellas personas que querían escuchar su mensaje. Juan levantó una choza improvisada que lo ampararía de la lluvia y del acecho solar. Al tomar alguien la decisión de limpiarse de sus pecados mediante la penitencia, era costumbre esenia bautizarlo con agua. Muchos hombres fueron a ver a Juan para escuchar su prédica. Fuerte era su palabra, infundiéndole a las personas valentía y nuevas fuerzas para su vida. Juan decía:

—La oscuridad ha sobrevenido en el mundo. Imperan los males. Los ojos apagados ya no admiran las obras de la creación. Ya los oídos han perdido la perfecta audición de la palabra divina. Ya no llega a los corazones de los seres humanos, se endurecen a la par de las piedras. Afanosos van en procura de bienes terrenales, palideciendo su espíritu, sus almas. Y es entonces cuando el opositor tiene fácil presa con ellos. Al caer dentro del pecado, la humanidad cae en perdición. ¡Transformad, oh humanos, vuestras almas! ¡Reconoced vuestra oscuridad! ¡Despertad hacia la luz del mundo!

Más y más eran los hombres que llegaban al río Jordán para escuchar la palabra de Juan. Al cabo de cada prédica muchos pidieron el bautismo, decidiendo emprender una nueva vida.

Los sacerdotes y los fariseos del templo de Jerusalén sentían envidia de Juan, puesto que atraía a tanta gente. Algunos de ellos decidieron ir a ver y a escuchar al extraño profeta. Pensaron: ya dirá cosas a causa de las cuales podremos atacarlo para luego obligarlo a callar. ¡El templo es el centro del mundo y no el Jordán!

Por lo tanto, se mezclaron entre la gente del pueblo, en un lugar algo más apartado. El profeta hablaba primero de la luz que penetra dentro de la oscuridad, pero que no es aceptada. De pronto, empero, se dirigió a los sacerdotes y a los fariseos y les dijo:

—¡Vuestra sabiduría se ha tornado opaca! La ambición de dominio colma vuestro corazón. ¡Os habéis conformado en engendros de serpientes y alimañas! Los sacerdotes y fariseos se alejaron iracundos. A partir de ese día aumentó su enemistad contra el profeta del Jordán. Diseminaron la difamación que Juan estaba incitando al pueblo a la sublevación contra el rey Herodes. Algunos, empero, se dirigieron a Juan preguntándole:

—¿Eres tú aquel Mesías cuyo llegada nos ha sido anunciada?

Juan les respondió:

—¡No lo soy! Yo preparo su camino. Vendrá después de mí. Yo os bautizo con agua. Él, empero, os bautizará con el fuego del Espíritu Santo. Yo no soy digno de atar los cordones de su sandalias.

A Juan lo rodeaba un pequeño grupo de discípulos a los cuales instruía en los caminos interiores del alma.

En ocasión que llegaba mucha gente, también sus discípulos llevaban a cabo el bautismo. De este modo, pronto hubo miles que habían sido bautizados y que estaban aguardando al Mesías.

37 el orador en el desierto

Lucas 3:20

3¹ En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea; Filipino, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisaniás tetrarca de Abilene; ² en el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.

³ Y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, ⁴ como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas; ⁵ todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos.

⁶ Y todos verán la salvación de Dios.

⁷ Decía, pues, a la gente que acudía para ser bautizada por él: “Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente?”

⁸ Dad, pues, frutos dignos de conversión, y no andéis diciendo en vuestro interior: “Tenemos por padre a Abraham”; porque os digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham.

⁹Y ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.”

¹⁰La gente le preguntaba: “Pues ¿qué debemos hacer?”

¹¹Y él les respondía: “El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer, que haga lo mismo.”

¹²Vinieron también publicanos a bautizarse, y le dijeron: “Maestro, ¿qué debemos hacer?”

¹³El les dijo: “No exijáis más de lo que os está fijado.”

¹⁴Le preguntaron también unos soldados: “Y nosotros ¿qué debemos hacer?”

El les dijo: “No hagáis extorsión a nadie, no hagáis denuncias falsas, y contentaos con vuestra soldada.”

¹⁵Como el pueblo estaba a la espera, andaban todos pensando en sus corazones acerca de Juan, si no sería él el Cristo;¹⁶ respondió Juan a todos, diciendo:

“Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, y no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. El os bautizará en Espíritu Santo y fuego. ¹⁷En su mano tiene el bieldo para limpiar su era y recoger el trigo en su granero; pero la paja la quemará con fuego que no se apaga.”

¹⁸Y, con otras muchas exhortaciones, anunciaba al pueblo la Buena Nueva. ¹⁹Pero Herodes, el tetrarca, reprendido por él a causa de Herodías, la mujer de su hermano, y a causa de todas las malas acciones que había hecho,²⁰ añadió a todas ellas la de encerrar a Juan en la cárcel.

38 el bautismo de Jesús

Juan, en su interior, recibió la noticia que el Mesías se estaba aproximando, que se acercaba desde la lejanía, solo, un hombre rodeado de luz. Por encima de él se encontraba una sombra, conformada por el dolor, la penuria y la miseria de la humanidad. Juan fue a su encuentro y quiso arrojarse a sus pies.

Jesús, empero, le indicó:

—¡Juan, bautízame!

Todas las demás personas a bautizarse se habían apartado. Sólo dos discípulos de Juan se acercaron para recibir las ropas de Jesús.

Al entrar Jesús al agua, Juan recogió agua en la fuente y la hizo deslizar en tres vertientes: por encima de la parte trasera de la cabeza; en el centro de la cabeza; a través de la parte delantera de la cabeza y el rostro. Mientras así hacía, dijo:

—Jehová vierta Su bendición sobre Tí, a través de querubines y serafines, conformada en sabiduría, amor y fuerza.

Se escuchó entonces un bramar en las alturas. Luego un rugir del trueno. El cielo se abrió. Envuelta en una nube—luz descendía una figura blanca, alada, semejante a una paloma, que inundó a Jesús con un torrente de luz. Y del trueno se desprendió la voz del Señor:

—¡Este es mi hijo querido!

Juan estaba avasallado por la visión de las huestes celestiales y supo: Ahora el Cristo ha entrado en el hombre, como Hijo de Dios. Cuando su mirada, empero, se dirigió río abajo, vió una nube oscura, un aglomerado de negras figuras, con su regente infernal. Supo entonces: Todo un infierno se opondrá al actual del Cristo en la Tierra.

Al alejarse Jesús—Cristo del lugar, Juan les dijo a sus dos discípulos:

—¡Miradlo! Junto a la orilla del río transita el supremo hombre—dios. ¡Humilde como un cordero! Mi misión está cumplida. Él debe crecer, yo tengo que menguar. ¡Ved y recibid su palabra!

38 el bautismo de Jesús

Lucas 3:21-38

²¹ Sucedió que cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo,²² y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo:

“Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado.”

²³ Tenía Jesús, al comenzar, unos treinta años, y era según se creía hijo de José, hijo de Helí,²⁴ hijo de Mattat, hijo de Leví, hijo de Melkí, hijo de Jannái, hijo de José,²⁵ hijo de Mattatías, hijo de Amós, hijo de Naúm, hijo de Eslí, hijo de Nangay,²⁶ hijo de Maaz, hijo de Mattatías, hijo de Semeín, hijo de Josec, hijo de Jodá,²⁷ hijo de Joanán, hijo de Resá, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Nerí,²⁸ hijo de Melkí, hijo de Addí, hijo de Cosam, hijo de Elmadam, hijo de Er,²⁹ hijo de Jesús, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Mattat, hijo de Leví,³⁰ hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonam, hijo de Eliaquim,³¹ hijo de Meleá, hijo de Menná, hijo de Mattatá, hijo de Natán, hijo de David,³² hijo de Jesé, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Sala, hijo de Naassón,³³ hijo de Aminadab,

hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá,³⁴ hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Tara, hijo de Najor,³⁵ hijo de Serug, hijo de Ragáu, hijo de Fálek, hijo de Eber, hijo de Sala,³⁶ hijo de Cainam, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lámek,³⁷ hijo de Matusalén, hijo de Henoc, hijo de Járet, hijo de Maleleel, hijo de Cainam,³⁸ hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adam, hijo de Dios.

39 el fallecimiento del Bautista

Los fariseos y los sacerdotes no le perdonaron nunca a Juan que los hubiera llamado engendro de serpientes y alimañas. Buscaron el apoyo de Herodes, hijo de aquél que había ordenado la muerte de los varones de Belén. Los sacerdotes le entregaron valiosos obsequios retirados del tesoro del templo, comprando así su buena voluntad. Entonces Herodes ordenó a sus soldados tomar prisionero a Juan el Bautista, puesto que promovía la confusión del pueblo y su sublevación. Hizo arrojarlo a la prisión del fuerte Maqueronte.

Dos discípulos de Juan se convirtieron en discípulos de Cristo. Fueron testigos de los hechos milagrosos que realizara el Cristo. Lograron visitar a Juan en su prisión y le contaron esos hechos:

—Hace que los ciegos recobren la vista, los parálíticos puedan caminar, los leprosos sanan, los sordos escuchan, y resucita muertos.

Gran alegría iluminó el rostro de Juan y dijo:

—A mí me fue dado dispensar luz de la luna. ¡Él es el resplandor del sol!

Al llegar la noticia al Cristo y a sus discípulos de que Herodes había ordenado la muerte de Juan, dijo:

—Nunca, desde los tiempos de Adán, vivió un alma más pura en un ser humano. Él es el ángel quien, como profeta último, ha preparado el camino. Por cierto, ¡él es Elías! ¡Consoláos! ¡De ahora en más estará siempre en nuestro medio!

39 el fallecimiento del Bautista Lucas 7:12-29

7¹² Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha gente de la ciudad.

¹³ Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: “No llores.”

¹⁴ Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y él dijo: “Joven, a ti te digo: Levántate.”

¹⁵ El muerto se incorporó y se puso a hablar, y él se lo dio a su madre.

¹⁶ El temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios, diciendo: “Un gran profeta se ha levantado entre nosotros,” y “Dios ha visitado a su pueblo.”

¹⁷ Y lo que se decía de él, se propagó por toda Judea y por toda la región circunvecina.

¹⁸ Sus discípulos llevaron a Juan todas estas noticias. Entonces él, llamando a dos de ellos,¹⁹ los envió a decir al Señor: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?”

²⁰ Llegando donde él aquellos hombres, dijeron: “Juan el Bautista nos ha enviado a decirte: ¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?”

²¹ En aquel momento curó a muchos de sus enfermedades y dolencias, y de malos espíritus, y dio vista a muchos ciegos.

²² Y les respondió: “Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva;²³ ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!”

²⁴ Cuando los mensajeros de Juan se alejaron, se puso a hablar de Juan a la gente: “¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento?²⁵ ¿Qué salisteis a ver, si no?

¿Un hombre elegantemente vestido? ¡No! Los que visten magníficamente y viven con molicie están en los palacios.

²⁶ Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta.

²⁷ Este es de quien está escrito: He aquí que envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino.²⁸ “Os digo: Entre los nacidos de mujer no hay ninguno mayor que Juan; sin embargo el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él.

²⁹ Todo el pueblo que le escuchó, incluso los publicanos, reconocieron la justicia de Dios, haciéndose bautizar con el bautismo de Juan.

El presente tomo es el final de una trilogía de narraciones referidas al Antiguo Testamento. Los tomos anteriores son: ‘Y se hizo la luz... Desde la creación del mundo hasta el Arca de Noé’ y ‘Id a la tierra prometida... El camino del pueblo de Israel desde el llamamiento de Abraham hasta el sueño de David.’

Además de los libros del Antiguo Testamento se han utilizado escrituras apócrifas, sobre todo, de los cinco tomos de ‘Las Leyendas de los Judíos’ recopilados por Micha Josef bin Gorion,¹¹ lo cual posibilitó una representación más rica y colorida de las imágenes que, sin embargo, no se aparta de las fuentes.

Estos relatos de reyes y profetas, en cuyos destino ya se vislumbra la espera de la llegada del Mesías, tienen como objeto revelar —sobre todo a los niños— el mundo del Antiguo Testamento. ♣

11 Berdyczewski Micha Josef o Mikhah Yosef Bin-Gorion (1865-1921) fue un escritor de hebreo, periodista y becario nacido en Ucrania. Apeló a los judíos para que cambien su modo de pensar, se liberen de los dogmas que regían la religión, la tradición y la historia; pero también es conocido por su trabajo con los mitos y leyendas judíos pre-modernos. Escribió en hebreo, idish y alemán.
[n. del pr.]